

Emprender desde el territorio:

Género, juventud y estrategias de vida en nueve emprendimientos rurales de Coclé, Panamá

María de los Ángeles Frende Vega
Guillermina Itzel De Gracia
Nelson Leonardo Montoya Arévalo
Nuria Moreno Bonilla



Emprender desde el territorio:

Género, juventud y estrategias de
vida en nueve emprendimientos
rurales de Coclé, Panamá

**María de los Ángeles
Frende Vega**

Universidad de Panamá Centro Regional
Universitario de Coclé. Investigadora
Nacional del SNI (Panamá)
<https://orcid.org/0000-0002-1563-4909>

Guillermina Itzel De Gracia

Universidad de Panamá Centro Regional
Universitario de Coclé
Investigadora Nacional del SNI (Panamá)
<https://orcid.org/0000-0002-5554-6188>

**Nelson Leonardo
Montoya Arévalo**

Corporación Universitaria Minuto de Dios
- UNIMINUTO. Investigador categorizado
Minciencias (Colombia)
<https://orcid.org/0000-0003-0646-6162>

Nuria Moreno Bonilla

Universidad de Panamá Centro Regional
Universitario de Coclé
<https://orcid.org/0009-0003-8351-2625>

Emprender desde el territorio: Género, juventud y estrategias de vida en nueve emprendimientos rurales de Coclé, Panamá / María de los Ángeles Frende Vega; Guillermina Itzel De Gracia; Nelson Leonardo Montoya Arévalo, Nuria Moreno Bonilla — Medellín - Colombia: Knowledge & Science, 2026.

164 p. : il., gráf., tablas ; 23 cm.

ISBN: 978-628-97388-4-1

<https://doi.org/10.35707/9786289738841>

Materias (Descriptores)

Emprendimiento rural

Desarrollo territorial

Provincia de Coclé

Investigación

Clasificación Dewey - CDD

338.04

Edición

Ph. D. Jovany Sepúlveda-Aguirre

Materia

Emprendimiento rural

Tipo de contenido

Académico - investigativo

Idioma

Castellano

Título original

Emprender desde el territorio: Género, juventud y estrategias de vida en nueve emprendimientos rurales de Coclé, Panamá

Derechos de autor

Todos los derechos reservados a los autores

País de edición

Colombia

Declaración de Edición Digital

Libro realizado en edición digital y ha sido optimizado para su lectura en dispositivos electrónicos.

1ª edición: octubre de 2026

Cómo citar el libro

Frende Vega, María de los Ángeles; De Gracia, Guillermina Itzel; Montoya Arévalo, Nelson Leonardo; Moreno Bonilla, Nuria. (2026). *Emprender desde el territorio: Género, juventud y estrategias de vida en nueve emprendimientos rurales de Coclé, Panamá*. Knowledge & Science, 2026. Colombia (ISBN: 978-628-97388-4-1).

Licencia Creative Commons License 3.0 Reconocimiento-No Comercial-Sin Obras Derivadas. Usted es libre de copiar, distribuir y comunicar públicamente la obra bajo las condiciones siguientes: Reconocimiento - Debe reconocer los créditos de la obra de la manera especificada por el autor o el licenciador (no de una manera que sugiera que tiene su apoyo o apoyan el uso que hace de su obra). No comercial - No puede utilizar esta obra para fines comerciales. Sin obras derivadas - No se puede alterar, transformar o generar una obra derivada a partir de esta obra.

■ Contenido

Capítulo	Página	
Capítulo 1	10	PLANTEAMIENTO, RELEVANCIA Y ALCANCE DE LA INVESTIGACIÓN
Capítulo 2	20	FUNDAMENTOS Y DIMENSIONES DEL EMPRENDIMIENTO RURAL
Capítulo 3	40	CONTEXTO TERRITORIAL E INSTITUCIONAL DE LA PROVINCIA DE COCLÉ
Capítulo 4	54	METODOLOGÍA
Capítulo 5	67	EXPERIENCIAS DE EMPRENDIMIENTO RURAL
Capítulo 6	114	LO QUE REVELAN LOS CASOS: TERRITORIO, FAMILIA Y CONTINUIDAD DEL EMPRENDIMIENTO RURAL
Capítulo 7	146	CONCLUSIONES, IMPLICACIONES Y RECOMENDACIONES

▣ **Prólogo** 1

El diseño de políticas públicas eficaces depende, en gran medida, de la calidad del conocimiento disponible sobre las realidades que se pretenden transformar. En el caso del emprendimiento rural en Panamá, ese conocimiento ha sido históricamente escaso y con frecuencia, las intervenciones se han construido desde los supuestos más cercanos a los entornos urbanos, los cuales distan de las entornos y condiciones de los territorios rurales. A través de esta obra, los autores contribuyen a reducir esa brecha.

La publicación “Emprender desde el territorio: Género, juventud y estrategias de vida en nueve emprendimientos rurales de Coclé, Panamá” es uno de los resultados del proyecto RuralEmprende (FID24-041), financiado por la SENACYT a través de la Dirección de Investigación Científica y Desarrollo Tecnológico. A partir de un diseño cualitativo de casos múltiples, la publicación reconstruye con rigor nueve trayectorias de emprendedoras rurales, comparando sus experiencias, sin perder de vista la singularidad de cada caso analizado.

El estudio muestra que estos emprendimientos no funcionan como unidades económicas aisladas, sino que se sostienen con la articulación de capacidades personales, recursos familiares, activos territoriales y conexiones externas. De igual forma, se evidencia que, aunque el ecosistema de apoyo existe, las personas emprendedoras lo experimentan de manera desigual y fragmentada, por lo que la existencia de un programa no es equivalente a un acceso efectivo ni a un acompañamiento continuado. Se advierte que la principal restricción no suele estar en la capacidad de producir, sino en la de vender con regularidad y en condiciones adecuadas.

De estos hallazgos se desprenden orientaciones de toma de decisiones y orientación de políticas públicas para la acción pública: priorizar el acceso a mercados frente a la creación de emprendimientos, acercar y simplificar el apoyo institucional, adecuar el financiamiento a ingresos irregulares, reconocer la dimensión familiar de la actividad y exigir evidencia verificable cuando se invoque la sostenibilidad ambiental.

La publicación propone, además, medir el éxito de las políticas no por el número de personas capacitadas o ferias realizadas, sino por las mejoras reales en el acceso a mercados, las capacidades y las conexiones de las iniciativas.

Los autores reconocen con honestidad los límites de su diseño: nueve casos no representan estadísticamente al conjunto de la provincia y por ello, su aporte se orienta en ofrecer mecanismos, relaciones y distinciones que permitan formular mejores preguntas y diseñar intervenciones más ajustadas a la diversidad de las trayectorias rurales.

Desde la SENACYT reconocemos el valor de esta publicación, ya que permite comprender a fondo realidades poco visibles y aporta evidencia para mejorar la calidad de vida de

las comunidades. Esperamos que a través de la presente publicación los hallazgos lleguen a instituciones, gobiernos locales y organizaciones de apoyo, para así contribuir al fortalecimiento de las políticas de emprendimiento rural.

Milagro Mainieri

Directora de I+D

SENACYT

■ **Prólogo 2**

La investigación universitaria adquiere una de sus expresiones más significativas cuando logra articular rigor científico, conocimiento del territorio y comprensión de los problemas que afectan a las personas y comunidades. Desde esa perspectiva, “Emprender desde el territorio: género, juventud y estrategias de vida en nueve emprendimientos rurales de Coclé, Panamá” constituye una obra especialmente pertinente, tanto por el objeto que estudia como por la manera en que aproxima al lector a realidades económicas y sociales que no siempre encuentran suficiente representación en la literatura académica.

Este libro es resultado del proyecto de investigación “Análisis del potencial competitivo de los emprendimientos rurales de Panamá: una mirada al género y la juventud (RuralEmprende)” (FID 24-041), financiado por la Secretaría Nacional de Ciencia, Tecnología e Innovación (SENACYT). Su publicación representa, por tanto, un ejercicio de transferencia del conocimiento generado mediante la investigación y, al mismo tiempo, una contribución al estudio del emprendimiento rural desde un contexto territorial concreto: la provincia de Coclé.

Uno de los principales méritos de la obra reside en alejarse de una interpretación del emprendimiento centrada exclusivamente en las características individuales de quien emprende. A través de nueve estudios de caso, la investigación muestra que las iniciativas económicas rurales se configuran dentro de relaciones más amplias en las que intervienen el territorio, la familia, los conocimientos acumulados, los recursos disponibles, los mercados, la infraestructura y las instituciones. Esta mirada permite comprender que emprender en un espacio rural no significa únicamente crear una actividad económica fuera de los principales núcleos urbanos, sino desarrollar una trayectoria condicionada y, a la vez, posibilitada por las características del lugar en el que esa actividad se inserta.

La incorporación de las dimensiones de género y juventud amplía además la capacidad explicativa del estudio. La obra evita tratar a las mujeres rurales o a las personas jóvenes como categorías homogéneas y examina, con la cautela que exige la evidencia cualitativa, cómo la organización familiar, el acceso y control de recursos, los procesos de aprendizaje, las responsabilidades, las redes y las expectativas de futuro intervienen de manera diferenciada en las trayectorias emprendedoras. De esta forma, el análisis permite reconocer capacidades y estrategias sin idealizarlas y, al mismo tiempo, identificar restricciones que no pueden atribuirse únicamente al esfuerzo individual.

Existe también un importante valor social y documental. Las páginas que siguen recogen experiencias de personas que producen, cultivan, transforman, crean y prestan servicios desde distintas comunidades de Coclé. Sus testimonios permiten acercarnos a conocimientos familiares, prácticas productivas, formas de organización del trabajo, mecanismos de comercialización y relaciones con el entorno que difícilmente pueden apreciarse a través de estadísticas agregadas. La investigación preserva esas voces, pero las integra dentro de

un análisis sistemático que distingue entre experiencia personal, evidencia contextual e interpretación académica.

Para el Centro Regional Universitario de Coclé de la Universidad de Panamá, resulta particularmente valioso que una investigación desarrollada desde y sobre nuestro territorio pueda convertirse en una obra académica capaz de dialogar con investigadores, estudiantes, instituciones públicas, organizaciones de apoyo y con las propias comunidades. La universidad regional encuentra aquí una expresión concreta de su capacidad para producir conocimiento situado, formar investigación y contribuir a una comprensión más rigurosa de los procesos económicos y sociales que ocurren en su entorno.

Las nueve trayectorias que conforman este libro no pretenden representar estadísticamente la totalidad del emprendimiento rural coclesano. Su fortaleza reside precisamente en otra dimensión: permitir comprender, con profundidad y desde experiencias concretas, cómo diferentes combinaciones de territorio, familia, conocimientos, mercados e instituciones pueden favorecer o restringir la continuidad de una iniciativa.

Esta obra invita, en definitiva, a mirar el emprendimiento rural desde el territorio y no únicamente desde la empresa. Esa perspectiva constituye su principal aporte y también su mayor desafío: comprender que detrás de cada iniciativa existe una trayectoria humana, familiar y productiva inserta en condiciones que deben ser conocidas antes de formular políticas, programas o estrategias de apoyo. Confío en que este libro contribuya a ese propósito y estimule nuevas formas de investigar, acompañar y comprender las dinámicas emprendedoras de nuestros territorios rurales.

Dr. Fulgencio Álvarez
Director Nacional de los Centros Regionales
Universidad de Panamá

■ Agradecimientos

Esta obra fue posible gracias a la participación generosa de las mujeres y los hombres emprendedores de las comunidades rurales de Coclé que compartieron sus trayectorias, conocimientos, preocupaciones y expectativas. A cada persona entrevistada expresamos nuestro reconocimiento por abrirnos las puertas de sus hogares, talleres, fincas y espacios de trabajo, y por permitir que sus experiencias contribuyan a una comprensión más cercana y rigurosa del emprendimiento rural.

Agradecemos a la Secretaría Nacional de Ciencia, Tecnología e Innovación (SENACYT) por el financiamiento del proyecto “Análisis del potencial competitivo de los emprendimientos rurales de Panamá: una mirada al género y la juventud (RuralEmprende)” (FID 24-041) y por respaldar la generación de conocimiento aplicado sobre desarrollo territorial, género, juventud y emprendimiento en Panamá. Asimismo, expresamos nuestro agradecimiento al Sistema Nacional de Investigación (SNI) por incentivar, reconocer y fortalecer la labor científica de las investigadoras que forman parte de este sistema, contribuyendo a la consolidación de la investigación y a su aporte al desarrollo del país.

Reconocemos el apoyo del Centro Regional Universitario de Coclé y del Centro de Innovación, Desarrollo Tecnológico y Emprendimiento (CIDETE Coclé), de la Universidad de Panamá, cuyas capacidades académicas, logísticas e institucionales facilitaron el desarrollo de las actividades de investigación y vinculación territorial.

También agradecemos a las autoridades locales, organizaciones comunitarias, instituciones públicas y actores del ecosistema emprendedor que facilitaron contactos, aportaron información o acompañaron en las distintas etapas del proyecto.

Finalmente, expresamos nuestro reconocimiento a las familias de las personas emprendedoras, cuya participación (visible o cotidiana) forma parte de muchas de las estrategias de trabajo y de vida documentadas en este libro.

CAPÍTULO 1

PLANTEAMIENTO, RELEVANCIA Y ALCANCE DE LA INVESTIGACIÓN

■ Introducción

Problema de investigación

Los territorios rurales de Panamá presentan configuraciones económicas, sociales y territoriales heterogéneas que dificultan su comprensión mediante una oposición simple entre lo rural y lo urbano. Las comunidades difieren en accesibilidad, conectividad, disponibilidad de servicios, proximidad a mercados, estructura productiva y vinculación con centros urbanos. En este contexto, la ruralidad debe entenderse como una realidad territorial y funcional, y no únicamente como una categoría demográfica o administrativa (Pittí et al., 2021). Esta diversidad resulta especialmente relevante para analizar las iniciativas económicas que se desarrollan en esos espacios, porque sus posibilidades de creación y continuidad dependen de condiciones territoriales que no afectan de la misma manera a todos los emprendimientos.

El emprendimiento rural constituye una de esas expresiones económicas, pero su análisis no puede reducirse a las características individuales de quien emprende ni a la identificación de oportunidades de mercado. En estos contextos, la actividad económica puede encontrarse estrechamente relacionada con los recursos del territorio, los conocimientos familiares, la organización del hogar, las redes comunitarias, la infraestructura y las instituciones disponibles. Las distancias, los costos de transporte, la limitada disponibilidad de determinados servicios, el acceso desigual al financiamiento y la dimensión de los mercados pueden restringir la actividad; al mismo tiempo, los recursos naturales, los conocimientos locales, el patrimonio cultural, las relaciones sociales y la identidad territorial pueden convertirse en fuentes de diferenciación y valor (Stathopoulou et al., 2004; Tabares et al., 2022).

Esta perspectiva obliga, además, a distinguir entre una empresa simplemente localizada en un área rural y un emprendimiento cuya configuración mantiene una relación significativa con el lugar. La literatura reciente destaca que el emprendimiento rural puede apoyarse en recursos materiales y simbólicos del territorio, conocimientos acumulados, relaciones comunitarias y formas particulares de arraigo. El territorio no constituye, por tanto, un escenario pasivo: interviene en la disponibilidad de recursos, las oportunidades comerciales, los costos, las redes y los significados asociados con la actividad económica (Korsgaard et al., 2025; Kulawiak & Rachwał, 2024).

A pesar del desarrollo reciente de este campo, persisten vacíos importantes de conocimiento. La investigación sobre emprendimiento rural continúa mostrando una elevada concentración en determinados contextos geográficos y una menor representación de economías emergentes y territorios latinoamericanos. Asimismo, una parte de la literatura ha tendido a examinar por separado dimensiones como las características de las personas emprendedoras, el desempeño empresarial, las redes, las instituciones o las condiciones territoriales, lo que limita la comprensión de las relaciones que se establecen entre la persona, el hogar, el emprendimiento y el territorio (Masoomi et al., 2024). Esta menor representación de contextos emergentes y latinoamericanos hace pertinente ampliar la evidencia disponible mediante estudios situados que permitan reconstruir las relaciones entre la persona emprendedora, el hogar, la actividad económica y el territorio. En este marco, Coclé ofrece un contexto específico desde el cual examinar estas relaciones a partir de experiencias concretas de emprendimiento rural.

Esta limitación adquiere especial importancia cuando se considera que el emprendimiento puede formar parte de estrategias familiares de vida más amplias. Una misma iniciativa puede contribuir a generar ingresos, diversificar las fuentes económicas del hogar, utilizar activos familiares, mantener conocimientos productivos o culturales y permitir determinadas formas de organización del tiempo. Al mismo tiempo, su continuidad puede depender del trabajo de integrantes de la familia, de ingresos obtenidos en otras actividades, del acceso a tierra o instalaciones familiares y de redes construidas a lo largo del tiempo. Por ello, analizar únicamente la empresa como unidad separada del hogar puede ocultar recursos, costos y relaciones que resultan determinantes para comprender su funcionamiento (Tabares et al., 2022; Ahl et al., 2024).

Las relaciones de género y las diferencias generacionales introducen dimensiones adicionales. En el caso de las mujeres, la actividad económica puede desarrollarse junto con responsabilidades domésticas, de cuidado y familiares, y dentro de relaciones diferenciadas de acceso, uso y control de recursos. La generación de ingresos puede ampliar determinados márgenes de decisión, pero no equivale automáticamente a autonomía económica plena. Del mismo modo, las personas jóvenes pueden encontrar en el emprendimiento una posibilidad de aprendizaje, generación de ingresos o construcción de una trayectoria vinculada con su territorio, aunque sus oportunidades dependan también de la formación, los recursos familiares, la credibilidad, el acceso a mercados y el acompañamiento institucional. Ni las mujeres ni las personas jóvenes constituyen grupos homogéneos, por lo que estas dimensiones deben reconstruirse empíricamente a partir de cada trayectoria y no inferirse exclusivamente de la edad o del sexo de las personas participantes (Ahl et al., 2024; Bouichou et al., 2021).

En la provincia de Coclé, las experiencias analizadas se desarrollan en actividades artesanales, agrícolas, agroalimentarias, apícolas y turísticas y mantienen relaciones diversas con conocimientos familiares, recursos naturales, patrimonio cultural, mercados y redes comunitarias. Desde el problema abordado en esta investigación, interesa comprender

cómo estos recursos se combinan en la práctica; cómo se articula el emprendimiento con la organización económica y familiar del hogar; qué condiciones facilitan o restringen su continuidad; cómo intervienen el género y la juventud en las trayectorias; y qué formas de valor económico, familiar, social, cultural y territorial pueden identificarse más allá de las ventas o del crecimiento empresarial.

El problema de investigación se sitúa, por tanto, en la insuficiente comprensión de cómo se configuran y sostienen emprendimientos rurales arraigados al territorio en Coclé y de cómo interactúan, en sus trayectorias, los recursos territoriales, las estrategias familiares de vida, los mercados, las instituciones y las condiciones de género y generacionales. Abordarlo exige analizar las experiencias concretas de las personas emprendedoras, identificar los recursos y conocimientos que movilizan, reconstruir sus decisiones y estrategias, y examinar las restricciones que condicionan la continuidad de sus iniciativas.

A partir de esta problemática, la pregunta de investigación que orienta el estudio es la siguiente:

¿Cómo se configuran, desarrollan y sostienen los emprendimientos rurales analizados en Coclé, y qué papel desempeñan el territorio, las estrategias familiares de vida y las condiciones de género y generacionales en sus trayectorias y en las formas de valor documentadas?

Justificación y relevancia del estudio

El estudio del emprendimiento rural resulta pertinente ante la necesidad de ampliar la comprensión de actividades económicas que se desarrollan en territorios cuyas condiciones productivas, familiares e institucionales difieren de las que caracterizan a los principales entornos urbanos. Aunque la investigación sobre emprendimiento ha experimentado un crecimiento considerable, la literatura especializada continúa mostrando una concentración geográfica en países de ingresos altos y una presencia comparativamente menor de investigaciones desarrolladas en economías emergentes y contextos latinoamericanos. Esta distribución limita el conocimiento disponible sobre la diversidad de formas que adopta el emprendimiento rural y sobre las condiciones territoriales que intervienen en su desarrollo (Masoomi et al., 2024). En este sentido, el análisis de experiencias localizadas en Panamá aporta evidencia procedente de un contexto todavía escasamente representado en la literatura internacional.

La elección de la provincia de Coclé responde a su pertinencia para examinar, dentro de un marco territorial común, trayectorias emprendedoras vinculadas con actividades y recursos diferentes. Los nueve casos analizados comprenden iniciativas artesanales, agrícolas, agroalimentarias, apícolas y turísticas, desarrolladas en comunidades con distintas condiciones de accesibilidad, relaciones con los mercados y disponibilidad de recursos.

Esta diversidad no pretende reproducir proporcionalmente la estructura empresarial de la provincia ni representar todas las formas de emprendimiento existentes en ella. Su interés reside en posibilitar la comparación de experiencias heterogéneas y observar cómo las características del territorio adquieren significados distintos según el sector, la trayectoria personal y familiar y la etapa de desarrollo de cada iniciativa.

La investigación adquiere asimismo relevancia al incorporar el emprendimiento dentro de las estrategias familiares de vida. En numerosos contextos rurales, las fronteras entre negocio y hogar son permeables: la tierra, las instalaciones, los conocimientos, el trabajo, los recursos financieros y las decisiones pueden distribuirse entre distintos integrantes de la familia. Las actividades emprendedoras pueden coexistir, además, con empleos asalariados, producción agropecuaria, estudios u otras fuentes de ingreso. Analizar estas relaciones permite comprender mejor tanto los recursos que sostienen los emprendimientos como los costos y dependencias que pueden permanecer invisibles cuando la unidad empresarial se estudia de manera aislada (Tabares et al., 2022).

La perspectiva de género constituye otra dimensión relevante. La literatura ha mostrado que los emprendimientos rurales liderados por mujeres no pueden evaluarse adecuadamente mediante un modelo homogéneo centrado exclusivamente en crecimiento, rentabilidad o generación de empleo. Las trayectorias se desarrollan dentro de configuraciones familiares y territoriales que pueden influir en la organización del tiempo, las responsabilidades de cuidado, el acceso y control de activos, la movilidad y la participación en mercados e instituciones (Ahl et al., 2024). El interés de esta investigación no consiste en asumir previamente la existencia de desigualdades ni en atribuir resultados al género de manera automática, sino en establecer, a partir de la evidencia de los casos, de qué manera estas relaciones intervienen efectivamente en las experiencias estudiadas.

La juventud rural plantea interrogantes complementarios. Las posibilidades de transformar conocimientos, intereses o recursos familiares en una actividad económica dependen no solo de la disposición individual para emprender, sino también de la experiencia, la formación, el acceso a activos, la construcción de credibilidad, las redes y las oportunidades comerciales disponibles. La literatura sobre juventud rural advierte, además, que las intenciones emprendedoras deben distinguirse de la puesta en marcha y continuidad efectiva de una actividad (Bouichou et al., 2021). El análisis de los casos juveniles de Coclé permite observar estas trayectorias desde experiencias concretas de aprendizaje, participación familiar, búsqueda de mercados y construcción de proyectos profesionales vinculados, en distintos grados, con el territorio.

La obra posee también una relevancia institucional y aplicada. Los casos permiten examinar cómo las personas emprendedoras experimentan el acceso a formación, financiamiento, ferias, reconocimiento formal, asistencia técnica y otras modalidades de apoyo. Esta aproximación resulta particularmente útil porque la existencia de una institución o programa no equivale necesariamente a acceso efectivo, continuidad del acompañamiento

o adecuación a las necesidades del emprendimiento. Los ecosistemas emprendedores rurales deben valorarse considerando no solo la oferta disponible, sino también su accesibilidad territorial, pertinencia sectorial y capacidad para articular recursos que frecuentemente se proporcionan de manera separada (Calispa Aguilar, 2021). La evidencia obtenida puede, por tanto, contribuir a la reflexión sobre el diseño de programas de incubación, extensión, financiamiento y acompañamiento más sensibles a las características de las personas, los hogares y los territorios.

Desde el punto de vista metodológico, el enfoque cualitativo de casos múltiples permite acceder a dimensiones que difícilmente pueden reconstruirse mediante indicadores agregados: procesos de aprendizaje, decisiones familiares, significados atribuidos al trabajo, experiencias institucionales, estrategias frente a la incertidumbre y transformaciones ocurridas durante la trayectoria de los emprendimientos. La comparación entre casos posibilita identificar regularidades y contrastes sin convertir las experiencias en categorías uniformes ni estimar la prevalencia de los hallazgos. El valor del diseño reside, por tanto, en la profundidad explicativa y en la posibilidad de formular interpretaciones analíticas susceptibles de ser contrastadas en investigaciones posteriores.

Finalmente, la investigación posee un valor documental y social. Las trayectorias analizadas registran conocimientos productivos, prácticas artesanales y agrícolas, formas de cooperación familiar, estrategias comerciales y percepciones sobre las oportunidades y restricciones del entorno que raramente quedan recogidas en las estadísticas empresariales. Documentarlas permite incorporar las voces y experiencias de quienes desarrollan actividades económicas desde las comunidades rurales, sin convertirlas en relatos ejemplarizantes ni atribuir a la iniciativa individual la capacidad de resolver restricciones estructurales. El reconocimiento de sus capacidades debe coexistir con el análisis de las condiciones de mercado, infraestructura, servicios e instituciones que inciden en la continuidad de sus actividades.

En conjunto, la relevancia de la obra reside en articular contribución académica, comprensión territorial y utilidad aplicada. Los nueve casos permiten examinar el emprendimiento rural como parte de relaciones económicas, familiares y territoriales más amplias, incorporar las dimensiones de género y juventud sin asumir experiencias homogéneas y producir evidencia que pueda informar tanto nuevas investigaciones como el diseño de intervenciones más ajustadas a las condiciones en que operan los emprendimientos rurales.

Objetivos

› Objetivo general

Analizar cómo se configuran, desarrollan y sostienen nueve emprendimientos rurales de la provincia de Coclé, considerando su relación con el territorio, las estrategias familiares

de vida, las condiciones de género y generacionales, las formas de valor documentadas y las dimensiones ambientales documentadas en sus actividades.

› **Objetivos específicos**

- Caracterizar el origen, la trayectoria y las principales características productivas, organizativas y comerciales de los nueve emprendimientos rurales estudiados.
- Analizar cómo las personas emprendedoras movilizan conocimientos, capacidades, activos y redes familiares y comunitarias, y cómo estos recursos se articulan con el territorio dentro de sus estrategias de vida.
- Identificar las principales condiciones que favorecen o restringen la continuidad de los emprendimientos, prestando atención al acceso a mercados, financiamiento, infraestructura, tecnología, formación, asistencia técnica y acompañamiento institucional.
- Examinar cómo las relaciones de género, la organización del trabajo productivo y reproductivo, las responsabilidades familiares y el acceso y control de recursos intervienen en las trayectorias de las mujeres emprendedoras analizadas.
- Analizar las experiencias de las personas jóvenes, atendiendo a sus procesos de aprendizaje, participación y capacidad de decisión, acceso a recursos y redes, construcción de credibilidad y expectativas de permanencia, movilidad o vinculación futura con el territorio.
- Comparar transversalmente los nueve casos para identificar patrones, contrastes y estrategias de continuidad y diversificación, así como las distintas formas de valor económico, familiar, social, cultural y territorial y las dimensiones ambientales documentadas en las iniciativas.
- Formular, a partir de los hallazgos, implicaciones académicas y recomendaciones dirigidas al diseño de políticas públicas, programas de apoyo, incubadoras, universidades y otros actores vinculados con el fortalecimiento del emprendimiento rural.

Contribución, alcance y delimitación del estudio

La principal contribución de esta obra consiste en analizar el emprendimiento rural como un fenómeno territorial, familiar y relacional, y no únicamente como resultado de capacidades individuales, decisiones empresariales o condiciones de mercado. A partir de nueve experiencias desarrolladas en comunidades de la provincia de Coclé, el estudio examina cómo las personas emprendedoras articulan conocimientos, activos familiares, redes sociales, recursos territoriales, mercados e instituciones para desarrollar y sostener sus actividades. Esta perspectiva permite interpretar el emprendimiento como parte de estrategias de vida más amplias y reconocer que su continuidad puede depender tanto de los recursos propios de la iniciativa como de relaciones y aportes procedentes del hogar y del territorio.

En el plano académico, la investigación aporta evidencia cualitativa procedente de un contexto latinoamericano todavía comparativamente poco representado en la literatura

sobre emprendimiento rural. Los casos abarcan actividades artesanales, agrícolas, agroalimentarias, apícolas y turísticas dentro de un mismo marco provincial, lo que permite examinar configuraciones diversas de recursos, relaciones y restricciones sin presuponer una trayectoria empresarial común. La contribución no reside en formular una clasificación universal de los emprendimientos rurales, sino en comprender cómo distintas combinaciones de territorio, familia, conocimientos, mercados e instituciones intervienen en sus procesos de aprendizaje, organización y continuidad.

La obra incorpora además las dimensiones de género y juventud como componentes transversales del análisis. El género se examina mediante la organización del trabajo, las responsabilidades familiares, el acceso y control de recursos y los márgenes de autonomía documentados en las experiencias estudiadas. La juventud se aborda a través de los procesos de aprendizaje, participación, acceso a recursos y redes, construcción de credibilidad y expectativas respecto del trabajo y del territorio. Estas dimensiones no se utilizan como explicaciones automáticas de las trayectorias ni se asume que las mujeres o las personas jóvenes constituyan grupos homogéneos. De igual manera, el análisis reconoce formas de valor económico, familiar, social, cultural y territorial que pueden coexistir con los resultados empresariales convencionales, sin utilizar dichos aportes para justificar ingresos insuficientes, dependencia del trabajo familiar o condiciones precarias de funcionamiento.

La dimensión ambiental posee un alcance más acotado. El estudio permite identificar recursos naturales utilizados, determinadas prácticas productivas, riesgos mencionados por las personas participantes y relaciones entre los emprendimientos y su entorno. Sin embargo, no se realizaron mediciones sistemáticas sobre consumo de agua, manejo de suelos, uso de insumos, extracción y regeneración de materias primas, residuos, biodiversidad o capacidad de carga turística. En consecuencia, la investigación no constituye una evaluación de sostenibilidad ambiental ni permite calificar globalmente los emprendimientos como sostenibles o insostenibles. Las conclusiones en esta materia se limitan a las prácticas y dimensiones que pueden establecerse a partir de la evidencia disponible.

El alcance empírico se circunscribe a nueve casos seleccionados intencionalmente en la provincia de Coclé. La selección respondió a su pertinencia para los objetivos de la investigación y no a criterios de representatividad estadística. Por ello, los resultados no permiten estimar la frecuencia con la que determinadas características, barreras o estrategias se presentan entre los emprendimientos rurales de la provincia ni pueden generalizarse estadísticamente al conjunto de Panamá. La comparación entre casos persigue una finalidad analítica y de transferibilidad razonada, no de inferencia poblacional; cualquier aplicación de los hallazgos a otros territorios requiere considerar previamente la correspondencia de sus condiciones productivas, familiares, institucionales y territoriales.

El estudio tampoco pretende evaluar integralmente el ecosistema emprendedor de Coclé. Las instituciones, programas y mecanismos de apoyo se analizan a partir de la experiencia documentada por las personas participantes y de fuentes secundarias utilizadas para

contextualizar el territorio. En consecuencia, la investigación permite examinar qué apoyos fueron conocidos, utilizados o valorados por los casos estudiados, pero no medir su cobertura provincial, eficacia general o impacto. Del mismo modo, las percepciones sobre instituciones, asociaciones o programas se presentan como experiencias de las personas entrevistadas y no como verificaciones independientes del desempeño de esas organizaciones.

Existen además delimitaciones temporales y documentales. Los casos reflejan las condiciones existentes durante el trabajo de campo realizado en 2026 y reconstruyen retrospectivamente acontecimientos anteriores mediante los testimonios de las personas participantes. Las aspiraciones de ampliar instalaciones, incorporar nuevas actividades, acceder a mercados o adquirir equipos se consideran proyecciones mientras no exista evidencia de su implementación. Asimismo, la disponibilidad de información económica es desigual entre los casos y no se cuenta con registros contables homogéneos que permitan comparar de manera rigurosa ingresos, costos, márgenes o rentabilidad. Las cifras proporcionadas durante las entrevistas se tratan, por tanto, como información autorreportada y no como registros financieros auditados.

Desde el punto de vista aplicado, los hallazgos permiten formular implicaciones para el diseño de políticas públicas, programas de apoyo, incubadoras, universidades y otros actores vinculados con el emprendimiento rural. Estas recomendaciones se derivan de los patrones, contrastes y restricciones documentados y deben entenderse como orientaciones susceptibles de adaptación a diferentes contextos. La investigación no propone un modelo único de desarrollo empresarial ni presupone que todas las iniciativas deban formalizarse, ampliar su escala, recurrir al endeudamiento o seguir una misma trayectoria. En síntesis, el alcance de la obra corresponde a una comprensión cualitativa, comparativa y territorialmente situada de nueve trayectorias de emprendimiento rural en Coclé, manteniendo una distinción explícita entre aquello que la evidencia permite sostener y las cuestiones que requerirían información adicional o diseños de investigación diferentes.

Estructura de la obra

La obra se organiza en siete capítulos que siguen una secuencia progresiva desde la delimitación del problema y la construcción conceptual hasta la presentación de la evidencia empírica, su análisis comparativo y la formulación de conclusiones e implicaciones. Esta organización busca mantener una correspondencia clara entre los objetivos de la investigación, las fuentes utilizadas y el nivel de interpretación desarrollado en cada parte del estudio.

El Capítulo I, Introducción, presenta el problema de investigación, la justificación y relevancia del estudio, los objetivos, así como su contribución, alcance y delimitación. En este capítulo se establece el objeto de análisis y se precisan las condiciones bajo las cuales deben interpretarse los resultados, particularmente su carácter cualitativo y territorialmente situado.

El Capítulo 2, *Fundamentos y dimensiones del emprendimiento rural*, desarrolla las perspectivas conceptuales utilizadas para interpretar las experiencias estudiadas. Examina la especificidad y el arraigo territorial del emprendimiento rural, los ecosistemas emprendedores, los recursos y capitales movilizados dentro de las estrategias de vida, y las relaciones entre género, familia y organización del trabajo. Asimismo, aborda la juventud rural desde los procesos de aprendizaje, participación, acceso a recursos, continuidad intergeneracional y relación con el territorio. Estos enfoques proporcionan las categorías que orientan posteriormente la lectura individual y comparativa de los casos.

El Capítulo 3, *Contexto territorial e institucional de la provincia de Coclé*, sitúa las experiencias dentro del entorno en el que se desarrollan. Para ello, caracteriza la diversidad territorial y productiva de la provincia, las condiciones de infraestructura y conectividad, los principales circuitos de comercialización, el entorno institucional de apoyo y determinados activos culturales y ambientales relevantes para las actividades analizadas. La información estadística y documental se utiliza como contexto y no como sustituto de la evidencia producida mediante los estudios de caso.

El Capítulo 4, *Metodología*, expone el diseño cualitativo de casos múltiples, los criterios de selección y delimitación de las nueve experiencias, las características de las personas participantes y el procedimiento seguido durante el trabajo de campo. También describe la preparación y análisis de la información, la comparación transversal de los casos, las consideraciones éticas y las principales limitaciones del estudio. Este capítulo establece la procedencia de la evidencia y las decisiones metodológicas que sustentan las interpretaciones presentadas posteriormente.

El Capítulo 5, *Experiencias de emprendimiento rural*, presenta individualmente los nueve casos analizados. Cada trayectoria reconstruye, de acuerdo con la información disponible, el origen y evolución de la iniciativa, los conocimientos y recursos movilizados, la organización del trabajo y la participación familiar, las formas de producción y comercialización, las relaciones institucionales, las principales restricciones enfrentadas y las expectativas de futuro. La presentación conserva la singularidad de cada experiencia y constituye la base empírica para la comparación posterior.

El Capítulo 6, *Lo que revelan los casos: territorio, familia y continuidad del emprendimiento rural*, desarrolla el análisis transversal de las nueve experiencias. La comparación examina las distintas trayectorias y momentos de desarrollo, el papel del territorio como recurso y restricción, la movilización de conocimientos y recursos familiares, las condiciones de acceso a mercados, las relaciones de género y organización del trabajo, las experiencias de las personas jóvenes y el funcionamiento del ecosistema de apoyo experimentado por los casos. Asimismo, analiza las diferentes

formas de valor identificadas y los límites de la evidencia disponible para valorar la sostenibilidad de las iniciativas. El propósito del capítulo no es establecer una tipología rígida ni cuantificar la frecuencia de los hallazgos, sino identificar patrones, contrastes y relaciones relevantes entre los casos.

*Finalmente, **el Capítulo 7**, Conclusiones, implicaciones y recomendaciones, sintetiza los principales hallazgos en relación con los objetivos del estudio y expone las contribuciones académicas derivadas del análisis. A partir de la evidencia obtenida, formula recomendaciones dirigidas a programas de apoyo, incubadoras, universidades, instituciones públicas y otros actores territoriales vinculados con el emprendimiento rural. El capítulo incorpora también las limitaciones de la investigación y una agenda orientada a profundizar y contrastar sus resultados mediante estudios posteriores.*

CAPÍTULO 2

FUNDAMENTOS Y DIMENSIONES DEL EMPRENDIMIENTO RURAL

■ Emprendimiento rural y arraigo territorial

El emprendimiento rural constituye un campo específico dentro de los estudios sobre emprendimiento porque las condiciones del territorio intervienen de manera directa en la identificación de oportunidades, la movilización de recursos, la organización de la actividad y sus posibilidades de continuidad. La ruralidad no representa únicamente una localización geográfica, sino un entorno caracterizado por configuraciones particulares de recursos naturales, densidad poblacional, infraestructura, mercados, redes sociales e instituciones. Estas condiciones pueden ampliar determinadas oportunidades y, simultáneamente, introducir restricciones relacionadas con la distancia, los costos de transporte, el acceso a servicios especializados o la dimensión de los mercados (Stathopoulou et al., 2004).

Esta perspectiva requiere evitar dos simplificaciones. La primera consiste en identificar automáticamente lo rural con lo agrícola. Aunque la agricultura mantiene una importancia central en numerosos territorios, las economías rurales comprenden también actividades artesanales, agroalimentarias, turísticas, comerciales y de servicios. La segunda consiste en considerar rural cualquier empresa localizada administrativamente fuera de un espacio urbano. La ubicación constituye una condición relevante, pero no suficiente para comprender la especificidad de una iniciativa. Lo decisivo es examinar qué relación mantiene el emprendimiento con el territorio, sus recursos y sus actores (Kulawiak & Rachwał, 2024).

La literatura distingue, en este sentido, entre emprendimiento en áreas rurales y emprendimiento rural. En el primer caso, la localización puede responder a ventajas como disponibilidad de suelo, menores costos, proximidad a determinados insumos o circunstancias personales, sin que el funcionamiento o la propuesta de valor de la empresa dependan sustantivamente del lugar. El emprendimiento rural, en cambio, mantiene una vinculación significativa con características específicas del territorio y puede movilizar recursos naturales, conocimientos, relaciones sociales, patrimonio, paisaje o elementos identitarios que participan en la configuración de la actividad (Kulawiak & Rachwał, 2024).

Esta distinción debe entenderse como una herramienta analítica y no como una clasificación rígida. La relación entre empresa y territorio puede presentar diferentes intensidades y expresarse de múltiples maneras. Una iniciativa puede depender directamente de materias

primas locales, mientras que otra puede encontrarse vinculada al lugar principalmente mediante conocimientos familiares, relaciones comunitarias, reputación, utilización de activos del hogar o una trayectoria histórica asociada con la comunidad. Del mismo modo, vender fuera del territorio o incorporar conocimientos y recursos externos no elimina necesariamente el carácter rural de un emprendimiento. Las actividades territorialmente arraigadas pueden combinar recursos locales y extralocales y participar simultáneamente en redes de proximidad y circuitos comerciales más amplios (Korsgaard et al., 2025).

El concepto de arraigo territorial resulta especialmente útil para comprender estas relaciones. El arraigo alude a la inserción de la actividad económica en estructuras sociales, familiares, culturales, materiales e institucionales concretas. Las decisiones de quien emprende no se producen de manera aislada, sino dentro de relaciones de parentesco, cooperación, confianza, aprendizaje y pertenencia. Asimismo, determinados recursos adquieren valor no solo por sus propiedades materiales, sino por los conocimientos, significados y prácticas sociales asociados con ellos. Desde esta perspectiva, el territorio constituye simultáneamente un espacio físico, una estructura de relaciones y una fuente de recursos y significados para la acción emprendedora (Korsgaard et al., 2025).

El arraigo puede manifestarse mediante diferentes mecanismos. Entre ellos se encuentran la utilización de recursos naturales y materias primas del entorno; la transformación de productos agrícolas; la aplicación de conocimientos familiares o comunitarios; la incorporación de técnicas artesanales; el aprovechamiento del paisaje o del patrimonio; la utilización de tierra e instalaciones familiares; la participación de integrantes del hogar; las relaciones con productores y clientes locales; o la asociación de la identidad del emprendimiento con un lugar determinado. Ninguno de estos elementos resulta suficiente por sí solo para establecer el arraigo, ni todos deben estar presentes simultáneamente. Su relevancia depende de la forma en que intervienen efectivamente en la creación, funcionamiento y trayectoria de cada iniciativa.

Esta relación tampoco es estática. Los recursos existentes en un territorio no constituyen oportunidades empresariales de manera automática. Para adquirir valor económico deben ser reconocidos, reinterpretados, combinados o transformados mediante conocimientos, capacidades y relaciones. Un saber transmitido entre generaciones puede convertirse en una actividad artesanal; una práctica agrícola puede integrarse posteriormente con servicios turísticos; un espacio doméstico puede adquirir una función productiva; o determinados atributos culturales pueden incorporarse a productos destinados a mercados situados fuera de la comunidad. En estos procesos, las personas emprendedoras pueden combinar conocimiento local con formación técnica, experiencias adquiridas en otros lugares, herramientas digitales y conexiones externas (Korsgaard et al., 2025).

Esta capacidad de combinar recursos internos y externos resulta relevante para evitar una interpretación excesivamente cerrada de lo rural. El arraigo no implica aislamiento, autosuficiencia ni dependencia exclusiva de mercados locales. Por el contrario, la continui-

dad de numerosos emprendimientos puede requerir relaciones con compradores urbanos, instituciones públicas, universidades, proveedores, ferias, plataformas digitales u otras redes situadas fuera de la comunidad. El territorio proporciona parte de los recursos y significados sobre los que se construye la actividad, pero su desarrollo puede depender de la capacidad para conectarlos con conocimientos, mercados y relaciones extraterritoriales.

El territorio puede actuar, además, simultáneamente como recurso y restricción. La proximidad social puede facilitar confianza, cooperación, circulación de información y acceso informal a determinados activos. Los conocimientos heredados, los paisajes, las prácticas culturales y los recursos naturales pueden diferenciar productos y servicios. Sin embargo, las mismas condiciones territoriales pueden estar asociadas con mercados reducidos, infraestructura insuficiente, mayores costos de transporte, conectividad irregular o menor disponibilidad de servicios financieros y empresariales. Por ello, el arraigo territorial no debe interpretarse como una ventaja intrínseca ni como una explicación suficiente de la continuidad del emprendimiento (Korsgaard et al., 2025; Stathopoulou et al., 2004).

Esta precaución es importante porque parte de la literatura y de los discursos de desarrollo ha tendido a asociar el emprendimiento rural con capacidad de adaptación, dinamización económica o conservación de las comunidades. Estos resultados son posibles, pero no automáticos. El aprovechamiento de recursos locales no elimina las restricciones estructurales ni convierte a las personas emprendedoras en responsables de compensar mediante su iniciativa las deficiencias de infraestructura, servicios, mercados o inversión. Un análisis territorial riguroso debe reconocer tanto la agencia de quienes emprenden como las condiciones materiales e institucionales que delimitan sus posibilidades de acción (Korsgaard et al., 2025).

El arraigo también permite ampliar la comprensión de los resultados generados por una iniciativa. Además de ingresos, empleo o ventas, determinados emprendimientos pueden contribuir al mantenimiento de conocimientos, la utilización de activos familiares, la continuidad de prácticas culturales, la provisión de bienes o servicios en la comunidad o la conservación de vínculos con el territorio. Sin embargo, estas formas de valor no sustituyen la necesidad de analizar la viabilidad económica de la actividad ni permiten calificar automáticamente como sostenible un emprendimiento por su vinculación con recursos naturales, prácticas tradicionales o identidad local. Las diferentes formas de valor deben establecerse a partir de la evidencia disponible y mantenerse conceptualmente diferenciadas.

A efectos de esta investigación, se entiende por emprendimiento rural una iniciativa económica desarrollada en un territorio rural cuya creación, funcionamiento o propuesta de valor mantiene una relación significativa con los recursos, conocimientos, relaciones, prácticas o significados del lugar. Esta relación puede expresarse mediante la producción, la organización del trabajo, la participación familiar, el acceso a activos, la comercialización, la identidad de la iniciativa o las formas de valor documentadas. El concepto admite diferentes grados y configuraciones de arraigo y no exige que todos los componentes estén presentes con la misma intensidad.

Esta definición permite analizar los nueve casos de Coclé sin reducir su carácter rural a la localización administrativa ni al sector económico al que pertenecen. La atención se dirige a cómo cada iniciativa moviliza y combina recursos territoriales, qué relaciones sostienen su funcionamiento, qué papel desempeña el lugar dentro de su trayectoria y qué restricciones introduce ese mismo contexto. Esta perspectiva constituye el punto de partida para examinar, en los apartados siguientes, las relaciones entre los emprendimientos y los ecosistemas de apoyo, los recursos movilizados dentro de las estrategias familiares de vida y las condiciones diferenciadas asociadas con el género y las trayectorias generacionales.

■ **Ecosistemas emprendedores rurales y condiciones de continuidad**

El análisis del emprendimiento rural exige considerar las condiciones que rodean a la iniciativa y que inciden en su capacidad para mantenerse en el tiempo. La creación y continuidad de un emprendimiento no dependen exclusivamente de los atributos, conocimientos o decisiones de la persona que lo impulsa, sino también del acceso a mercados, financiamiento, infraestructura, información, formación, redes e instituciones. Estos elementos interactúan entre sí y pueden reforzarse o limitarse mutuamente. Por ello, un ecosistema emprendedor no debe entenderse como una simple acumulación de organizaciones y recursos presentes en un territorio, sino como una configuración de actores, condiciones y relaciones que influye en las oportunidades efectivamente disponibles para quienes emprenden (Calispa Aguilar, 2021).

La incorporación de la dimensión rural obliga, además, a revisar los modelos de ecosistemas desarrollados principalmente a partir de ciudades, regiones metropolitanas o sectores intensivos en tecnología. Los territorios rurales suelen presentar menor densidad empresarial e institucional, mayores distancias, mercados más reducidos, disponibilidad desigual de servicios especializados y una dependencia más marcada de determinadas infraestructuras y recursos territoriales. Estas características no implican ausencia de capacidad emprendedora, pero sí modifican las formas mediante las cuales las personas acceden a conocimientos, clientes, financiamiento y apoyo institucional. La literatura sobre emprendimiento rural ha señalado precisamente que la localización, la infraestructura, los recursos naturales, las redes sociales y las condiciones institucionales forman parte de un entorno específico que puede operar simultáneamente como fuente de oportunidades y de restricciones (Stathopoulou et al., 2004; Korsgaard et al., 2025).

Desde esta perspectiva, los componentes relevantes del ecosistema no se limitan a las instituciones formalmente dedicadas al emprendimiento. Incluyen a las propias personas emprendedoras y sus hogares, otros productores y empresas, clientes, proveedores, intermediarios, asociaciones y organizaciones comunitarias; junto con entidades públicas, gobiernos locales, centros educativos, universidades, organizaciones de apoyo y entidades financieras. También forman parte del ecosistema las infraestructuras, las condiciones de

conectividad, las normas formales e informales y los mecanismos mediante los cuales circulan información, confianza y oportunidades. La revisión bibliográfica aportada para esta investigación identifica igualmente la combinación de capital cultural, redes sociales, infraestructura, mercados y políticas de apoyo como dimensiones relevantes para comprender los ecosistemas emprendedores rurales (Asmit et al., 2024).

La relevancia de estos componentes depende, sin embargo, menos de su mera existencia que de su accesibilidad efectiva. La presencia de una institución, un programa, un curso, una feria o una línea de financiamiento no demuestra por sí sola que el emprendimiento disponga de apoyo suficiente. Para valorar su contribución es necesario considerar quién puede acceder, bajo qué condiciones, con qué frecuencia, durante cuánto tiempo y con qué grado de adecuación a las necesidades de la iniciativa. Una capacitación puntual puede ampliar conocimientos, pero no equivale a acompañamiento continuado; una feria puede generar ventas y visibilidad, pero no constituye por sí misma un canal comercial estable; y la disponibilidad formal de crédito no implica que sus requisitos, plazos o condiciones sean compatibles con los flujos de ingreso de un pequeño emprendimiento rural.

Esta distinción resulta fundamental para evitar que el ecosistema sea evaluado mediante un inventario institucional. Un territorio puede contar con numerosas organizaciones y, al mismo tiempo, presentar una configuración fragmentada, en la que los servicios sean discontinuos, poco articulados o difíciles de utilizar para determinados emprendimientos. De manera inversa, una red institucional limitada puede resultar relevante cuando existe proximidad, continuidad y capacidad para conectar recursos complementarios. En consecuencia, la calidad del entorno de apoyo depende también de las relaciones entre sus componentes y de la posibilidad de articular formación, asistencia técnica, financiamiento, comercialización e infraestructura en función de problemas concretos del emprendimiento.

Las redes ocupan una posición central en esta configuración. En los territorios rurales, las relaciones familiares y comunitarias pueden facilitar información, trabajo, conocimientos, recomendaciones, acceso a materias primas y contacto con clientes. La confianza construida mediante relaciones de proximidad puede reducir algunos costos de transacción y compensar parcialmente la ausencia de servicios especializados. Sin embargo, las redes locales no proporcionan necesariamente todos los recursos requeridos para sostener o ampliar una actividad. Los emprendimientos pueden necesitar conexiones externas con compradores, instituciones, proveedores, ferias, universidades o mercados situados fuera de la comunidad. El funcionamiento del ecosistema depende, por tanto, de la articulación entre vínculos locales y extralocales, y no del aislamiento del emprendimiento dentro de su territorio (Korsgaard et al., 2025).

La infraestructura física y digital condiciona directamente esa articulación. Las vías de acceso, el transporte, la electricidad, el agua, los espacios de producción y almacenamiento y la conectividad intervienen en la capacidad para adquirir insumos, producir, conservar productos, trasladarse, participar en actividades y mantener contacto con compradores e

instituciones. Las tecnologías digitales pueden ampliar determinados canales de comunicación y comercialización, reducir parcialmente los efectos de la distancia y facilitar el acceso a información. Sin embargo, la digitalización no elimina automáticamente las desventajas territoriales: requiere conectividad, equipos, conocimientos y capacidad para integrar las herramientas a las necesidades concretas del negocio. Por esta razón, no resulta adecuado interpretar la utilización de una red social o de una aplicación de mensajería como evidencia suficiente de transformación digital o de acceso consolidado a nuevos mercados.

El financiamiento constituye otra dimensión relevante, pero debe analizarse conjuntamente con las condiciones del emprendimiento. La disponibilidad de capital puede facilitar la adquisición de equipos, la compra de insumos, la adecuación de instalaciones o la ampliación de la producción. No obstante, las necesidades financieras varían según el sector, el ciclo productivo, la estabilidad de la demanda y la etapa de desarrollo. Un instrumento crediticio puede resultar poco apropiado para una actividad con ventas altamente irregulares si sus cuotas no se corresponden con la generación real de ingresos.

Del mismo modo, la falta de garantías, la información incompleta o los costos de los trámites pueden limitar el acceso a productos formalmente disponibles. La revisión bibliográfica reciente identifica precisamente el financiamiento y las barreras de acceso al crédito como factores recurrentes en el desempeño de emprendimientos rurales, aunque su importancia debe establecerse en relación con las demás condiciones del negocio y no de manera aislada.

Los mercados constituyen un componente especialmente crítico para la continuidad económica. La capacidad para producir no garantiza la existencia de una demanda suficientemente regular ni precios capaces de remunerar el trabajo y los recursos utilizados. La comercialización puede depender de clientes de proximidad, intermediarios, ferias, actividades turísticas, recomendaciones personales o canales digitales, y cada modalidad presenta diferentes requisitos, costos y niveles de estabilidad. La literatura reciente revisada por el equipo destaca la adaptabilidad y la diversificación de ingresos y mercados como factores asociados con la supervivencia de determinados emprendimientos rurales (Pauzi et al., 2025). No obstante, diversificar no constituye siempre una estrategia superior: puede ampliar oportunidades, pero también aumentar necesidades de inversión, gestión y aprendizaje. Su contribución debe valorarse de acuerdo con las condiciones particulares de cada iniciativa.

La relación entre ecosistema y continuidad requiere, por ello, distinguir entre diferentes niveles de funcionamiento empresarial. Que un emprendimiento continúe activo no significa necesariamente que haya alcanzado estabilidad comercial, rentabilidad o consolidación. Algunas iniciativas pueden mantenerse gracias a reinversión limitada, trabajo familiar, utilización de activos del hogar, combinación con otras fuentes de ingreso o reducción temporal de la producción. Estas estrategias pueden resultar racionales y permitir la permanencia de la actividad, pero también pueden ocultar costos o vulnerabilidades que no aparecen cuando la continuidad se interpreta únicamente como supervivencia temporal.

En esta obra se entenderá la continuidad como la capacidad de mantener la actividad durante el periodo observado mediante una combinación de recursos, relaciones y estrategias. La continuidad se diferenciará de la viabilidad económica, entendida como la capacidad para generar ingresos suficientes en relación con los costos y necesidades de la actividad, y de la consolidación, que supone un mayor grado de estabilidad organizativa o comercial. Estas categorías no se utilizarán como una escala rígida ni se asignarán mecánicamente a los casos, pero permiten evitar que la mera permanencia del emprendimiento sea presentada como evidencia de éxito o sostenibilidad.

El ecosistema emprendedor tampoco es neutral respecto de las características y responsabilidades de las personas que intentan acceder a sus recursos. Los requisitos de participación, los horarios, las distancias, la necesidad de desplazamiento, la disponibilidad de garantías o los mecanismos de selección pueden generar experiencias de acceso diferenciadas. Sin embargo, el análisis específico de estas diferencias según género y generación se desarrollará en los apartados correspondientes. En este punto interesa subrayar únicamente que un recurso formalmente abierto a toda la población no debe considerarse automáticamente accesible en condiciones equivalentes.

También es necesario evitar atribuir al ecosistema local la capacidad de resolver problemas cuyo origen excede la coordinación entre actores del territorio. Las redes, las organizaciones y los programas pueden fortalecer capacidades y facilitar conexiones, pero no sustituyen las inversiones necesarias en infraestructura, servicios públicos o condiciones estructurales para el desarrollo económico rural. El fortalecimiento del emprendimiento no puede descansar exclusivamente en la capacidad de adaptación de las personas y comunidades frente a carencias persistentes. La literatura reciente sobre emprendimiento rural insiste en interpretar la agencia emprendedora dentro de estructuras territoriales, económicas e institucionales que delimitan las posibilidades reales de acción (Korsgaard et al., 2025).

A efectos de esta investigación, se entenderá por ecosistema emprendedor rural el conjunto de actores, recursos, instituciones, infraestructuras, mercados y relaciones (locales y extralocales) que inciden en la creación, funcionamiento y continuidad de los emprendimientos desarrollados en territorios rurales. Esta definición no presupone que todos los componentes estén presentes, que exista coordinación entre ellos ni que sus efectos sean necesariamente favorables. Un ecosistema puede presentar distintos grados de accesibilidad, articulación, continuidad y adecuación a las necesidades de las iniciativas.

El análisis de los nueve casos de Coclé no pretende, por tanto, evaluar integralmente el ecosistema emprendedor de la provincia. Examina el ecosistema efectivamente experimentado por las personas participantes: qué mercados utilizan, qué restricciones de infraestructura enfrentan, qué redes movilizan, qué instituciones conocen o han utilizado y qué apoyos identifican como relevantes para sus trayectorias. Esta delimitación permite establecer correspondencia entre las afirmaciones formuladas y el alcance de la evidencia

disponible y constituye la base para analizar posteriormente cómo los distintos recursos se integran dentro de las estrategias familiares de vida.

Recursos, capitales y estrategias familiares de vida

El análisis del emprendimiento rural no puede limitarse a la identificación de oportunidades de mercado ni a las características individuales de quienes emprenden. La creación y continuidad de una actividad dependen también de los recursos a los que las personas y los hogares pueden acceder, de las capacidades para utilizarlos y de la manera en que los combinan frente a restricciones productivas, comerciales y territoriales. Desde esta perspectiva, el enfoque de medios de vida sostenibles ofrece una base útil para estudiar el emprendimiento rural desde una lógica multidimensional, al desplazar la atención desde la posesión aislada de recursos hacia las configuraciones mediante las cuales estos se movilizan y articulan (Tabares et al., 2022). El artículo original confirma expresamente esta aproximación multidimensional al emprendimiento rural.

Un medio de vida comprende las capacidades, activos y actividades mediante los cuales las personas y los hogares procuran sostener sus condiciones de vida. Aplicado al emprendimiento rural, este enfoque permite reconocer que una iniciativa económica puede coexistir con otras fuentes de ingreso, apoyarse en activos familiares, utilizar conocimientos transmitidos entre generaciones y formar parte de decisiones más amplias sobre trabajo, residencia, educación, cuidado o patrimonio. El emprendimiento no constituye necesariamente una unidad separada del hogar, sino que puede integrarse en una estrategia económica y familiar más amplia.

En esta obra se utiliza la expresión estrategias familiares de vida para referirse a las combinaciones de actividades, recursos y decisiones mediante las cuales las personas y los hogares organizan su reproducción económica y social y responden a las oportunidades y restricciones de su entorno. El concepto no se emplea como sinónimo de pobreza, subsistencia o emprendimiento por necesidad. Una estrategia de vida puede orientarse a cubrir necesidades inmediatas, pero también a diversificar ingresos, conservar activos, ampliar márgenes de autonomía, financiar la educación de integrantes de la familia, aprovechar conocimientos acumulados o mantener una vinculación económica y social con el territorio. Su significado debe establecerse a partir de cada trayectoria y no inferirse únicamente del tamaño, nivel de formalización o sector del emprendimiento.

Esta perspectiva resulta particularmente pertinente en los territorios rurales, donde las fronteras entre hogar y actividad productiva pueden ser permeables. La tierra, las instalaciones, las herramientas, los conocimientos, el transporte, el financiamiento y el trabajo pueden proceder parcialmente de recursos familiares. Del mismo modo, los ingresos del emprendimiento pueden combinarse con agricultura, empleo asalariado, pensiones, transferencias, estudios u otras actividades. La literatura sobre mujeres emprendedoras rurales

muestra, además, que la familia puede intervenir directamente en el origen y funcionamiento de las empresas y que la separación convencional entre empresa, hogar y comunidad resulta insuficiente para comprender determinadas trayectorias rurales (Ahl et al., 2024).

› Los capitales como recursos analíticos

El enfoque clásico de medios de vida distingue cinco categorías principales de capital: financiero, físico, humano, social y natural. Tabares et al. (2022), siguiendo la ampliación propuesta por Chipfupa y Wale (2018), incorporan además el capital psicológico como una sexta dimensión relacionada con la capacidad para afrontar adversidades. Estas categorías no se utilizan aquí como una escala para puntuar los emprendimientos ni como compartimentos independientes. Su utilidad reside en ordenar analíticamente recursos que se encuentran interrelacionados y cuyo valor depende de las condiciones en que pueden ser movilizados.

El capital financiero comprende recursos monetarios y patrimoniales que pueden destinarse al inicio, mantenimiento o desarrollo de una actividad: ahorros, ingresos, reinversión de ventas, préstamos, aportes familiares y otros mecanismos de financiamiento. Su análisis exige diferenciar entre fuentes que implican condiciones y riesgos distintos. Un ahorro propio, un aporte familiar, un subsidio y un crédito no representan recursos equivalentes, aunque todos puedan utilizarse para adquirir insumos o equipos. También debe evitarse identificar disponibilidad de financiamiento con acceso efectivo: las garantías, los requisitos administrativos, la regularidad de los ingresos y la capacidad de asumir pagos condicionan la utilidad real de un instrumento financiero.

El capital físico comprende los activos e infraestructuras que permiten producir, transformar, almacenar, transportar, gestionar o comercializar. Incluye herramientas, maquinaria, equipos, instalaciones y medios de transporte, pero también depende de infraestructuras colectivas como caminos, electricidad, agua y conectividad. Su presencia no garantiza por sí misma capacidad productiva. Un equipo puede resultar insuficiente, encontrarse subutilizado o requerir insumos, mantenimiento o conocimientos que no están disponibles. Por ello, el análisis debe atender no solo a qué activos existen, sino a su adecuación, funcionamiento y articulación con otros recursos.

El capital humano comprende conocimientos, habilidades, experiencia y capacidades aplicables a la actividad económica. En el emprendimiento rural incluye tanto educación formal y capacitación técnica como conocimientos adquiridos mediante práctica, observación, experiencia laboral y transmisión familiar o comunitaria. Esta amplitud resulta especialmente importante en actividades agrícolas, artesanales, agroalimentarias o turísticas, donde una parte sustantiva del conocimiento puede ser tácita y no estar certificada formalmente. La literatura reciente sobre emprendimiento rural destaca precisamente la relevancia del conocimiento, las capacidades empresariales y la posibilidad de combinar saberes locales con aprendizajes externos (Kulawiak & Rachwał, 2024; Tabares et al., 2022).

El capital humano tampoco debe considerarse necesariamente individual. Determinadas competencias pueden estar distribuidas entre diferentes integrantes del hogar o de la red del emprendimiento. Una persona puede concentrar el conocimiento productivo mientras otra contribuye con transporte, administración, comercialización o herramientas digitales. Esta distribución convierte la disponibilidad de conocimientos en una propiedad parcialmente relacional y plantea una cuestión importante para la continuidad: un emprendimiento puede depender de capacidades que no controla de manera autónoma o que se concentran en una sola persona.

El capital social comprende las relaciones que facilitan cooperación, confianza, intercambio de información y acceso a recursos. Puede manifestarse mediante vínculos familiares, relaciones comunitarias, asociaciones, productores, clientes recurrentes, proveedores, instituciones o contactos externos. Tabares et al. (2022) identifican el capital social y el humano entre las dimensiones más relevantes de la literatura que conecta emprendimiento rural y medios de vida.

No obstante, disponer de relaciones no equivale automáticamente a contar con una red eficaz. Los vínculos pueden proporcionar trabajo, recomendaciones o información y, al mismo tiempo, resultar insuficientes para acceder a financiamiento, conocimientos especializados o mercados de mayor alcance. También pueden estar atravesados por conflictos, desigualdades o relaciones de dependencia. Por ello, importa analizar qué recursos circulan realmente a través de las redes, quién tiene acceso a ellos y qué capacidad poseen para conectar el emprendimiento con actores externos.

El capital natural comprende los recursos y procesos de la naturaleza sobre los que pueden apoyarse la producción y los medios de vida: tierra, agua, suelos, vegetación, fauna, materias primas y ecosistemas. En el emprendimiento rural puede actuar como insumo, espacio de producción, componente del paisaje o parte de la propuesta de valor. Sin embargo, la existencia de un recurso natural no constituye por sí misma una ventaja empresarial ni demuestra un manejo sostenible. Su aprovechamiento depende de conocimientos, derechos de acceso, infraestructura, condiciones ecológicas y capacidad para transformarlo o comercializarlo.

Esta dimensión requiere una precaución específica. Utilizar madera, fibras vegetales, cultivos, suelo, agua, biodiversidad o paisaje no permite calificar automáticamente una actividad como ambientalmente sostenible. Para establecerlo serían necesarios datos sobre procedencia, volúmenes, regeneración, manejo, insumos, residuos y efectos sobre el recurso. Por ello, en esta investigación el capital natural se utiliza para analizar la relación de los emprendimientos con los recursos del territorio, mientras que cualquier valoración ambiental se limita estrictamente a la evidencia efectivamente documentada.

Finalmente, el capital psicológico permite considerar capacidades relacionadas con la forma en que las personas afrontan incertidumbre, pérdidas o adversidades. En la formulación

recogida por Tabares et al. (2022), esta dimensión procede de la propuesta de Chipfupa y Wale (2018) y se relaciona con actitudes y recursos cognitivos que pueden favorecer la recuperación frente a situaciones difíciles. Su incorporación resulta útil, pero exige particular cautela.

La capacidad de adaptación puede contribuir a mantener una actividad, pero no debe convertirse en una explicación sustitutiva de las condiciones estructurales. La persistencia frente a mercados inestables, infraestructura deficiente o falta de financiamiento puede mostrar capacidad de respuesta, pero no convierte esas restricciones en problemas individuales ni demuestra que hayan sido superadas. En esta obra, por tanto, la adaptación se analizará como parte de las respuestas desarrolladas por las personas emprendedoras, sin romantizar la resiliencia ni utilizarla para desplazar hacia los individuos la responsabilidad de resolver deficiencias territoriales o institucionales.

› **Combinación, acceso y control de los recursos**

La principal utilidad del enfoque no reside en identificar cuántos capitales posee un emprendimiento, sino en comprender cómo se combinan y movilizan. Los recursos pueden complementarse, transformarse o generar dependencias entre sí. Un conocimiento productivo puede convertirse en ingreso cuando existen materia prima, herramientas y acceso a compradores; una relación institucional puede facilitar formación o acceso a activos; y un recurso financiero puede transformarse en capital físico mediante la adquisición de equipos. De manera inversa, la insuficiencia de un recurso puede reducir la utilidad de los demás. El enfoque de medios de vida enfatiza precisamente que las posibilidades de los hogares dependen de configuraciones de activos y capacidades y no de la presencia aislada de un único capital (Tabares et al., 2022). En el emprendimiento rural, estas configuraciones se encuentran además insertas en relaciones territoriales y sociales que condicionan la posibilidad efectiva de movilizarlas (Korsgaard et al., 2025).

Para efectos analíticos, resulta útil distinguir entre: disponibilidad, acceso, uso y control de los recursos. La existencia de un activo dentro del hogar o del territorio no significa necesariamente que todas las personas puedan utilizarlo. Del mismo modo, utilizar tierra, instalaciones, equipos o recursos financieros no implica disponer de autoridad para decidir sobre su destino. Esta diferencia resulta particularmente relevante en emprendimientos insertos en estructuras familiares, donde propiedad formal, aportación de trabajo, utilización de activos y capacidad de decisión pueden recaer en personas diferentes. La literatura sobre emprendimiento rural femenino muestra precisamente que empresa y familia se encuentran frecuentemente entrelazadas y que el acceso a recursos debe analizarse junto con las relaciones mediante las cuales estos se utilizan y controlan (Ahl et al., 2024).

Las estrategias familiares de vida se configuran mediante estas combinaciones de recursos y actividades. Los hogares pueden diversificar fuentes de ingreso, utilizar activos compar-

tidos, destinar recursos obtenidos en una actividad al sostenimiento de otra, incorporar trabajo familiar o ajustar la producción y la inversión en función de las condiciones del mercado y de las necesidades del hogar. El enfoque de medios de vida permite interpretar estas decisiones como respuestas a configuraciones particulares de activos, vulnerabilidades y oportunidades, y no únicamente desde una lógica de crecimiento empresarial (Tabares et al., 2022). En consecuencia, mantener una escala reducida, evitar determinados niveles de endeudamiento o combinar el emprendimiento con otras actividades no debe interpretarse automáticamente como ausencia de ambición empresarial; su racionalidad debe analizarse en relación con las condiciones económicas, familiares y territoriales de cada trayectoria.

La movilización de recursos familiares puede, al mismo tiempo, ocultar costos relevantes para el funcionamiento del emprendimiento. El uso de la vivienda o de tierra familiar, la aportación de trabajo no remunerado, el transporte proporcionado por integrantes del hogar o la colaboración de familiares pueden reducir las necesidades monetarias visibles de la iniciativa, pero no constituyen recursos carentes de costo económico o social. La evidencia sobre emprendimientos rurales muestra que la familia puede aportar trabajo, activos, conocimientos y apoyo de manera sustantiva al funcionamiento empresarial, incluso cuando dichas contribuciones no se encuentran formalizadas (Ahl et al., 2024). Por ello, la continuidad de una actividad no debe atribuirse exclusivamente a su desempeño comercial cuando parte de sus costos o riesgos son absorbidos por el hogar.

Esta consideración obliga también a distinguir entre continuidad del emprendimiento y fortalecimiento de los medios de vida. Una actividad puede ampliar ingresos, conocimientos, relaciones, activos o márgenes de decisión y contribuir positivamente a la estrategia familiar. Sin embargo, el emprendimiento también puede implicar endeudamiento, exposición a pérdidas, utilización intensiva de trabajo familiar o dependencia de recursos cuya disponibilidad no está asegurada. Desde la perspectiva de los medios de vida, los resultados deben evaluarse considerando tanto la capacidad de generar o preservar activos como las condiciones de vulnerabilidad en las que estos se movilizan (Tabares et al., 2022). La permanencia temporal de una iniciativa no constituye, por sí misma, evidencia suficiente de viabilidad económica o sostenibilidad.

A efectos de esta investigación, los capitales se utilizarán como categorías interpretativas para comprender qué recursos movilizan las personas y los hogares, de dónde proceden, bajo qué condiciones se accede a ellos y cómo se combinan durante la trayectoria del emprendimiento. No se elaborará un índice de capitales ni se clasificará mecánicamente a los nueve casos según su dotación. Esta decisión es coherente con una lectura relacional del emprendimiento rural, en la que el valor de los recursos depende de su articulación con otros activos, con las redes sociales y con las condiciones territoriales dentro de las cuales pueden ser utilizados (Tabares et al., 2022; Korsgaard et al., 2025).

Esta perspectiva permite situar el emprendimiento dentro de una unidad económica y social más amplia. Los nueve casos de Coclé serán analizados no solo en función de los re-

cursos que posee formalmente cada iniciativa, sino también de los conocimientos, activos, relaciones, trabajo e ingresos que las personas movilizan desde el hogar y el territorio. Esta aproximación resulta especialmente pertinente cuando la actividad económica se encuentra estrechamente integrada con la familia, como ha sido documentado en estudios sobre emprendimiento rural (Ahl et al., 2024). Sobre esta base, el apartado siguiente profundiza en cómo se distribuyen dentro de los hogares el trabajo, las responsabilidades, el acceso a los recursos y la capacidad de decisión, y en qué medida esas relaciones pueden encontrarse atravesadas por el género.

Género, familia y organización del trabajo

La incorporación de la perspectiva de género al análisis del emprendimiento rural permite examinar cómo las relaciones sociales y familiares intervienen en la organización de la actividad económica, la distribución del trabajo, el acceso a los recursos y la capacidad de decisión. El género no se considera en esta obra como una característica individual equivalente a la edad, el nivel educativo o el sector de actividad, sino como una dimensión relacional que puede influir en las oportunidades, responsabilidades y márgenes de actuación de quienes emprenden. Por ello, el análisis no se limita a comparar negocios liderados por mujeres y hombres, sino que atiende a las relaciones familiares y sociales dentro de las cuales se desarrolla cada iniciativa (Ahl et al., 2024).

Esta perspectiva cuestiona la representación convencional de la persona emprendedora como un actor autónomo, separado del hogar y plenamente disponible para dedicar tiempo y recursos al negocio. En numerosos emprendimientos rurales, las fronteras entre empresa y familia son permeables: el trabajo se realiza en espacios domésticos o familiares, se utilizan activos compartidos, diferentes integrantes participan en determinadas tareas y los ingresos pueden incorporarse directamente a la economía del hogar. La literatura sobre mujeres emprendedoras rurales muestra que esta integración entre actividad económica, familia y comunidad forma parte de la realidad de muchos negocios y que su análisis exige superar una concepción estrictamente individual del emprendimiento (Ahl et al., 2024).

Una dimensión central es la organización del trabajo. Identificar a la persona que dirige o representa públicamente un emprendimiento no permite conocer por sí solo cómo se distribuyen las tareas necesarias para su funcionamiento. Además de producir, cultivar, elaborar o prestar un servicio, una actividad puede requerir compras, transporte, mantenimiento, administración, atención a clientes, promoción, comercialización y participación en ferias o actividades institucionales. Parte de estas funciones puede ser asumida por familiares sin que exista una relación laboral formal ni una remuneración diferenciada. Por consiguiente, el análisis debe atender a quién realiza cada tarea, con qué frecuencia y bajo qué forma de organización.

Junto al trabajo directamente asociado con la actividad económica, resulta necesario considerar el trabajo doméstico y de cuidados. La preparación de alimentos, la limpieza,

el cuidado de niñas, niños, personas mayores o dependientes y la organización cotidiana del hogar condicionan el tiempo y la movilidad disponibles para participar en producción, comercialización, formación o actividades institucionales. Estas responsabilidades no deben incorporarse como una explicación automática de las trayectorias de todas las mujeres, pero tampoco pueden permanecer fuera del análisis cuando forman parte de la organización efectiva de los casos. La evidencia sobre emprendimiento rural femenino ha mostrado que la relación entre empresa y familia constituye una dimensión relevante para comprender tanto las decisiones empresariales como las posibilidades de desarrollo de las iniciativas (Ahl et al., 2024).

La localización del emprendimiento en la vivienda o en sus proximidades puede facilitar determinadas combinaciones de responsabilidades, pero no debe interpretarse automáticamente como evidencia de conciliación. Trabajar desde el hogar puede reducir desplazamientos y algunos costos, pero también puede difuminar los límites entre tiempo productivo, doméstico y personal. La flexibilidad puede constituir una ventaja valorada por la persona emprendedora y, al mismo tiempo, implicar jornadas fragmentadas, trabajo nocturno o una disponibilidad continua frente a las necesidades del hogar. Por ello, la cercanía entre vivienda y actividad económica debe analizarse como una forma concreta de organización y no calificarse de antemano como positiva o negativa.

La familia puede desempeñar funciones diversas dentro del emprendimiento: aportar conocimientos, trabajo, tierra, instalaciones, herramientas, financiamiento, transporte, contactos o apoyo durante determinadas etapas. Como se señaló en el apartado anterior, estos recursos pueden resultar decisivos para la continuidad de la actividad. Sin embargo, su presencia no permite asumir una distribución equitativa de costos, beneficios o responsabilidades. Ahl et al. (2024) documentan la importancia de parejas, hijos y otros integrantes familiares en numerosas empresas rurales, mostrando que las fronteras entre emprendimiento individual y actividad familiar pueden ser difíciles de establecer.

En consecuencia, conviene diferenciar entre colaboración ocasional, participación regular en el trabajo y capacidad de decisión sobre la actividad. Una persona puede ayudar durante una cosecha, transportar productos o atender temporalmente un puesto de venta sin formar parte de la gestión habitual del emprendimiento. De manera distinta, otra puede aportar trabajo de forma recurrente y constituir un recurso indispensable para el negocio. Ninguna de estas situaciones demuestra por sí misma que exista copropiedad, remuneración, control de los ingresos o participación equivalente en las decisiones. Estas condiciones deben establecerse a partir de la evidencia de cada caso.

Esta distinción se relaciona directamente con el acceso a los recursos. Como se planteó en el apartado 2.3, propiedad, acceso, uso y control no son equivalentes. Una mujer puede trabajar una tierra familiar, utilizar determinadas instalaciones o administrar un emprendimiento sin ser propietaria formal de los activos ni disponer de plena autoridad sobre su utilización futura. Del mismo modo, puede generar ingresos sin decidir de manera exclusiva sobre su destino. Analizar el emprendimiento desde una perspectiva de género

requiere, por tanto, observar no solo qué recursos están disponibles, sino quién puede utilizarlos, quién decide sobre ellos y quién se beneficia de los resultados de la actividad (Ahl et al., 2024).

La autonomía económica debe abordarse con la misma cautela. Obtener ingresos propios puede ampliar los márgenes de decisión, reducir determinadas dependencias o fortalecer el reconocimiento de una persona dentro de su hogar. Sin embargo, generación de ingresos y autonomía económica no son conceptos equivalentes. Para valorar esta última sería necesario considerar, entre otros elementos, la regularidad y suficiencia de los ingresos, la posibilidad de administrarlos, la capacidad para decidir sobre reinversión o ahorro y el control de los activos utilizados por el emprendimiento. Por esta razón, en la presente investigación no se deducirá automáticamente autonomía a partir de la existencia de ventas o ingresos.

El mismo principio se aplica a conceptos como empoderamiento. La participación en una actividad económica puede contribuir a ampliar capacidades, reconocimiento, redes o capacidad de decisión, pero estos resultados deben documentarse. No resulta metodológicamente adecuado utilizar la condición de propietaria, la participación en ferias o la generación de ingresos como indicadores suficientes de empoderamiento. Una interpretación rigurosa exige establecer qué cambios concretos se han producido en el acceso a recursos, la toma de decisiones, la movilidad, la participación o el reconocimiento de la persona emprendedora.

La perspectiva de género también puede contribuir a identificar condiciones diferenciadas de acceso a oportunidades empresariales. Financiamiento, formación, redes o mercados pueden estar formalmente disponibles para mujeres y hombres y, sin embargo, ser experimentados de manera distinta debido a la titularidad de activos, las responsabilidades familiares, el tiempo disponible, las posibilidades de desplazamiento o la configuración de las redes. Esta cuestión no requiere asumir que toda dificultad constituye una barrera de género. El análisis debe establecer si existe evidencia que permita relacionar una restricción concreta con esas condiciones y distinguirla de dificultades que afectan al emprendimiento con independencia del género.

Esta precaución es especialmente importante para evitar explicaciones deterministas. Que una mujer encuentre dificultades de comercialización, financiamiento o infraestructura no significa que estas deban atribuirse automáticamente a su género. Del mismo modo, la ausencia de una referencia explícita a discriminación no permite concluir que las relaciones de género sean irrelevantes para su trayectoria. Las entrevistas proporcionan evidencia sobre experiencias y percepciones concretas; la interpretación debe mantenerse dentro de esos límites y diferenciar aquello que la persona declara de las inferencias elaboradas por el equipo investigador.

La heterogeneidad constituye, por ello, un principio fundamental. Las mujeres rurales no conforman una categoría homogénea de emprendedoras. Sus trayectorias pueden variar

según edad, situación familiar, nivel educativo, sector económico, disponibilidad de activos, experiencia, localización, etapa del emprendimiento y configuración de las redes de apoyo. La evidencia aportada por Ahl et al. (2024) muestra precisamente la diversidad de motivaciones, actividades y contribuciones de las mujeres rurales y cuestiona las políticas basadas en una representación única de la emprendedora orientada al crecimiento.

Lo anterior obliga también a revisar los criterios convencionales utilizados para valorar el desempeño. Crecimiento, rentabilidad, empleo y expansión comercial son dimensiones relevantes, pero no agotan los resultados de una actividad. Un emprendimiento puede contribuir al sostenimiento del hogar, mantener conocimientos, permitir determinada organización del tiempo o participar en la continuidad de activos y prácticas familiares. Reconocer estas contribuciones no significa relativizar la viabilidad económica. Las formas de valor familiar o social no deben utilizarse para normalizar ingresos insuficientes, jornadas excesivas, precariedad o dependencia estructural de trabajo familiar no remunerado.

La relación entre género y familia tampoco debe plantearse únicamente en términos de restricciones. Las personas movilizan recursos, negocian responsabilidades, construyen redes y desarrollan estrategias dentro de los contextos en los que actúan. Reconocer esta agencia resulta necesario para evitar representar a las mujeres exclusivamente como receptoras pasivas de desigualdades. Al mismo tiempo, atribuir los resultados únicamente a motivación, esfuerzo o capacidad individual invisibilizaría las condiciones familiares, territoriales e institucionales que delimitan las opciones disponibles. El análisis requiere mantener simultáneamente ambas dimensiones: capacidad de acción y condiciones estructurales (Ahl et al., 2024).

A efectos de esta investigación, la perspectiva de género se concentrará en cinco dimensiones interrelacionadas: organización del trabajo productivo y reproductivo; responsabilidades familiares y de cuidado; participación de integrantes del hogar en el emprendimiento; acceso, propiedad y control de recursos e ingresos; y capacidad de decisión y márgenes de autonomía. Estas dimensiones orientan la lectura de los casos, pero no constituyen una lista de condiciones que deban encontrarse necesariamente en todas las experiencias.

Las interpretaciones se formularán únicamente cuando exista evidencia suficiente. No se afirmará la existencia de discriminación, sobrecarga, dependencia económica, autonomía o distribución desigual del trabajo basándose exclusivamente en el sexo de la persona participante. Tampoco se utilizará la ausencia de información como evidencia de que una determinada situación no existe. Este criterio resulta especialmente importante porque cada caso se reconstruye principalmente desde el relato de una persona focal y no desde entrevistas independientes con todos los integrantes del hogar.

De esta manera, el análisis de género permite comprender mejor cómo se inserta el emprendimiento dentro de la organización económica y cotidiana de las familias sin convertir las nueve experiencias en representaciones generales de las mujeres rurales de Coclé.

La atención se dirige a las relaciones efectivamente documentadas entre trabajo, familia, recursos y capacidad de decisión. Sobre esta base, el apartado siguiente incorpora la dimensión generacional para examinar cómo aprendizaje, experiencia, participación familiar y relación con el territorio intervienen en las trayectorias de las personas jóvenes.

Juventud, aprendizaje y trayectorias territoriales

La incorporación de la dimensión generacional permite analizar cómo la edad y el momento del ciclo de vida se relacionan con el acceso a recursos, la adquisición de conocimientos, la participación en las decisiones y la construcción de trayectorias económicas vinculadas con el territorio. En esta obra, la juventud no se considera una categoría homogénea ni una condición que implique por sí misma mayor capacidad innovadora, dominio tecnológico o disposición emprendedora. Las trayectorias juveniles rurales se desarrollan dentro de configuraciones familiares, educativas, laborales y territoriales diferenciadas que condicionan las oportunidades disponibles y las decisiones respecto del trabajo, la movilidad y la permanencia (Cook & Cuervo, 2020; Oliva et al., 2026).

La literatura sobre emprendimiento rural juvenil muestra que la disposición hacia el emprendimiento no depende exclusivamente de preferencias individuales. En jóvenes vinculados con cooperativas agrícolas rurales, Bouichou et al. (2021) identifican asociaciones entre la intención emprendedora y factores como la experiencia previa, las percepciones individuales, determinadas características sociodemográficas y la actividad de las cooperativas, mientras que los riesgos de la actividad agrícola y las restricciones financieras pueden actuar como factores desfavorables. Estos resultados son útiles para mostrar la interacción entre capacidades individuales y contexto, aunque deben utilizarse con cautela porque el estudio analiza intención emprendedora y no continuidad o desempeño de negocios consolidados.

El aprendizaje constituye una dimensión central de estas trayectorias. En los espacios rurales, los conocimientos aplicados a una actividad económica pueden proceder de la educación formal y la capacitación, pero también de la participación en actividades familiares, la experiencia laboral, la observación, la práctica y la transmisión intergeneracional. Estas fuentes pueden combinarse posteriormente con conocimientos adquiridos fuera de la comunidad, formación técnica y nuevas herramientas de producción o comercialización. Esta articulación entre recursos territoriales y conocimientos procedentes de redes externas forma parte de la creciente diversidad de las trayectorias emprendedoras rurales contemporáneas (Korsgaard et al., 2025).

La existencia de aprendizaje familiar no implica, sin embargo, que la persona joven haya desarrollado automáticamente una trayectoria emprendedora propia. Es necesario distinguir entre aprendizaje, colaboración, participación y capacidad de decisión. Ayudar de manera ocasional, conocer una técnica o acompañar determinadas actividades familiares no equivale a asumir responsabilidades sobre producción, inversión, comercialización o utilización de los ingresos. Esta diferencia resulta especialmente importante cuando el em-

prendimiento se desarrolla a partir de recursos familiares y las distintas generaciones participan con grados diferentes de responsabilidad y autonomía. Los estudios sobre sucesión agraria muestran precisamente que la incorporación de jóvenes constituye un proceso de integración entre generaciones y no un simple momento de transferencia de activos (Rodríguez-Lizano et al., 2022).

La continuidad intergeneracional debe analizarse desde esta perspectiva procesual. La transmisión de tierra, instalaciones, herramientas, conocimientos, contactos o reputación puede reducir determinadas barreras de entrada, pero no garantiza que una persona joven desee continuar la actividad ni que disponga de capacidad suficiente para modificarla o dirigirla. En su investigación con jóvenes agricultores de Costa Rica, Rodríguez-Lizano et al. (2022) muestran que la permanencia en la explotación familiar se encuentra relacionada con diferentes motivaciones y con la forma en que se desarrolla el proceso de integración generacional, incluyendo vínculos familiares, sentido de pertenencia y posibilidades de autogestión.

Esta cuestión remite nuevamente a la diferencia entre acceso y control de los recursos desarrollada en los apartados anteriores. Una persona joven puede disponer de tierra, herramientas, infraestructura, conocimientos o contactos familiares y beneficiarse de ellos para iniciar una actividad, pero ello no significa necesariamente que controle esos activos o pueda decidir libremente sobre su utilización. La posición dentro del hogar y el momento de la transferencia intergeneracional pueden condicionar tanto las oportunidades disponibles como los márgenes de decisión. Por ello, la existencia de recursos familiares debe analizarse conjuntamente con la participación efectiva de la persona joven en su gestión y con la autonomía documentada en cada caso (Rodríguez-Lizano et al., 2022).

El acceso a recursos externos también interviene en estas trayectorias. Formación, financiamiento, redes comerciales, organizaciones productivas y relaciones institucionales pueden ampliar las posibilidades de transformar conocimientos o intereses en actividades económicas. Bouichou et al. (2021) muestran, por ejemplo, que la experiencia previa y las características de la organización cooperativa se relacionan con las intenciones emprendedoras de las personas jóvenes analizadas, mientras que las restricciones financieras pueden limitarlas. Aunque estos resultados proceden de un contexto específico y no pueden extrapolarse directamente a Coclé, respaldan la necesidad de examinar el emprendimiento juvenil como resultado de la interacción entre recursos individuales, familiares y externos.

La experiencia acumulada puede contribuir asimismo a la construcción de credibilidad frente a clientes, proveedores, organizaciones o instituciones. En esta investigación, la credibilidad no se tratará como un atributo abstracto asociado a la edad, sino como una dimensión empírica que puede manifestarse mediante experiencia reconocida, cumplimiento, calidad del trabajo, relaciones comerciales, responsabilidades asumidas o reconocimiento dentro de redes familiares y comunitarias. Su presencia y relevancia deberán establecerse a partir de las trayectorias documentadas y no inferirse simplemente de la juventud de la persona participante.

Las tecnologías digitales constituyen otra posibilidad de acceso a información, comunicación y mercados, pero requieren una interpretación igualmente cuidadosa. La condición juvenil no permite asumir competencias digitales superiores ni un uso empresarial más sofisticado de la tecnología. Tampoco el empleo de redes sociales o aplicaciones de mensajería constituye por sí solo evidencia de digitalización empresarial. Cuando aparezcan en los casos, estas herramientas se analizarán según la función que efectivamente desempeñen en la promoción, comunicación con clientes, acceso a información o comercialización, evitando convertir su mera utilización en un indicador de innovación.

Una dimensión especialmente relevante es la relación entre juventud y movilidad territorial. La literatura sobre juventudes rurales cuestiona la oposición simple entre permanecer y marcharse. Las trayectorias pueden combinar desplazamientos por estudios o empleo, residencia temporal fuera de la comunidad, retornos posteriores, desplazamientos cotidianos y mantenimiento simultáneo de vínculos con distintos espacios. Cook y Cuervo (2020) muestran que las decisiones de permanecer, salir o regresar deben comprenderse dentro de trayectorias vitales más amplias, mientras que Oliva et al. (2026) destacan cómo las oportunidades de formación, empleo y emancipación, junto con los recursos familiares y las desigualdades de acceso, configuran diferentes patrones de movilidad e inmovilidad rural.

Por esta razón, la presente investigación utiliza la expresión trayectorias territoriales y evita asumir la permanencia en la comunidad como resultado necesariamente deseable. Permanecer puede expresar arraigo, existencia de oportunidades económicas o preferencias personales, pero también puede responder a restricciones de movilidad. De igual manera, salir del territorio puede ampliar formación, experiencia, redes y recursos y no supone necesariamente una ruptura con la comunidad de origen. Las trayectorias rurales pueden incluir permanencia, movilidad y retorno en diferentes momentos del ciclo de vida (Cook & Cuervo, 2020; Oliva et al., 2026).

Esta interpretación resulta particularmente importante para analizar la continuidad intergeneracional. La permanencia de una actividad familiar no requiere necesariamente que la generación siguiente reproduzca de manera idéntica las prácticas, mercados o formas de organización anteriores. La incorporación de jóvenes puede implicar continuidad de determinados activos y conocimientos y, simultáneamente, modificaciones en productos, técnicas, canales de comercialización o estrategias profesionales. La evidencia sobre sucesión rural muestra que la relación entre generaciones comprende negociación, integración progresiva y construcción de un espacio propio de decisión, más que una transferencia automática del negocio de una generación a otra (Rodríguez-Lizano et al., 2022).

Las aspiraciones constituyen otra dimensión que debe mantenerse separada de los resultados observados. Expresar interés en ampliar una actividad, desarrollar turismo, estudiar una profesión relacionada, incorporar productos o continuar una iniciativa familiar proporciona información sobre los proyectos y expectativas de la persona joven, pero no demuestra que esas transformaciones se hayan materializado. Esta distinción resulta

especialmente pertinente porque las decisiones juveniles sobre formación, empleo, emprendimiento y residencia pueden modificarse a lo largo del tiempo en respuesta a nuevas oportunidades, relaciones familiares y circunstancias económicas (Cook & Cuervo, 2020; Oliva et al., 2026).

Tampoco debe suponerse que el emprendimiento constituye necesariamente una alternativa preferible frente al empleo asalariado, la educación superior o la movilidad. Bouichou et al. (2021) muestran precisamente que incluso la intención de emprender se encuentra condicionada por factores personales y contextuales. Desde una perspectiva territorial más amplia, las decisiones de permanecer, desplazarse o retornar forman parte de trayectorias de educación, trabajo y vida familiar que no pueden reducirse a una oposición entre emprendimiento rural y abandono del territorio (Bouichou et al., 2021; Cook & Cuervo, 2020).

Para efectos de esta investigación, la dimensión generacional se examinará mediante cinco aspectos interrelacionados: aprendizaje y adquisición de conocimientos; participación y capacidad de decisión; acceso a recursos, redes y construcción de credibilidad; continuidad y transmisión intergeneracional; y expectativas de permanencia, movilidad o vinculación futura con el territorio. Estas dimensiones funcionan como categorías interpretativas y no como etapas sucesivas ni como características que deban presentarse con igual intensidad en todas las experiencias.

El análisis de los nueve casos de Coclé utilizará estas categorías únicamente cuando la evidencia permita documentarlas. No se atribuirán innovación, competencias digitales, autonomía, dependencia familiar o voluntad de permanencia a una persona por el hecho de ser joven. Tampoco la participación en una actividad familiar será interpretada automáticamente como sucesión empresarial, ni una aspiración futura como un resultado alcanzado. El propósito es identificar cómo las condiciones generacionales intervienen efectivamente en determinadas trayectorias y cómo se articulan con la familia, los recursos y el territorio.

CONTEXTO TERRITORIAL E INSTITUCIONAL DE LA PROVINCIA DE COCLÉ

■ Ruralidad y diversidad territorial

La provincia de Coclé se localiza en la región central de Panamá y está integrada por los distritos de Aguadulce, Antón, La Pintada, Natá, Olá y Penonomé. De acuerdo con el Censo de 2023, posee una superficie de 4,943.0 km² y una población de 268,264 habitantes, equivalente a una densidad promedio de 54.3 habitantes por km². En 2010 se habían registrado 233,708 habitantes, por lo que entre ambos censos la población provincial aumentó en 34,556 personas, aproximadamente un 14.8 %, según cálculos propios realizados a partir de los datos censales (Instituto Nacional de Estadística y Censo [INEC], 2023a).

La distribución de la población presenta diferencias importantes entre los seis distritos. En 2023, Penonomé concentraba el 38.9 % de los habitantes de la provincia; Antón, el 22.1 %; y Aguadulce, el 18.3 %. En conjunto, estos tres distritos reunían el 79.2 % de la población provincial. En el extremo opuesto, Olá representaba el 2.3 % y registraba la menor densidad poblacional, con 16.7 habitantes por km². La Pintada y Natá presentaban también densidades considerablemente inferiores a Aguadulce, Antón y Penonomé. Los promedios provinciales, por tanto, sintetizan configuraciones territoriales y demográficas marcadamente diferentes.

Tabla 1. Población y densidad por distrito (2023).

Distrito	Población	Participación provincial	Densidad (hab./km ²)
Aguadulce	49,005	18.3 %	104.3
Antón	59,194	22.1 %	79.6
La Pintada	29,698	11.1 %	28.8
Natá	19,741	7.4 %	32.2
Olá	6,300	2.3 %	16.7
Penonomé	104,326	38.9 %	61.1
Coclé	268,264	100.0 %	54.3

Nota. Elaboración propia con base en INEC (2023a).

La ruralidad mantiene un peso demográfico significativo dentro de la provincia. La clasificación censal de 2023 registró 170,972 habitantes en áreas rurales y 97,292 en áreas

urbanas, equivalentes al 63.7 % y al 36.3 % de la población provincial, respectivamente (INEC, 2023b). Estas cifras permiten establecer la magnitud de la población clasificada estadísticamente como rural, pero no implican que las comunidades incluidas en esa categoría presenten condiciones territoriales semejantes.

La clasificación censal constituye una referencia necesaria para describir la distribución de la población, aunque resulta insuficiente para representar por sí sola diferencias de accesibilidad, conectividad, estructura productiva, disponibilidad de servicios o articulación con los centros urbanos. Como señalan Pittí et al. (2021), la ruralidad panameña comprende configuraciones que trascienden una oposición estrictamente demográfica entre espacios rurales y urbanos e incluyen relaciones económicas, sociales y funcionales entre territorios.

Esta consideración resulta particularmente pertinente en Coclé. Dentro de una misma provincia coexisten cabeceras distritales y núcleos de servicios con comunidades agrícolas, espacios de montaña, áreas costeras y territorios vinculados en distinto grado con actividades turísticas y comerciales. Sus conexiones con Penonomé, Aguadulce, Antón, Río Hato y con el corredor de la carretera Panamericana tampoco son equivalentes.

En consecuencia, la adscripción de una comunidad a un distrito con mayor población o densidad no permite inferir automáticamente sus condiciones de acceso a mercados, infraestructura o servicios; de igual manera, una comunidad clasificada como rural puede mantener relaciones frecuentes con centros urbanos y circuitos comerciales externos. Esta heterogeneidad territorial es reconocida también en la actualización de la estrategia Visión 2050, que identifica la conectividad física y digital, la infraestructura logística y una mayor articulación territorial entre las prioridades para el desarrollo de Coclé (Red de Centros de Competitividad Regionales, 2022).

La utilización de esta última fuente requiere una delimitación precisa. La actualización de Visión 2050 corresponde a un ejercicio de diagnóstico y planificación estratégica construido mediante procesos de consulta territorial; por tanto, sus planteamientos permiten identificar prioridades y problemas reconocidos en ese proceso, pero no deben interpretarse como estimaciones estadísticas representativas de toda la población o de todas las comunidades de la provincia (Red de Centros de Competitividad Regionales, 2022). Los datos censales y las fuentes estratégicas cumplen, en consecuencia, funciones complementarias dentro de la contextualización.

Para efectos de esta investigación, Coclé se aborda como un territorio provincial internamente diverso, no como un espacio rural homogéneo. Los indicadores agregados proporcionan el marco demográfico y territorial general, mientras que las condiciones específicas de los nueve casos —accesibilidad, infraestructura, servicios, relaciones comerciales y vinculación con los centros de población— se establecerán a partir de la evidencia correspondiente a cada trayectoria. Esta distinción evita trasladar automáticamente características provinciales a comunidades o emprendimientos particulares y proporciona el marco

para examinar, en el apartado siguiente, la estructura productiva y empresarial en la que se insertan las experiencias estudiadas.

■ Estructura productiva y tejido empresarial

La estructura económica de Coclé combina actividades agropecuarias, manufactureras, comerciales, de construcción, transporte, alojamiento, alimentación y otros servicios. Esta diversidad confirma que la economía provincial no puede caracterizarse exclusivamente a partir de la agricultura, aunque las actividades del sector primario continúan teniendo un peso importante en el empleo. Los datos censales permiten aproximarse a esta estructura desde la distribución de la población ocupada, mientras que el Directorio de Empresas y Locales ofrece una perspectiva complementaria sobre los establecimientos empresariales registrados. Ambas fuentes describen dimensiones diferentes y, por tanto, deben interpretarse separadamente.

De acuerdo con el Censo de 2023, en Coclé se registraron 103,514 personas ocupadas de 10 años o más. La agricultura, ganadería, silvicultura, pesca y actividades conexas concentraban 23,446 personas, equivalentes al 22.7 % del total provincial. Le seguían el comercio al por mayor y al por menor y la reparación de vehículos, con el 14.0 %; la industria manufacturera, con el 9.2 %; la construcción, con el 8.1 %; los servicios de alojamiento y comidas, con el 6.0 %; y el transporte, almacenamiento y correo, con el 4.6 %. Los porcentajes corresponden a cálculos propios realizados a partir de los cuadros censales de población ocupada (INEC, 2024a).

Tabla 2. Principales actividades económicas de la población ocupada en Coclé (2023).

Actividad económica	Participación en la población ocupada
Agricultura, ganadería, silvicultura, pesca y actividades conexas	22.7 %
Comercio al por mayor y al por menor y reparación de vehículos	14.0 %
Industria manufacturera	9.2 %
Construcción	8.1 %
Alojamiento y servicios de comidas	6.0 %
Transporte, almacenamiento y correo	4.6 %

Nota. Elaboración propia con base en INEC (2024a).

Estos datos muestran una estructura laboral diversificada en la que la actividad agropecuaria representa la categoría individual de mayor participación, pero convive con un conjunto relevante de actividades comerciales, manufactureras y de servicios. Para esta investigación, esta composición resulta pertinente porque sitúa los emprendimientos estudiados dentro de una economía provincial en la que producción primaria, transformación, comercialización y servicios pueden coexistir territorialmente. No obstante, los datos censales no permiten establecer cómo se combinan estas actividades dentro de hogares

concretos ni qué importancia tienen para cada emprendimiento; esas relaciones deberán determinarse mediante la evidencia de los casos.

El Directorio de Empresas y Locales registró 3,715 empresas en Coclé en 2022. El comercio al por mayor y al por menor y la reparación de vehículos concentraban 1,940 empresas, equivalentes al 52.2 % del total registrado. Las actividades de alojamiento y servicios de comida representaban el 16.3 %; la industria manufacturera, el 6.9 %; y otras actividades de servicios, el 6.0 %. Además, el 84.4 % de las empresas registradas tenía entre cero y cuatro personas empleadas, lo que indica un claro predominio de unidades empresariales de pequeña dimensión dentro del universo cubierto por esta fuente (INEC, 2024b).

Esta última precisión es necesaria. El Directorio no constituye un censo completo de todas las iniciativas económicas existentes en la provincia. En particular, no debe asumirse que incorpora la totalidad de actividades por cuenta propia, negocios domésticos, ventas ocasionales u otras formas de actividad económica no captadas por el registro estadístico. En consecuencia, sus cifras permiten caracterizar el tejido empresarial registrado, pero no estimar el número total de emprendimientos rurales ni su distribución sectorial. Del mismo modo, los datos del Directorio no deben compararse directamente con la información censal de ocupación: el primero contabiliza empresas y locales registrados, mientras que el segundo clasifica personas ocupadas según su actividad económica.

La actualización de la estrategia Visión 2050 complementa esta descripción al caracterizar la estructura productiva provincial mediante actividades agropecuarias, pesqueras, agroindustriales, turísticas, mineras y vinculadas con la generación de energía. El documento identifica además como desafíos la productividad, la agregación de valor, la comercialización y la organización empresarial, y plantea entre las prioridades territoriales la modernización productiva, la tecnificación y el fortalecimiento de la conectividad física, digital y logística (Red de Centros de Competitividad Regionales, 2022). Estas apreciaciones corresponden a un diagnóstico estratégico participativo y, por tanto, deben interpretarse como prioridades y problemas identificados en ese proceso, no como indicadores cuantificados aplicables a todas las unidades productivas de Coclé.

En conjunto, las fuentes muestran una provincia con una base agropecuaria relevante, un tejido empresarial registrado predominantemente pequeño y una presencia significativa de actividades comerciales y de servicios. Este contexto resulta compatible con la diversidad sectorial de los nueve emprendimientos analizados, que incluyen iniciativas artesanales, agrícolas, agroalimentarias, apícolas y turísticas. Sin embargo, los casos fueron seleccionados intencionalmente por su pertinencia para los objetivos de la investigación y no para reproducir la estructura sectorial de Coclé. Por ello, cualquier relación entre las características provinciales y el funcionamiento de cada iniciativa se establecerá posteriormente a partir de la evidencia específica de las trayectorias estudiadas.

■ **Infraestructura, conectividad y acceso a servicios**

Las condiciones de infraestructura y acceso a servicios presentan diferencias relevantes dentro de la provincia de Coclé. Para los fines de esta investigación interesan especialmente aquellas relacionadas con la movilidad territorial, el abastecimiento de agua y electricidad y la conectividad digital, debido a su relación potencial con la producción, el traslado de insumos y productos, la comunicación con clientes y el acceso a instituciones y mercados. Su análisis se realiza a escala provincial como contexto general, sin asumir que los promedios describan las condiciones particulares de las comunidades donde se localizan los nueve emprendimientos.

La carretera Panamericana constituye el principal eje de articulación vial de Coclé y conecta los principales núcleos localizados a lo largo del corredor central con otras provincias del país. El diagnóstico territorial recogido en Visión 2050 la identifica como el eje vertebrador de la provincia, pero señala simultáneamente limitaciones en la red vial secundaria e interna: según la información utilizada en dicho diagnóstico, menos del 20 % de la red presentaba superficie de hormigón o carpeta asfáltica (Red de Centros de Competitividad Regionales, 2022). Este dato debe entenderse en el contexto temporal de la fuente y no como un inventario actualizado de las condiciones viales posteriores a su elaboración.

La configuración vial contribuye a explicar la existencia de diferentes grados de accesibilidad dentro de la provincia. La proximidad a la Panamericana puede facilitar la conexión con Penonomé, Aguadulce, Río Hato y otros centros de población y servicios, mientras que las comunidades situadas en áreas interiores dependen en mayor medida de vías secundarias y caminos locales. El mismo diagnóstico identifica una concentración de servicios financieros, comerciales, administrativos y turísticos en torno al corredor panamericano y determinados núcleos urbanos, lo que refuerza la necesidad de distinguir entre conectividad provincial y accesibilidad efectiva desde cada comunidad (Red de Centros de Competitividad Regionales, 2022).

Los datos censales de 2023 permiten complementar esta caracterización mediante indicadores de servicios disponibles en las viviendas. El INEC registró 77,384 viviendas particulares ocupadas en Coclé. De ellas, 2,910 carecían de agua potable, 2,214 no disponían de servicio sanitario y 5,430 no contaban con electricidad, equivalentes al 3.8 %, 2.9% y 7.0 % del total provincial, respectivamente (INEC, 2024c). Estos porcentajes indican una cobertura mayoritaria de los servicios considerados a escala provincial, pero no permiten establecer su calidad, continuidad ni distribución territorial.

Esta última distinción resulta especialmente importante en el caso del agua. Entre las 73,399 viviendas para las que el Censo registró información sobre la disponibilidad diaria del suministro durante la estación seca, 18,445 declararon recibir agua durante menos de 24 horas al día, equivalentes aproximadamente al 25.1 % de ese universo (INEC, 2023c). En consecuencia, disponer de una fuente registrada de abastecimiento no equivale nece-

sariamente a contar con suministro continuo, una diferencia que puede adquirir relevancia para actividades agrícolas, agroalimentarias y otras iniciativas que utilizan agua en sus procesos productivos.

La conectividad digital presenta una brecha más pronunciada. En 2023, 34,019 viviendas particulares ocupadas no disponían de acceso fijo o móvil a internet, mientras que 9,821 carecían de un teléfono celular activo. Estas cifras representaban el 44.0 % y el 12.7 % de las viviendas ocupadas de la provincia, respectivamente (INEC, 2024c). El indicador censal permite establecer disponibilidad básica de conexión, pero no informa sobre velocidad, estabilidad, costo del servicio, cantidad de dispositivos disponibles ni competencias para su utilización. Por tanto, no debe interpretarse como una medida de capacidad digital empresarial.

Estas diferencias son particularmente relevantes porque conectividad territorial y conectividad digital no son dimensiones intercambiables. Una comunidad puede encontrarse relativamente próxima a un centro urbano y presentar limitaciones de acceso digital, o disponer de telefonía móvil y continuar enfrentando costos elevados de desplazamiento para trasladar productos, adquirir insumos o participar en actividades institucionales. De igual manera, una conexión a internet puede facilitar comunicación o promoción, pero no elimina las restricciones asociadas con transporte, almacenamiento, electricidad u otros servicios necesarios para desarrollar la actividad.

Los promedios provinciales también pueden ocultar diferencias importantes entre cabeceras distritales, comunidades próximas al corredor panamericano, zonas costeras y áreas interiores o montañosas. El diagnóstico territorial de Coclé señala precisamente desigualdades en la distribución de determinados servicios y equipamientos, con una mayor concentración en algunos núcleos y mayores limitaciones en territorios periféricos (Red de Centros de Competitividad Regionales, 2022). Por esta razón, las cifras provinciales se utilizan en esta obra exclusivamente como marco contextual y no para atribuir condiciones específicas a los nueve casos.

La información disponible permite, en síntesis, identificar una provincia articulada por un eje vial principal y con coberturas amplias de determinados servicios básicos, pero en la que persisten brechas de accesibilidad interna, continuidad del suministro y conectividad digital. Estas condiciones no afectan necesariamente de la misma manera a todas las actividades ni permiten anticipar sus efectos sobre los emprendimientos. Será la evidencia de cada caso la que permita establecer si las vías de acceso, el transporte, el agua, la electricidad o la conectividad representan recursos disponibles, restricciones concretas o dimensiones poco relevantes para una determinada trayectoria. Esta delimitación evita convertir indicadores territoriales agregados en explicaciones automáticas del desempeño empresarial y prepara el análisis de los mercados y circuitos de comercialización desarrollado en el apartado siguiente.

■ Mercados y circuitos de comercialización

El acceso a mercados constituye una dimensión relevante para comprender el contexto económico en el que se desarrollan los emprendimientos rurales de Coclé. La provincia dispone de núcleos comerciales y de servicios articulados principalmente alrededor de la carretera Panamericana y de centros como Penonomé, Aguadulce y Río Hato, mientras que El Valle de Antón concentra una oferta vinculada especialmente con actividades turísticas. La actualización de Visión 2050 identifica precisamente una concentración de servicios financieros, comerciales, administrativos y turísticos en estos espacios, lo que configura distintos grados de proximidad a oportunidades de intercambio dentro del territorio provincial (Red de Centros de Competitividad Regionales, 2022).

Los datos empresariales examinados en el apartado 3.2 refuerzan la importancia del comercio y los servicios dentro del tejido económico registrado. En 2022, el comercio al por mayor y al por menor y la reparación de vehículos representaban el 52.2 % de las empresas incluidas en el Directorio de Empresas y Locales de Coclé, mientras que las actividades de alojamiento y servicios de comida concentraban el 16.3 % (INEC, 2024b). Estos datos muestran la existencia de una base provincial relevante de establecimientos orientados al intercambio y al consumo, pero no permiten establecer qué proporción de los emprendimientos rurales accede efectivamente a esos mercados ni bajo qué condiciones.

Esta distinción entre existencia de mercado y acceso efectivo resulta fundamental. La proximidad geográfica a un centro comercial, un establecimiento turístico o una feria no garantiza por sí misma una relación comercial estable. El acceso puede estar condicionado por factores como distancia, transporte, volúmenes disponibles, regularidad del suministro, características del producto, requisitos sanitarios o comerciales y capacidad para mantener relaciones continuadas con compradores. Por esta razón, el contexto provincial permite identificar espacios potenciales de comercialización, mientras que la inserción real de cada emprendimiento debe establecerse a partir de la evidencia correspondiente a su trayectoria.

Los mercados de proximidad constituyen uno de los espacios posibles de intercambio para actividades rurales de pequeña escala. La venta dentro de la comunidad o en centros cercanos puede reducir determinados costos logísticos y apoyarse en relaciones personales y reputación local. Sin embargo, la dimensión y regularidad de estos mercados dependen del tipo de producto y de las características de la demanda. En consecuencia, no puede suponerse que la cercanía constituya necesariamente una ventaja comercial suficiente para asegurar la continuidad económica de la actividad.

Las ferias, eventos y espacios temporales de comercialización representan otra modalidad potencial de acceso a compradores. Su importancia radica en que pueden reunir productores y consumidores, ampliar la visibilidad de los productos y facilitar contactos con actores externos. No obstante, la participación en una feria constituye un acceso temporal

y no debe interpretarse automáticamente como evidencia de un canal comercial permanente. Esta distinción será especialmente relevante en el análisis de los casos, donde se diferenciará entre participación ocasional, contactos generados y relaciones comerciales mantenidas posteriormente.

El turismo introduce una dimensión adicional en determinadas áreas de la provincia. Los instrumentos de planificación de la Riviera Pacífica y El Valle de Antón identifican posibilidades de complementariedad entre el turismo litoral y las actividades de naturaleza, cultura y turismo activo del interior. Al mismo tiempo, los diagnósticos elaborados en 2022 señalaban limitaciones de comunicación, posicionamiento, transporte y articulación entre prestadores de servicios, e identificaban dificultades para conectar territorialmente ambos espacios turísticos (Autoridad de Turismo de Panamá [ATP], 2022a, 2022b). Estas fuentes corresponden a instrumentos de planificación y diagnóstico turístico; por ello, permiten documentar oportunidades y restricciones identificadas durante su elaboración, pero no demostrar la situación actual de cada emprendimiento ni la magnitud de los encadenamientos efectivamente generados.

La relevancia de este contexto reside en que los flujos de visitantes pueden generar demanda potencial para artesanías, alimentos, productos agroalimentarios y experiencias vinculadas con el territorio. Sin embargo, proximidad a un destino turístico y acceso al mercado turístico no son equivalentes. Para que exista un encadenamiento comercial deben producirse conexiones efectivas entre visitantes, establecimientos, intermediarios y productores, además de condiciones que permitan ofrecer productos o servicios con la regularidad, calidad y accesibilidad requeridas. La existencia de atractivos turísticos no constituye, por tanto, evidencia suficiente de que el gasto generado por los visitantes se distribuya entre las comunidades rurales próximas.

Los canales digitales pueden ampliar las posibilidades de contacto con clientes situados fuera de la comunidad, pero tampoco deben confundirse con un mercado consolidado. El uso de aplicaciones de mensajería o redes sociales puede facilitar promoción, consultas, pedidos o coordinación de entregas, pero su contribución económica depende de que esos contactos se conviertan en transacciones y relaciones comerciales efectivas. Esta precaución es coherente con la distinción establecida en el Capítulo 2 entre disponibilidad de una herramienta, utilización y capacidad efectiva para ampliar mercados.

La actualización de Visión 2050 identifica además la agregación de valor y la comercialización entre los desafíos del sistema productivo provincial y plantea la modernización productiva, la innovación y una mayor articulación entre actividades como componentes del desarrollo territorial (Red de Centros de Competitividad Regionales, 2022). Estas apreciaciones se utilizan en esta investigación como parte del diagnóstico estratégico de Coclé y no como una medición de las dificultades comerciales de todos los negocios de la provincia.

En síntesis, el contexto provincial muestra la coexistencia de mercados de proximidad, centros comerciales y de servicios, ferias, flujos turísticos y posibilidades de conexión con compradores externos, pero la existencia de estos espacios no determina por sí misma la inserción comercial de los emprendimientos rurales. En el análisis de los nueve casos se distinguirá, por ello, entre mercado potencial, acceso ocasional y relación comercial sostenida, atendiendo a la regularidad de las ventas, los canales utilizados, los costos de acceso y la estabilidad de las relaciones con compradores. Esta delimitación permite contextualizar las oportunidades comerciales de Coclé sin anticipar los resultados que corresponden al análisis empírico de las trayectorias.

■ Instituciones y programas de apoyo

El entorno institucional vinculado con el emprendimiento rural en Coclé comprende organismos públicos sectoriales, entidades de fomento empresarial, instituciones académicas y actores relacionados con el desarrollo territorial. Para los propósitos de esta obra no resulta necesario realizar un inventario exhaustivo de las organizaciones presentes en la provincia, sino identificar aquellas cuya oferta o actuación documentada guarda relación con las actividades representadas en los casos. Como se señaló en el Capítulo 2, presencia institucional, disponibilidad de un programa, acceso efectivo y resultados obtenidos constituyen niveles diferentes de análisis; por ello, la existencia de una institución o instrumento no se interpreta por sí misma como evidencia de apoyo recibido por las personas emprendedoras.

En el ámbito agropecuario, el Ministerio de Desarrollo Agropecuario (MIDA) constituye uno de los principales referentes institucionales. Su actuación comprende servicios y programas relacionados con asistencia técnica, agricultura familiar, organización rural, juventud, participación de las mujeres, transformación productiva y agroturismo. La programación regional disponible para el periodo 2025–2029 incorpora actuaciones vinculadas con agricultura familiar, juventud rural, manejo de suelos, riego, poscosecha y agroindustria, entre otras dimensiones relevantes para las actividades productivas desarrolladas en la provincia (MIDA, 2025, 2026). Estas programaciones expresan prioridades y líneas de intervención institucional, pero no permiten establecer por sí solas su cobertura entre los emprendimientos rurales de Coclé ni los resultados generados en cada territorio.

La actuación dirigida a la juventud rural constituye un ejemplo de esta presencia institucional. En agosto de 2025, el MIDA realizó en Coclé el III Encuentro Nacional de Juventud Rural, con participación de más de 200 jóvenes procedentes de distintas provincias y comarcas. El encuentro abordó, entre otros temas, el papel de las juventudes rurales en el agroturismo y el desarrollo territorial, y la Memoria institucional de 2025 documenta también acciones relacionadas con organización juvenil y capacitación (MIDA, 2026). Este antecedente confirma la existencia de iniciativas específicas dirigidas a la población joven, aunque no permite inferir qué proporción de jóvenes rurales de Coclé participa regularmente en ellas ni qué efectos producen sobre la creación o continuidad de sus emprendimientos.

El agroturismo constituye otro espacio de intervención interinstitucional relevante para esta investigación. El MIDA desarrolla actuaciones de registro, certificación y acompañamiento de fincas agroturísticas, mientras que la Autoridad de Turismo de Panamá (ATP) interviene mediante planificación de destinos, promoción, capacitación y articulación de la oferta turística. En Coclé, los instrumentos de planificación de destinos como El Valle de Antón y la Riviera Pacífica han incorporado acciones relacionadas con posicionamiento, comercialización, fortalecimiento de productos turísticos y coordinación territorial (ATP, 2022a, 2022b; MIDA, 2026). Como se indicó en el apartado 3.4, estos documentos permiten caracterizar la oferta institucional y las prioridades identificadas, pero no demostrar que las iniciativas rurales próximas a los destinos turísticos se encuentren efectivamente integradas en sus circuitos comerciales.

En materia de fomento empresarial, la Autoridad de la Micro, Pequeña y Mediana Empresa (AMPYME) dispone de instrumentos financieros y no financieros dirigidos a personas emprendedoras y micro y pequeñas empresas. Su Sistema Nacional de Fomento Empresarial contempla mecanismos de asistencia técnica y capacitación, junto con instrumentos financieros como Capital Semilla, fondos de garantía y mecanismos de microfinanciamiento. El Fondo de Capital Semilla ha sido concebido como un instrumento concursable no reembolsable dirigido también a emprendimientos localizados en áreas rurales e indígenas y sujeto a requisitos de capacitación, plan de negocio y evaluación (AMPYME, 2026). La existencia de estos instrumentos define posibilidades institucionales de acceso, pero la selección, utilización y resultados deben examinarse separadamente para cada persona o iniciativa.

Esta precisión adquiere especial importancia porque conocer un programa, postular a él y recibir sus recursos son situaciones diferentes. Del mismo modo, haber recibido un apoyo financiero en algún momento de la trayectoria no permite atribuirle automáticamente los resultados posteriores del emprendimiento. La evidencia de los casos permitirá documentar experiencias concretas de acceso, no acceso o utilización de determinados instrumentos, pero estas experiencias no deben utilizarse para evaluar el desempeño general de AMPYME ni de ninguna otra institución. Esta separación entre oferta institucional y experiencia individual es necesaria para mantener la correspondencia entre las afirmaciones formuladas y el alcance de la evidencia.

Las instituciones académicas constituyen otro componente del entorno de apoyo. La Universidad de Panamá, a través de sus centros regionales y de los Centros de Innovación, Desarrollo Tecnológico y Emprendimiento (CIDETE), ha desarrollado actividades de capacitación, investigación, vinculación y promoción del emprendimiento. La Memoria Institucional 2025 registra actividades de emprendimiento realizadas en los CIDETE de distintas regiones, incluido Coclé, con participación de personas emprendedoras externas a la universidad. Asimismo, antecedentes institucionales documentan en el CIDETE de Coclé actividades como bootcamps, conferencias y espacios de formación vinculados con ideas de negocio, comercialización, formalización y acceso a recursos (Universidad de

Panamá, 2024, 2026). Estas actuaciones permiten reconocer la presencia de capacidades académicas relacionadas con el emprendimiento, sin asumir que constituyan un servicio permanente o que alcancen de manera uniforme a las comunidades rurales de la provincia.

La articulación entre actores también aparece como una preocupación del desarrollo territorial de Coclé. El proceso de construcción de Visión 2050 contó con participación empresarial, gubernamental, académica, comunitaria y de organizaciones sociales, y planteó explícitamente la necesidad de fortalecer la coordinación público-privada y los sistemas regionales de innovación (Red de Centros de Competitividad Regionales, 2022). El propio proceso provincial utilizó el CIDETE como espacio de encuentro entre actores empresariales, universitarios, gubernamentales y comunitarios. Esta evidencia permite documentar antecedentes de articulación territorial, pero no demuestra la existencia de un ecosistema plenamente integrado ni la continuidad de las relaciones establecidas durante esos procesos.

Además de estas entidades, las trayectorias que se presentan posteriormente muestran relaciones con gobiernos locales, organizaciones culturales y otras instituciones públicas. Sin embargo, el Capítulo 3 no pretende atribuirles una oferta homogénea ni reconstruir todos sus programas. Cuando la relación con una institución sea relevante para comprender un caso —por ejemplo, mediante una capacitación, certificación, participación en una feria, asistencia técnica o solicitud de financiamiento— se documentará específicamente en el Capítulo 5, distinguiendo siempre entre lo declarado por la persona participante, la evidencia documental disponible y la interpretación del equipo investigador.

En conjunto, las fuentes permiten identificar en Coclé una presencia institucional diversificada, con actuaciones relacionadas con producción agropecuaria, formación, financiamiento, turismo, investigación, innovación y emprendimiento. Lo que estas fuentes no permiten establecer es que dicha oferta configure por sí misma un sistema coordinado, territorialmente accesible o ajustado a las necesidades de todos los emprendimientos rurales. La valoración de la accesibilidad, continuidad, pertinencia y articulación del apoyo efectivamente experimentado por los nueve casos corresponde al análisis transversal desarrollado posteriormente en el Capítulo 6. De esta manera, el presente apartado caracteriza la oferta y los actores documentados sin anticipar conclusiones sobre su eficacia, cobertura o impacto.

■ **Activos culturales y ambientales**

Coclé reúne expresiones culturales, patrimonio arqueológico, paisajes y espacios de valor ambiental que forman parte de la identidad provincial y pueden relacionarse con actividades artesanales, agroalimentarias y turísticas. Para los fines de esta investigación, estos elementos se consideran activos territoriales potenciales cuando intervienen efectivamente en los conocimientos, materiales, productos, servicios o experiencias desarrollados por los emprendimientos. Su presencia en el territorio, por sí sola, no implica que sean accesibles

económicamente ni que su aprovechamiento genere automáticamente valor para las comunidades.

Entre las expresiones culturales más reconocidas se encuentran los procedimientos y técnicas artesanales asociados con el sombrero pintao, inscritos en 2017 en la Lista Representativa del Patrimonio Cultural Inmaterial de la Humanidad de la UNESCO. La inscripción comprende los conocimientos relacionados con la obtención y preparación de fibras y otros materiales, las técnicas de elaboración y la transmisión de estos saberes dentro de las comunidades, reconociendo su vinculación con la identidad cultural panameña (Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura [UNESCO], 2017).

Este reconocimiento resulta pertinente para una investigación sobre emprendimiento rural porque evidencia que determinados productos artesanales incorporan conocimientos y prácticas cuyo valor trasciende su dimensión comercial. Sin embargo, reconocimiento patrimonial y valorización económica no son equivalentes. La declaración de una manifestación cultural no garantiza mejores ingresos, acceso estable a mercados ni una distribución determinada de los beneficios entre las personas que mantienen y reproducen esos conocimientos. Tampoco permite inferir que las materias primas utilizadas se gestionen de manera ambientalmente sostenible. Estas dimensiones requieren evidencia específica sobre cada actividad.

El patrimonio arqueológico constituye otro componente significativo del contexto cultural de Coclé. El Parque Arqueológico El Caño, ubicado en el distrito de Natá, conserva evidencias asociadas con sociedades prehispánicas de la región, incluidas estructuras funerarias y ajuares documentados mediante investigaciones arqueológicas. En 2024, el Ministerio de Cultura informó sobre el hallazgo de una tumba datada aproximadamente entre los años 750 y 800 d. C., como parte de las investigaciones desarrolladas en el sitio (Ministerio de Cultura, 2024). Su importancia dentro de este capítulo reside en su contribución al patrimonio y a la identidad territorial de la provincia, no en asumir una relación comercial directa con los emprendimientos analizados.

En el ámbito ambiental, Coclé comprende ecosistemas y paisajes diversos y alberga diferentes espacios sometidos a figuras de protección. Entre ellos se encuentran el Parque Nacional General de División Omar Torrijos Herrera, el Monumento Natural Cerro Gaital y las reservas hídricas de Cerro Cerrezuela y Cerro Guacamaya. Estas áreas poseen funciones relacionadas con la conservación de la biodiversidad y los recursos hídricos, la investigación, la educación ambiental y, bajo las condiciones establecidas en sus instrumentos de gestión, determinados usos públicos (Ministerio de Ambiente, 2025).

Los paisajes y recursos naturales adquieren además especial visibilidad en espacios vinculados con el turismo. El plan de destino de El Valle de Antón identifica el entorno volcánico, los senderos, las aguas termales, la biodiversidad y diferentes elementos de identidad local como componentes de la oferta territorial. El mismo diagnóstico señala, sin embargo, ne-

cesidades relacionadas con movilidad, comunicación, posicionamiento y articulación entre prestadores de servicios para transformar estos recursos en una oferta turística integrada (Autoridad de Turismo de Panamá [ATP], 2022a). De nuevo, la existencia de un paisaje atractivo o de biodiversidad reconocida representa una condición potencial, pero no demuestra que las comunidades o los emprendimientos próximos participen efectivamente de los beneficios derivados de la actividad turística.

La relación entre patrimonio, cultura y actividad económica aparece también en los ejercicios provinciales de planificación. La actualización de Visión 2050 reconoce la riqueza histórica, arqueológica, cultural y natural de Coclé y plantea la necesidad de fortalecer su articulación territorial y su capacidad de diferenciación. El documento menciona expresiones como el sombrero pintao, los trabajos en madera, manifestaciones religiosas y sitios arqueológicos entre los elementos relevantes de la identidad provincial (Red de Centros de Competitividad Regionales, 2022). Estas referencias se utilizan aquí como parte de un diagnóstico estratégico y no como una medición del peso económico actual de las actividades culturales.

Desde la perspectiva del emprendimiento rural, resulta especialmente importante evitar una interpretación extractiva de estos activos. Los recursos naturales, conocimientos tradicionales, técnicas artesanales, paisajes o elementos patrimoniales no constituyen insumos disponibles de manera irrestricta. Su incorporación a una actividad económica puede depender de conocimientos especializados, derechos de acceso, disponibilidad material, conservación, inversión y relaciones con las personas o comunidades portadoras de esos conocimientos. Además, el aprovechamiento económico puede generar tensiones relacionadas con la disponibilidad de materias primas, los impactos ambientales, la apropiación del valor cultural o la distribución de beneficios.

Por esta razón, en los capítulos empíricos no se presumirá arraigo, sostenibilidad o generación de valor cultural o ambiental únicamente porque un emprendimiento utilice recursos naturales, técnicas tradicionales o referencias territoriales. Se examinará qué recurso utiliza realmente, de dónde procede, qué conocimientos intervienen, qué significado le atribuye la persona participante y qué evidencia existe sobre sus prácticas productivas. En materia ambiental, las conclusiones se mantendrán dentro de los límites definidos en el Capítulo I: la investigación no realizó mediciones sistemáticas que permitan evaluar globalmente la sostenibilidad ambiental de los nueve emprendimientos.

En conjunto, el contexto analizado en este capítulo muestra una provincia mayoritariamente rural pero internamente heterogénea, con una estructura económica diversificada, diferentes condiciones de infraestructura y conectividad, múltiples circuitos potenciales de comercialización, presencia de actores institucionales y un patrimonio cultural y ambiental relevante. Ninguna de estas condiciones determina por sí misma las trayectorias emprendedoras. Su importancia depende de cómo las personas y los hogares acceden a ellas, las movilizan y las combinan dentro de sus actividades y estrategias de vida. Esta distinción

entre condiciones territoriales disponibles y experiencias efectivamente documentadas constituye el punto de enlace entre la contextualización provincial y el análisis de los nueve casos que se desarrolla en los capítulos posteriores.

METODOLOGÍA

CAPÍTULO 4

■ Diseño de la investigación

La investigación adoptó un enfoque cualitativo, orientado a comprender cómo las personas emprendedoras construyen y sostienen sus actividades dentro de contextos territoriales, familiares e institucionales específicos. Esta aproximación resulta pertinente cuando el interés se centra en reconstruir procesos, decisiones, relaciones y significados que no pueden explicarse adecuadamente mediante indicadores aislados o relaciones exclusivamente cuantitativas. El diseño cualitativo permite, además, atender a la secuencia temporal de las trayectorias y a la manera en que las personas participantes interpretan los recursos, oportunidades y restricciones que han enfrentado durante el desarrollo de sus iniciativas (Creswell & Poth, 2018).

Dentro de este enfoque se utilizó un diseño de estudio de casos múltiples. Cada emprendimiento constituyó un caso diferenciado, delimitado por su trayectoria, actividad económica, localización territorial y relaciones con la persona o el hogar que lo desarrolla. El interés no consistió únicamente en describir nueve iniciativas de manera independiente, sino en examinarlas primero en su singularidad y posteriormente compararlas para identificar patrones, contrastes y configuraciones relevantes entre experiencias desarrolladas dentro de un mismo marco provincial. El estudio de casos múltiples resulta adecuado precisamente cuando se pretende comprender fenómenos contemporáneos en estrecha relación con sus contextos y establecer comparaciones sistemáticas entre unidades analíticas diferenciadas (Yin, 2018).

La unidad de análisis fue, por tanto, el emprendimiento rural entendido como una trayectoria económica situada, y no exclusivamente la persona emprendedora considerada de forma individual. Esta delimitación es coherente con el marco conceptual de la investigación, que concibe el emprendimiento como una actividad inserta en relaciones territoriales, familiares y sociales. En consecuencia, el análisis incorporó, cuando la evidencia lo permitió, aspectos relacionados con el origen de la iniciativa, los conocimientos y recursos movilizados, la participación familiar, la organización del trabajo, la producción y comercialización, las relaciones institucionales, las restricciones enfrentadas y las expectativas respecto de su continuidad.

La persona emprendedora entrevistada constituyó la participante focal de cada caso y la principal fuente para reconstruir su trayectoria. Esta distinción entre unidad de análisis y participante resulta metodológicamente importante: aunque los relatos incluyen referencias a parejas, hijos, padres, otros familiares, clientes, proveedores o instituciones, dichas personas no deben considerarse participantes directas de la investigación salvo cuando ha-

yan proporcionado información de manera independiente. Por ello, las afirmaciones sobre dinámicas familiares, distribución de tareas o relaciones con terceros se formulan a partir del alcance de la evidencia efectivamente obtenida y no como reconstrucciones exhaustivas de las perspectivas de todos los actores involucrados.

El diseño combinó dos niveles complementarios de análisis. En primer lugar, se realizó un análisis individual de cada caso, destinado a preservar la secuencia y las particularidades de cada trayectoria. En segundo lugar, se desarrolló una comparación transversal de los nueve casos, orientada a identificar semejanzas, diferencias y relaciones entre dimensiones como territorio, recursos, estrategias familiares de vida, mercados, género, generación y formas de valor documentadas. Esta secuencia evitó que las categorías comparativas sustituyeran prematuramente la singularidad de las experiencias y permitió que los patrones transversales se construyeran sobre la evidencia previamente organizada de cada caso.

El diseño no persiguió establecer relaciones causales ni estimar la frecuencia de los hallazgos entre los emprendimientos rurales de Coclé. Los nueve casos fueron utilizados para desarrollar una comprensión analítica, comparativa y territorialmente situada, de modo que los resultados deben interpretarse en función de las condiciones específicas bajo las cuales fueron producidos. La posible utilidad de los hallazgos para otros contextos depende, por tanto, de una transferibilidad razonada, basada en la comparación de condiciones territoriales, productivas, familiares e institucionales, y no de una inferencia estadística hacia una población más amplia.

En resumen, el diseño de casos múltiples permitió articular profundidad y comparación: reconstruir las trayectorias individuales sin separarlas de sus contextos y, posteriormente, examinar las relaciones que emergen entre los nueve casos. Sobre esta base, el apartado siguiente presenta los criterios utilizados para seleccionar y delimitar las experiencias incluidas en la investigación.

■ Selección y delimitación de los casos

La obra se construyó a partir de una selección intencional de nueve emprendimientos pertenecientes al corpus cualitativo del proyecto RuralEmprende. En coherencia con el diseño de casos múltiples, la selección no respondió a criterios de representatividad estadística, sino a la capacidad de las experiencias para aportar información sustantiva sobre el fenómeno estudiado y permitir la comparación de trayectorias desarrolladas bajo condiciones productivas, familiares y territoriales diversas. Este tipo de selección resulta apropiado en investigaciones cualitativas cuando los casos se eligen por su relevancia para las preguntas de investigación y no con el propósito de realizar estimaciones poblacionales (Creswell & Poth, 2018).

La delimitación territorial respondió a la decisión de concentrar el análisis en la provincia de Coclé. Esta elección permitió situar las experiencias dentro de un marco provincial

compartido y, al mismo tiempo, observar diferencias relacionadas con la localización, la accesibilidad, la actividad económica, los recursos movilizados y las conexiones con mercados e instituciones. Como se mostró en el Capítulo 3, la pertenencia a una misma provincia no implica homogeneidad territorial; por ello, las características específicas de cada comunidad se consideraron dentro de la reconstrucción individual de los casos.

Para conformar el corpus de la obra se aplicaron los siguientes criterios de inclusión:

- que la iniciativa estuviera localizada en una comunidad rural de la provincia de Coclé;
- que el emprendimiento se encontrara en funcionamiento o en una fase verificable de establecimiento, con actividades, activos, inversiones o acciones efectivamente realizadas que permitieran reconstruir una trayectoria emprendedora, y no únicamente una intención futura de emprender;
- que existiera una relación identificable entre la iniciativa y recursos, conocimientos, prácticas, activos o relaciones vinculadas con el territorio;
- que la información obtenida permitiera reconstruir con suficiente profundidad el origen, la trayectoria y las principales características de funcionamiento o establecimiento de la iniciativa;
- que el conjunto de casos proporcionara evidencia pertinente para examinar las dimensiones de género, juventud y/o relaciones intergeneracionales consideradas en los objetivos de la investigación; y
- que la persona participante hubiera aceptado voluntariamente formar parte del estudio.

La segunda condición requiere una precisión metodológica. El corpus incluye iniciativas con diferentes grados de desarrollo, por lo que no todas pueden caracterizarse como negocios plenamente consolidados. En particular, una actividad podía ser incluida cuando existían evidencias concretas de puesta en marcha (por ejemplo, producción iniciada, activos instalados, inversiones realizadas, adecuación de espacios o actividades económicas efectivamente desarrolladas) aunque alguno de sus componentes futuros se encontrara todavía en proceso de construcción. Este criterio permite diferenciar una iniciativa en establecimiento de una aspiración empresarial aún no materializada y evita atribuir como resultados actuales actividades que permanecen en fase de proyecto.

Esta delimitación es especialmente importante cuando una iniciativa combina una actividad existente con una línea futura de desarrollo. En tales situaciones, el caso se define a partir de lo efectivamente implementado durante el periodo estudiado, mientras que las ampliaciones previstas se analizan como expectativas o proyectos. De este modo, una actividad agrícola en funcionamiento puede formar parte del *corpus* aunque una posible diversificación turística se encuentre todavía en desarrollo, sin que ello permita caracterizarla anticipadamente como un emprendimiento agroturístico consolidado.

Los criterios anteriores no constituyen una escala de calidad empresarial ni permiten clasificar los emprendimientos como exitosos o fallidos. Tampoco los casos fueron selec-

cionados porque representaran “buenas prácticas”, porque fueran los de mayor tamaño o porque hubieran recibido determinados apoyos institucionales. La diversidad buscada fue analítica: disponer de experiencias suficientemente diferentes para examinar cómo se combinan territorio, recursos, familia, mercados, género y generación en trayectorias rurales distintas. La presencia de actividades artesanales, agrícolas, agroalimentarias, apícolas y turísticas en el corpus refleja esa diversidad, pero no debe interpretarse como una reproducción de la estructura sectorial del emprendimiento rural de Coclé.

Del mismo modo, la composición final del corpus no respondió a un sistema de cuotas predeterminadas por sexo, edad, actividad o distrito. Estas características forman parte de la diversidad de los casos seleccionados y resultan relevantes para el análisis, pero no constituyen estratos muestrales a partir de los cuales puedan realizarse comparaciones representativas entre grupos.

No se utilizó la saturación teórica como criterio para determinar el número final de casos. El estudio no siguió un diseño de teoría fundamentada orientado a incorporar participantes hasta que dejaran de emerger categorías nuevas. El corpus quedó delimitado por las nueve experiencias que reunían las condiciones establecidas y aportaban información suficientemente desarrollada para responder a los objetivos de la obra. En consecuencia, las categorías y patrones identificados no pretenden agotar la diversidad del emprendimiento rural existente en Coclé ni establecer la frecuencia con la que determinadas configuraciones aparecen en la provincia.

La delimitación adoptada permite, por tanto, combinar coherencia territorial, diversidad analítica y profundidad de información sin atribuir al corpus una representatividad que el diseño no persigue. Sobre esta base, el apartado siguiente caracteriza a las personas participantes y presenta de manera sintética las principales características descriptivas de los nueve casos.

■ Participantes y caracterización de los casos

El corpus estuvo integrado por nueve personas participantes focales, correspondientes a cada uno de los emprendimientos seleccionados. La composición final comprende seis mujeres y tres hombres y reúne experiencias vinculadas con actividades artesanales, agrícolas, agroalimentarias, apícolas y turísticas. La diversidad del conjunto permitió examinar trayectorias desarrolladas bajo configuraciones diferentes de recursos, organización familiar, acceso a mercados, experiencia institucional y momento de desarrollo de la iniciativa. Esta composición responde a la selección intencional descrita en el apartado anterior y no a cuotas predeterminadas por sexo, edad, sector o territorio.

La persona participante focal fue quien aportó la entrevista principal y desde cuya experiencia se reconstruyó la trayectoria de cada emprendimiento. Esta delimitación resulta es-

pecialmente importante porque varias de las iniciativas presentan una participación familiar significativa. Parejas, hijos, padres, abuelos, hermanos u otros familiares pueden aportar trabajo, conocimientos, tierra, instalaciones, transporte, financiamiento o apoyo comercial; sin embargo, cuando estas personas no fueron entrevistadas de manera independiente, sus funciones y perspectivas se conocen a través del relato de la persona focal. En consecuencia, las referencias a relaciones familiares se presentan como parte de la evidencia proporcionada por esta y no como una reconstrucción completa de las posiciones de todos los integrantes del hogar.

La Tabla 3 sintetiza las características descriptivas necesarias para situar los casos antes de su presentación detallada en el Capítulo 5. Se incluyen únicamente variables que pueden establecerse a partir de la información disponible y que contribuyen a comprender la diversidad del corpus. No se incorporan clasificaciones analíticas como grado de arraigo, autonomía, consolidación, sostenibilidad o intensidad del apoyo institucional, ya que estas dimensiones requieren interpretación y se examinan posteriormente.

Tabla 3. Caracterización general de los nueve casos

Caso	Persona participante focal	Actividad principal	Localización	Situación de la iniciativa durante el estudio
1	Emmanuel Magallón	Artesanía en madera y piedra jabón	Membrillo, Penonomé	En funcionamiento
2	Alexander Lorenzo	Artesanía y trabajos en madera	Chiguirí Arriba, Penonomé	En funcionamiento
3	Marta Chirú	Elaboración artesanal de sombreros de chonta	Vaquilla, Penonomé	En funcionamiento
4	Maricín	Producción y comercialización de culantro	Vaquilla, Penonomé	En funcionamiento
5	Anayelis Arrocha	Producción artística y artesanal	La Angostura, Penonomé	En funcionamiento
6	Maidy Buitrago	Actividades agrícolas y experiencias de turismo rural de carácter familiar	Ventorrillo	En funcionamiento
7	Anayda Lorenzo	Producción de café, cítricos y otros cultivos, con proyección agroturística	Santa Marta	En fase de establecimiento y desarrollo
8	Paola	Producción apícola, extracción y elaboración de productos derivados	Olá y Penonomé	En funcionamiento
9	Fredy Hernández	Producción agrícola	Los Cerritos, sector de El Harino, corregimiento de Caballero	En funcionamiento

Nota. Elaboración propia con base en las entrevistas y fichas de los casos del proyecto RuralEmprende. La condición de “en funcionamiento” indica que durante el periodo estudiado existían actividades productivas o comerciales efectivamente desarrolladas; no implica rentabilidad, consolidación ni sostenibilidad empresarial. En el caso de Anayda Lorenzo, la actividad agrícola contaba con acciones e inversiones efectivamente iniciadas, mientras que el componente agroturístico constituía todavía una proyección en desarrollo.

Las personas participantes presentan también diferentes momentos del ciclo de vida y de sus trayectorias emprendedoras. En algunos casos, la actividad se encuentra vinculada con conocimientos adquiridos desde la infancia o transmitidos dentro de la familia; en otros, surgió durante la edad adulta como una nueva fuente de ingreso o como resultado

de procesos de formación, inversión y experimentación. Entre las personas jóvenes aparecen situaciones igualmente diversas: iniciativas construidas a partir de oficios familiares, actividades desarrolladas durante los estudios, proyectos de recuperación productiva y emprendimientos agrícolas iniciados después de finalizar la educación secundaria. Estas diferencias permiten abordar la dimensión generacional sin asumir una experiencia juvenil homogénea. Por ejemplo, el corpus incluye personas jóvenes como Anayelis, Maily, Anayda y Fredy, cuyas trayectorias combinan de manera distinta estudios, aprendizaje familiar, participación territorial y desarrollo de actividades económicas.

La presencia de seis mujeres permite examinar asimismo distintas formas de articulación entre emprendimiento, organización familiar y trabajo. No obstante, las participantes no se consideran una categoría uniforme. Las actividades comprenden artesanía, agricultura, producción apícola, iniciativas turísticas y actividades en establecimiento; difieren también en disponibilidad de activos, participación de la pareja o de otros familiares, experiencia profesional, etapa de desarrollo y grado de formalización. Por ello, las relaciones de género se analizarán únicamente cuando exista evidencia sobre distribución de tareas, responsabilidades de cuidado, acceso o control de recursos, utilización de ingresos o capacidad de decisión, y no a partir del sexo de la participante como explicación suficiente.

La diversidad sectorial constituye otra característica del corpus. Los casos no comparten estructuras de costos, ciclos productivos, mercados ni necesidades tecnológicas equivalentes. La elaboración artesanal, el cultivo de productos agrícolas, la apicultura y las actividades vinculadas con el turismo presentan requerimientos distintos de inversión, tiempo, infraestructura y comercialización. En consecuencia, la comparación transversal no buscará establecer rankings de desempeño entre sectores, sino examinar dimensiones comunes que admiten comparación cualitativa: movilización de recursos, aprendizaje, participación familiar, acceso a mercados, relaciones institucionales, género, generación y estrategias de continuidad.

Esta caracterización cumple, por tanto, una función descriptiva y metodológica. Permite identificar quiénes proporcionaron la evidencia y qué tipo de iniciativas integran el corpus, pero reserva la interpretación de sus trayectorias para los capítulos empíricos. El apartado siguiente describe el procedimiento seguido para producir, registrar y preparar la información utilizada en el análisis.

■ Trabajo de campo y preparación de la información

El trabajo de campo se realizó durante 2026 y tuvo como técnica principal la entrevista semiestructurada. Esta modalidad permitió trabajar con un conjunto común de temas y, al mismo tiempo, adaptar el orden y la formulación de las preguntas a las características de cada trayectoria. Las entrevistas abordaron el origen y evolución de la iniciativa, las motivaciones para emprender, los procesos de aprendizaje, la participación familiar, los recursos movilizados, la producción y comercialización, el financiamiento, el uso de tecnologías, las

relaciones institucionales, las principales dificultades enfrentadas y las expectativas de futuro. La flexibilidad de este formato resultó adecuada para reconstruir experiencias complejas conservando suficiente comparabilidad entre los nueve casos (Creswell & Poth, 2018).

Las entrevistas fueron registradas en audio con el consentimiento previo de las personas participantes. Los registros permitieron conservar la secuencia y contenido de los relatos y sirvieron como fuente de referencia para la preparación del corpus textual. Los materiales correspondientes a cada caso se organizaron de manera diferenciada, procurando mantener la correspondencia entre entrevista, notas de campo, fotografías y documentación asociada.

A partir de los registros de audio se preparó el corpus textual utilizado para el análisis. Se distinguieron las intervenciones de la persona entrevistadora y de la participante y se conservaron los elementos necesarios para reconstruir el sentido y la secuencia de cada relato. En los fragmentos destinados a publicación pudieron realizarse ajustes mínimos de legibilidad relacionados con repeticiones, pausas u otros rasgos propios del lenguaje oral, siempre que no modificaran el contenido sustantivo de lo expresado. Antes de la publicación, cada persona emprendedora revisó el texto correspondiente a su caso, incluidas las citas textuales atribuidas a su testimonio, y autorizó su publicación. Este procedimiento permitió verificar la forma en que las experiencias y expresiones serían presentadas públicamente, sin trasladar a las personas participantes la responsabilidad de la interpretación analítica desarrollada por el equipo investigador.

Las entrevistas se complementaron con visitas a los espacios vinculados con los emprendimientos y con registro fotográfico. Estas visitas permitieron contextualizar los relatos mediante la observación directa de los lugares de producción, trabajo o comercialización cuando ello fue posible. Las fotografías tuvieron una función fundamentalmente descriptiva y documental y no se utilizaron, por sí solas, para inferir condiciones económicas, familiares, laborales o ambientales que no estuvieran respaldadas por otras evidencias.

La preparación de la información incorporó también fuentes estadísticas oficiales, documentos institucionales, instrumentos de planificación territorial y literatura académica. Estos materiales cumplieron una función de contextualización y contraste, pero no sustituyeron la evidencia obtenida mediante las entrevistas ni se utilizaron para trasladar automáticamente características provinciales a los casos individuales.

Durante la organización del material se mantuvo una distinción entre evidencia testimonial, procedente de las entrevistas; información contextual de campo, derivada de las visitas y registros del proyecto; evidencia secundaria, procedente de fuentes estadísticas, institucionales y académicas; e interpretación analítica, elaborada por el equipo investigador. Esta separación resultó especialmente relevante en afirmaciones relacionadas con ingresos, organización familiar, apoyos institucionales, prácticas ambientales o expectativas de futuro, ya que permitió identificar con mayor precisión qué tipo de evidencia sustentaba cada afirmación.

La preparación del corpus buscó, finalmente, conservar la suficiente información contextual y temporal para interpretar cada trayectoria antes de proceder a su análisis temático. Los relatos no fueron tratados únicamente como conjuntos de respuestas independientes, sino como reconstrucciones de procesos emprendedores desarrollados a lo largo del tiempo. Sobre esta base se realizó posteriormente el análisis individual y la comparación transversal de los nueve casos, procedimiento que se describe en el siguiente apartado.

■ Procedimiento de análisis

El análisis de la información se desarrolló mediante un proceso cualitativo e iterativo que combinó la reconstrucción individual de cada trayectoria con la comparación transversal de los nueve casos. Se adoptaron principios del análisis temático para identificar, organizar e interpretar patrones relevantes dentro del corpus, sin reducir el análisis a la frecuencia de aparición de palabras o códigos (Braun & Clarke, 2021). El procedimiento mantuvo como referencia los objetivos de la investigación y las dimensiones conceptuales desarrolladas en el Capítulo 2, pero conservó apertura para incorporar temas y relaciones que emergieran de la evidencia.

En una primera fase se realizó la familiarización con el material, mediante la lectura completa de las entrevistas y la revisión de la información contextual correspondiente a cada caso. Esta etapa permitió reconstruir la secuencia general de las trayectorias antes de fragmentar los relatos en unidades temáticas y reconocer acontecimientos, decisiones, recursos, relaciones y restricciones relevantes para comprender el desarrollo de cada iniciativa.

Posteriormente se realizó una codificación inicial de los segmentos relacionados con los objetivos del estudio. Entre las dimensiones consideradas se incluyeron el origen y evolución del emprendimiento, conocimientos y procesos de aprendizaje, recursos y activos movilizados, participación familiar, organización del trabajo, producción y comercialización, mercados, financiamiento, relaciones institucionales, género, juventud, prácticas y dimensiones ambientales documentadas, dificultades enfrentadas y expectativas de futuro. Estas categorías funcionaron como orientaciones iniciales y no como un esquema cerrado; durante el análisis pudieron incorporarse códigos adicionales cuando el contenido de los casos justificaba su relevancia.

Los códigos fueron posteriormente revisados, agrupados y depurados para construir categorías analíticas más amplias, atendiendo a las relaciones entre los distintos elementos de cada trayectoria. El criterio de relevancia no fue exclusivamente cuantitativo. La repetición de un tema entre entrevistas podía contribuir a identificar un patrón, pero una experiencia presente en un solo caso podía resultar analíticamente significativa cuando permitía comprender una relación, una estrategia o una restricción particularmente relevante. Por ello, la frecuencia de aparición de los códigos se utilizó únicamente como apoyo descriptivo y no como indicador de importancia analítica (Braun & Clarke, 2021).

El análisis se realizó primero dentro de cada caso. Para cada emprendimiento se reconstruyeron su trayectoria, los principales recursos movilizados, la participación familiar, las relaciones con el territorio y los mercados, los apoyos institucionales documentados y las condiciones que habían favorecido o restringido su desarrollo. Esta lectura individual permitió preservar la secuencia y el contexto de cada experiencia antes de proceder a comparaciones entre casos y redujo el riesgo de interpretar fragmentos aislados fuera de la lógica de la trayectoria en la que habían sido producidos.

Una vez organizados los nueve casos, se desarrolló la comparación transversal mediante matrices que permitieron contrastar sistemáticamente las principales dimensiones analíticas entre las experiencias. El uso de matrices cualitativas facilitó examinar semejanzas y diferencias, identificar combinaciones recurrentes de recursos y restricciones y reconocer casos que matizaban o contradecían patrones inicialmente observados (Miles et al., 2020). La comparación se concentró especialmente en territorio y arraigo, recursos y estrategias familiares de vida, mercados y condiciones de continuidad, organización familiar y género, trayectorias generacionales, experiencia del apoyo institucional y formas de valor documentadas.

El proceso interpretativo mantuvo una distinción explícita entre lo expresado por las personas participantes, la información contextual o documental disponible y la interpretación elaborada por el equipo investigador. Una percepción individual sobre una institución, por ejemplo, se trató como experiencia de la persona entrevistada y no como evaluación independiente del desempeño institucional. Del mismo modo, las cifras sobre ventas, costos, inversiones o pérdidas aportadas durante las entrevistas se consideraron información autorreportada cuando no existían registros financieros que permitieran verificarlas. Esta diferenciación permitió limitar las conclusiones al nivel de evidencia efectivamente disponible.

Finalmente, los resultados se organizaron en dos niveles de presentación. El Capítulo 5 conserva la lógica individual de las nueve trayectorias y presenta la evidencia necesaria para comprender cada experiencia en su contexto. El Capítulo 6 desarrolla la interpretación transversal, identificando patrones, contrastes y relaciones entre los casos. Esta segunda etapa no busca construir una tipología rígida ni estimar la prevalencia de los hallazgos, sino comprender cómo distintas configuraciones de territorio, recursos, familia, mercados, género, generación e instituciones intervienen en la continuidad de los emprendimientos rurales estudiados.

■ Consideraciones éticas

La investigación se desarrolló bajo los principios de participación voluntaria, consentimiento informado, respeto a la autonomía de las personas participantes y protección de la información proporcionada. Antes de las entrevistas se explicó el propósito del estudio, el tipo de participación solicitada, el registro de audio y el uso académico de la información.

La participación estuvo condicionada a la aceptación voluntaria y a la firma del consentimiento informado correspondiente. La atención a estos aspectos resulta especialmente relevante en estudios cualitativos en los que las trayectorias personales, familiares y territoriales pueden hacer reconocibles a las personas incluso cuando determinados identificadores son omitidos (Creswell & Poth, 2018).

Dado que esta obra presenta estudios de caso detallados y, en varios de ellos, utiliza nombres reales, localizaciones, nombres de emprendimientos, testimonios y fotografías, se estableció una autorización específica para publicación, diferenciada del consentimiento inicial para participar en la investigación. El instrumento permitió que cada persona decidiera expresamente sobre la publicación del estudio de caso, la forma de identificación, el nombre del emprendimiento y la comunidad, la reproducción de citas textuales, el uso de fotografías y otros usos académicos del material autorizado.

Un elemento central del procedimiento ético fue la revisión previa de los casos por las propias personas emprendedoras. Antes del cierre de la publicación, cada participante correspondiente a los nueve casos tuvo acceso al texto completo preparado sobre su emprendimiento, lo leyó, revisó la información y las citas atribuidas a su testimonio y otorgó por escrito su autorización para publicar el caso en la versión revisada. El formulario utilizado contempló expresamente la posibilidad de realizar preguntas, solicitar aclaraciones o correcciones y aprobar la versión identificada del estudio de caso. Esta revisión no transfirió a las personas participantes la responsabilidad por el análisis científico: las interpretaciones, comparaciones entre casos y conclusiones generales permanecen bajo responsabilidad del equipo investigador, tal como se establece en el propio instrumento de autorización.

La utilización de nombres reales o de otros elementos identificables se realizó, por tanto, únicamente cuando existió autorización expresa para ese uso concreto. La autorización para publicar el caso no se interpretó como un consentimiento general e irrestricto sobre cualquier información producida durante la investigación. El instrumento diferenció las decisiones relativas a identificación, localización, testimonios y fotografías, permitiendo limitar usos específicos cuando así lo determinara la persona participante.

La publicación de información autorizada tampoco eliminó la responsabilidad del equipo investigador de minimizar riesgos de exposición innecesaria. Durante la preparación editorial se evitó incorporar datos personales que no fueran pertinentes para los objetivos del estudio, particularmente información residencial precisa, datos de contacto, documentos de identidad, información bancaria u otros elementos privados. Se prestó asimismo atención a referencias sobre familiares y terceras personas que pudieran ser identificables sin haber participado directamente en el proceso de consentimiento. El formulario de autorización establece expresamente la protección de estos datos y la conservación separada de los documentos que contienen firmas e información personal.

Los registros de audio, transcripciones, formularios firmados y demás materiales de investigación se trataron como documentación de acceso restringido al equipo autorizado.

Los audios completos no forman parte de la publicación y se utilizaron como material de investigación y referencia para la preparación de los testimonios. Las fotografías y citas incluidas en la obra corresponden únicamente a los usos expresamente autorizados por las personas participantes.

La revisión de los casos por las personas emprendedoras tuvo una función de verificación y autorización de la representación pública de sus experiencias, pero no se utilizó como mecanismo para eliminar interpretaciones analíticas que pudieran resultar diferentes de la percepción de la persona participante. La investigación mantuvo así una distinción entre el derecho de las personas a revisar y autorizar la publicación de información relacionada con su experiencia y la responsabilidad académica del equipo investigador de interpretar comparativamente la evidencia dentro del marco conceptual y metodológico de la obra.

Finalmente, los documentos firmados que contienen nombres, firmas y demás datos personales no se incorporan a la publicación. En el Anexo I se incluyen únicamente los modelos de consentimiento informado y de autorización para la publicación utilizados en la investigación, de modo que pueda documentarse el procedimiento seguido sin exponer información personal de las personas participantes. Esta decisión permite preservar la trazabilidad ética del estudio y, al mismo tiempo, mantener la confidencialidad de la documentación individual.

■ Limitaciones del estudio

Las limitaciones del estudio se derivan principalmente de su alcance cualitativo, la selección intencional de los casos y la naturaleza de la información disponible. Estas condiciones no invalidan el análisis, pero delimitan con precisión el tipo de conclusiones que puede formularse y deben considerarse al interpretar los hallazgos.

En primer lugar, el corpus está integrado por nueve emprendimientos seleccionados intencionalmente en la provincia de Coclé. La investigación no utilizó un diseño probabilístico ni buscó reproducir la distribución sectorial, territorial, etaria o por sexo del conjunto de emprendimientos rurales de la provincia. En consecuencia, los resultados no permiten estimar la frecuencia de las características, restricciones o estrategias identificadas ni generalizarlas estadísticamente a Coclé o Panamá. La comparación persigue una finalidad analítica: identificar relaciones, contrastes y configuraciones cuya posible transferibilidad a otros contextos requiere valorar previamente la correspondencia de sus condiciones territoriales, productivas, familiares e institucionales.

En segundo lugar, la reconstrucción de cada caso se basa principalmente en la perspectiva de una persona participante focal. Aunque las entrevistas incluyen información sobre parejas, hijos, padres, otros familiares, clientes, proveedores e instituciones, estos actores no fueron entrevistados sistemáticamente de manera independiente. Por ello, las afirmaciones

relativas a colaboración familiar, distribución del trabajo, toma de decisiones o relaciones con terceros representan fundamentalmente la experiencia y percepción de la persona entrevistada. La investigación no permite reconstruir de forma completa las perspectivas de todos los integrantes de los hogares ni contrastar sistemáticamente posibles diferencias entre sus interpretaciones.

Una tercera limitación corresponde a la información económica y financiera. La disponibilidad de registros contables homogéneos fue limitada y desigual entre los emprendimientos, circunstancia ya identificada en la documentación metodológica del estudio. Las entrevistas proporcionaron información sobre precios, ventas, inversiones, pérdidas, financiamiento y contribuciones al hogar, pero estos datos fueron en buena medida autorreportados. En consecuencia, la investigación no permite realizar comparaciones rigurosas de rentabilidad, márgenes, productividad o retorno de las inversiones entre los nueve casos. Las cifras aportadas por las personas participantes se utilizan para comprender sus trayectorias y decisiones económicas, no como estados financieros auditados.

Esta limitación se extiende parcialmente al análisis de las estrategias familiares de vida. Aunque fue posible identificar aportes de trabajo, activos, conocimientos, transporte, instalaciones o recursos financieros procedentes del hogar, no se realizó una medición sistemática del tiempo dedicado por cada integrante ni una valoración monetaria del trabajo familiar no remunerado. Tampoco se reconstruyeron de manera homogénea los presupuestos completos de los hogares o todas sus fuentes de ingreso. Por ello, el estudio puede mostrar cómo el emprendimiento se articula con la economía familiar, pero no cuantificar con precisión el costo total de esa contribución ni su peso relativo dentro del ingreso disponible de cada hogar.

La dimensión ambiental presenta igualmente un alcance delimitado. El trabajo de campo permitió documentar recursos naturales utilizados, determinadas prácticas productivas, percepciones y algunos riesgos vinculados con las actividades; sin embargo, no se realizaron mediciones específicas de consumo de agua, manejo de suelos, uso de insumos, generación de residuos, extracción o regeneración de materias primas, biodiversidad o capacidad de carga turística. Por tanto, los resultados no permiten efectuar una evaluación integral de sostenibilidad ambiental ni clasificar los emprendimientos como sostenibles o insostenibles. Las interpretaciones se restringen a las prácticas y relaciones ambientales efectivamente documentadas.

Otra limitación deriva del carácter temporal del diseño. El trabajo de campo ofrece una aproximación a las condiciones de los emprendimientos durante 2026 y reconstruye acontecimientos anteriores principalmente mediante relatos retrospectivos. La investigación no realizó un seguimiento longitudinal que permitiera observar de manera sistemática la evolución posterior de ventas, inversiones, relaciones familiares, mercados o apoyos institucionales. Además, toda reconstrucción retrospectiva puede estar influida por la memoria y por la interpretación actual que las personas realizan de acontecimientos anteriores. Por ello,

las expectativas de ampliar instalaciones, desarrollar nuevas actividades, acceder a otros mercados o incorporar equipos se presentan como proyecciones, y no como resultados alcanzados mientras no exista evidencia de su implementación.

Finalmente, el estudio no constituye una evaluación de impacto del ecosistema institucional de Coclé. Las referencias a programas, capacitaciones, ferias, financiamiento, asistencia técnica o acompañamiento proceden de las experiencias narradas por las personas participantes y de documentación institucional utilizada para contextualizarlas. Esta información permite analizar qué apoyos fueron conocidos, utilizados o valorados en las nueve trayectorias, pero no determinar la cobertura, eficacia o impacto general de las instituciones y programas existentes en la provincia.

Estas limitaciones orientan también la forma en que se presentan los resultados. El estudio privilegia la profundidad de las trayectorias, la comparación cualitativa y la identificación de relaciones entre territorio, familia, recursos, mercados, género, generación e instituciones, manteniendo las afirmaciones dentro de los límites de la evidencia disponible.

EXPERIENCIAS DE EMPRENDIMIENTO RURAL

CAPÍTULO 5

▣ **Encanto Artesanal: el emprendimiento artesanal de Emmanuel Magallón en Membrillo, Coclé**

El emprendimiento de Emmanuel Magallón se desarrolla en la comunidad de Membrillo, distrito de Penonomé, y está dedicado a la elaboración de piezas artesanales en madera y piedra jabón. Su producción comprende figuras decorativas inspiradas principalmente en la fauna panameña —entre ellas guacamayas, tucanes y mariposas— y otras piezas en las que combina pintura, tratamiento de materiales y acabados realizados manualmente. La actividad se desarrolla desde su vivienda y mantiene una escala predominantemente individual, aunque incorpora apoyo familiar en determinadas tareas.

Figura 1. Piezas artesanales elaboradas por Emmanuel Magallón



Nota. Fotografía propia, proyecto Ruralemprende (2026).

La trayectoria de Emmanuel comenzó a consolidarse en el periodo posterior a la pandemia, cuando retomó la pintura y profundizó en una actividad artesanal que había conocido

mediante la observación de su suegro, a quien identifica como un artesano reconocido dentro de la comunidad. Su aprendizaje no siguió inicialmente una formación técnica estructurada, sino un proceso de observación, práctica y experimentación. La necesidad de generar ingresos adquirió especial importancia después de convertirse en padre a una edad temprana; con el tiempo, sin embargo, la actividad fue adquiriendo también un significado artístico y una vinculación más explícita con la tradición artesanal de su entorno.

El dominio técnico se construyó progresivamente. Emmanuel aprendió a reconocer las diferencias entre materiales y la importancia de procesos como el corte, lijado, sellado, pintura, barnizado y acabado. En su relato, el perfeccionamiento de las piezas aparece estrechamente asociado con la experiencia acumulada:

“Poco a poco he ido perfeccionando y aprendiendo a trabajar la madera... porque si no se sella bien, se daña; hay que hacerlo con amor y con técnica”.

La frase refleja un aprendizaje en el que conocimiento práctico y experimentación se combinan con criterios propios sobre calidad y presentación del producto.

La relación con el territorio constituye una dimensión visible de la iniciativa. La piedra jabón forma parte de la tradición artesanal que Emmanuel reconoce en Membrillo y en comunidades próximas, mientras que los motivos utilizados en sus piezas incorporan referencias al entorno natural y a elementos reconocibles de la fauna panameña. El Festival de la Piedra de Jabón representa, según su experiencia, uno de los espacios que permiten visibilizar esta actividad y comercializar las piezas. Emmanuel ha participado además en otras ferias y eventos, incluidos espacios de alcance provincial y nacional. Estas actividades han contribuido a ampliar la exposición de su trabajo, aunque su carácter periódico no proporciona por sí mismo una demanda regular durante todo el año.

El territorio también introduce restricciones. Emmanuel señala particularmente las condiciones de acceso a la comunidad como una dificultad para atraer visitantes y facilitar la comercialización directa:

“La calle está bastante mala... incluso hay personas que no vienen a las ferias porque no quieren dañar sus carros”.

La afirmación corresponde a su experiencia y percepción sobre las condiciones de acceso, pero muestra cómo la ubicación del emprendimiento y la infraestructura vial pueden intervenir en las posibilidades de conectar producción artesanal y mercado.

La organización productiva descansa principalmente en el propio emprendedor. Emmanuel realiza el diseño, la preparación de los materiales, el lijado, el sellado, la pintura y los acabados. Su padre colabora en determinadas actividades, especialmente en el corte de la madera y en tareas de apoyo logístico. Esta participación constituye un recurso familiar

para el funcionamiento de la iniciativa, aunque la información disponible no permite caracterizarla como una empresa familiar formalmente organizada.

Las herramientas y materiales se han incorporado de manera progresiva. Entre los recursos mencionados durante la entrevista se encuentran una lijadora —denominada por Emmanuel “flexible”—, una motosierra de uso familiar y materiales utilizados en los procesos de pintura, barnizado y acabado, incluidos pintura acrílica y resina epóxica. Más que una elevada dotación de infraestructura productiva, la trayectoria muestra una acumulación gradual de herramientas acompañada por el desarrollo del conocimiento necesario para utilizarlas y mejorar las piezas.

En el ámbito institucional, Emmanuel refiere como experiencia relevante su relación con el Ministerio de Cultura, particularmente mediante el reconocimiento formal como artesano y su participación en ferias y bazares. El acceso a capacitación ha sido más limitado. Aunque conoce la existencia de algunas actividades formativas, explica que las exigencias de tiempo y trabajo han dificultado su participación:

“Sí hay capacitaciones, pero no he podido asistir por falta de tiempo y porque tengo que seguir trabajando”.

El caso permite así diferenciar entre la existencia de una oferta institucional y la posibilidad efectiva de utilizarla. El reconocimiento y los espacios de exposición han contribuido a la visibilidad de la actividad, pero no equivalen a un proceso continuado de formación o acompañamiento empresarial.

La comercialización constituye la principal restricción señalada por Emmanuel. La producción se vende fundamentalmente mediante ferias, festivales, bazares y encargos generados a través de contactos personales. El emprendimiento no dispone de un establecimiento permanente y, durante el periodo estudiado, tampoco contaba con un canal digital de comercialización suficientemente desarrollado como para sostener ventas regulares fuera de estos espacios. La discontinuidad de las oportunidades de venta produce, según su relato, variaciones importantes en los ingresos.

Emmanuel sintetiza esta situación de manera especialmente clara:

“El problema no es hacer, el problema es vender. Porque si no hay ferias, no hay ingresos”.

La distinción es relevante: en su experiencia, la restricción principal no se encuentra en la capacidad para elaborar las piezas, sino en la posibilidad de acceder de forma regular a compradores. Las ferias proporcionan visibilidad y oportunidades comerciales, pero no sustituyen un canal permanente de venta.

El financiamiento de la actividad ha procedido fundamentalmente de los propios ingresos y de la adquisición gradual de herramientas y materiales. Emmanuel declaró no haber recibido créditos ni apoyo financiero externo. Entre los costos que identifica se encuentran pinturas, barnices, resinas, herramientas y transporte hacia los espacios de comercialización. Dado que no se dispone de registros contables homogéneos, esta información permite reconstruir su estrategia de financiamiento, pero no establecer de manera independiente la rentabilidad ni los márgenes económicos del emprendimiento.

La dimensión generacional aparece en varios momentos de la trayectoria. El emprendimiento se inició durante una etapa temprana de la vida adulta, vinculada inicialmente con la necesidad de responder a nuevas responsabilidades familiares. Al mismo tiempo, parte del conocimiento procede de una generación anterior y ha sido posteriormente reinterpretado mediante la práctica y la búsqueda de un estilo propio. Emmanuel expresa también preocupación por lo que percibe como menor interés de algunas personas jóvenes por continuar determinados oficios artesanales. Esta valoración debe entenderse como su percepción personal y no como evidencia general sobre la juventud de Membrillo; su importancia para el caso reside en mostrar que Emmanuel relaciona la continuidad de la artesanía no solo con la disponibilidad de materiales, sino también con la transmisión y valoración de los conocimientos.

Su proyección futura incorpora una dimensión colectiva. Emmanuel plantea como aspiración la creación de un centro comunitario de artesanías que permita reunir productos de diferentes artesanos y disponer de un espacio permanente de exhibición y venta:

“Nunca he pensado solo en mí, sino en un lugar estable para la comunidad como tal”.

Durante el periodo estudiado, esta propuesta constituía una aspiración y no un proyecto ejecutado o financiado. Su interés radica en que la respuesta imaginada frente a la falta de espacios permanentes de comercialización no se limita al crecimiento de su propio taller, sino que incorpora la posibilidad de una infraestructura compartida entre productores de la comunidad.

La utilización de madera y piedra jabón establece asimismo una relación directa entre el emprendimiento y recursos materiales del territorio, pero la información disponible no permite evaluar su sostenibilidad ambiental. No se cuenta con datos sistemáticos sobre procedencia y volúmenes de los materiales, extracción, regeneración o prácticas de manejo. En consecuencia, la vinculación de la artesanía con recursos naturales se documenta como una característica de la actividad, sin derivar de ella una calificación ambiental que la evidencia no permite sostener.

En conjunto, la trayectoria de Emmanuel muestra una iniciativa artesanal construida a partir de aprendizaje práctico, transmisión intergeneracional, recursos familiares y una estrecha vinculación con la tradición artesanal del territorio. La capacidad técnica y la pro-

gresiva visibilidad obtenida mediante ferias y reconocimiento institucional conviven con restricciones relacionadas principalmente con el acceso a mercados, la irregularidad de las ventas y las condiciones de acceso a la comunidad. La experiencia muestra también que los recursos familiares y territoriales pueden contribuir a sostener una actividad sin eliminar las limitaciones comerciales que condicionan su continuidad.

El interés del caso reside, por tanto, en observar cómo un conocimiento recibido dentro del entorno familiar se transforma progresivamente en una actividad económica con identidad propia y cómo esa trayectoria permanece vinculada a recursos, relaciones y espacios culturales de Membrillo. Al mismo tiempo, la aspiración de crear un espacio comunitario de comercialización revela una lectura del problema que trasciende el emprendimiento individual: para Emmanuel, ampliar las oportunidades de la artesanía local depende también de mejorar las condiciones mediante las cuales quienes producen pueden encontrarse de manera más estable con sus mercados.

■ La madera que habla: el emprendimiento juvenil de Alexander Lorenzo en Chiguirí Arriba, Coclé

Alexander Lorenzo, conocido en su comunidad como “Benny”, desarrolla en Chiguirí Arriba, distrito de Penonomé, una actividad artesanal dedicada al trabajo de la madera. Elabora juguetes, utensilios, piezas decorativas y trabajos por encargo desde un espacio ubicado en la vivienda familiar, donde dispone de herramientas que ha incorporado gradualmente a medida que la actividad le ha permitido generar y reinvertir ingresos.

Figura 2. Piezas artesanales elaboradas en madera



Nota. Fotografía propia, proyecto Ruralemprende, 2026.

Su relación con el oficio comenzó durante la infancia. Alexander recuerda haber observado a su abuelo, su padre y otros familiares trabajar la madera y haber empezado,

alrededor de los siete años, elaborando carritos, espadas y otros juguetes. Una de esas primeras experiencias marcó para él el paso entre una actividad realizada por curiosidad y la posibilidad de obtener ingresos:

“El primer juguete que vendí fue un avión de madera por cinco dólares; ahí vi que la gente empezaba a pedirme más”.

La trayectoria no surgió de un programa formal de emprendimiento ni de una capacitación empresarial inicial. Se construyó mediante observación, práctica y transmisión familiar de conocimientos, y fue adquiriendo una dimensión económica a medida que vecinos y otras personas comenzaron a solicitar sus trabajos. Con el tiempo, Alexander amplió su producción hacia utensilios, reparaciones, objetos decorativos y encargos específicos.

El aprendizaje familiar continúa siendo uno de los principales recursos de la actividad. Alexander identifica particularmente a su abuelo, su padre y su tío Rubén Gil como referentes para conocer las propiedades y formas de trabajar la madera. Mediante ellos aprendió procedimientos de selección, corte y transformación del material y la elaboración de objetos como bateas y cabos de hacha. Esta transmisión no ha supuesto una reproducción idéntica de las técnicas recibidas: a partir de la experiencia, Alexander ha desarrollado sus propias formas de trabajo e incorporado gradualmente herramientas eléctricas cuando las condiciones y sus recursos se lo han permitido.

La actividad posee para él un significado vinculado también con la independencia en la organización de su trabajo:

“Aquí yo soy mi propio jefe; el dinero que me gano viene de mi propio trabajo”.

Esta valoración expresa la importancia que Alexander atribuye a trabajar por cuenta propia, pero no debe interpretarse como evidencia de autonomía económica plena. La irregularidad de las ventas, la limitada dotación de herramientas y la dependencia de encargos hacen que el control sobre la forma de trabajar coexista con restricciones económicas y comerciales.

Aunque el emprendimiento es dirigido por Alexander, existe una participación familiar que contribuye a su funcionamiento. Según la información disponible, familiares colaboran en tareas de transporte, venta y apoyo logístico. No se dispone, sin embargo, de información suficiente para establecer la frecuencia de esas contribuciones, su remuneración o la distribución detallada de responsabilidades. Por esta razón, resulta más preciso caracterizar la iniciativa como un emprendimiento individual apoyado por relaciones familiares que como una empresa familiar formalmente organizada.

El trabajo se realiza con diferentes tipos de madera que Alexander identifica, entre otras, como laurel, cedro, pégale, pinotea y palo de boya. Según su testimonio, parte del material

utilizado procede de árboles caídos o de madera arrastrada y depositada por el río. Esta práctica forma parte de la manera en que obtiene determinados insumos, pero no permite concluir que el conjunto de la actividad sea ambientalmente sostenible: no se dispone de información sistemática sobre procedencia, volúmenes utilizados, reposición o efectos acumulados de la extracción de madera.

La disponibilidad de herramientas constituye otro componente importante de su trayectoria. El espacio de trabajo cuenta con equipos básicos, entre ellos una sierra circular, una lijadora manual y un cerrucho. Alexander los ha adquirido progresivamente mediante el ahorro y la reinversión de los ingresos obtenidos. La compra de su primera herramienta eléctrica ocupa un lugar especialmente significativo en su relato:

“El momento que nunca voy a olvidar fue cuando logré comprar mi primera herramienta eléctrica gracias a mi trabajo”.

Este avance representa una mejora concreta de su capacidad productiva, aunque la disponibilidad de maquinaria continúa siendo limitada frente a los trabajos que aspira a realizar.

Su interés por incorporar nuevas herramientas convive con una fuerte valoración del conocimiento manual. Alexander resume esa relación con una expresión que da sentido al título del caso:

“La madera te habla; no se puede perder el trabajo de las manos”.

La frase no expresa un rechazo a la tecnología. El propio emprendedor utiliza herramientas eléctricas y proyecta adquirir otras más especializadas. Lo que señala es la importancia que atribuye a reconocer las características de cada pieza y conservar un dominio manual del oficio. Esa combinación entre conocimientos recibidos, experiencia propia y adopción gradual de herramientas constituye uno de los rasgos de su trayectoria.

Las condiciones territoriales intervienen directamente en el desarrollo de la actividad. Alexander identifica dificultades asociadas con el estado de la carretera y las interrupciones del suministro eléctrico en Chiguirí Arriba. La primera afecta el traslado de materiales, productos y personas, mientras que la segunda limita el uso continuado de determinadas herramientas. Estas condiciones no impiden el funcionamiento de la iniciativa, pero pueden aumentar tiempos y costos y obligan a mantener procedimientos manuales para determinadas tareas.

La comercialización combina ventas dentro de la comunidad con encargos procedentes de otros lugares. Alexander refiere clientes en Penonomé, Santiago y, ocasionalmente, Ciudad de Panamá, obtenidos en buena medida mediante recomendaciones personales. Participa también en actividades como la Feria del Café de Vaquilla y festividades asociadas

con San Isidro Labrador. La escuela y la iglesia de la comunidad han constituido espacios relevantes de reconocimiento al solicitarle trabajos artesanales y reparaciones. Estos vínculos han contribuido a construir una reputación local y a ampliar progresivamente el alcance de los encargos, aunque no constituyen un canal permanente de comercialización.

El financiamiento de la iniciativa se ha basado fundamentalmente en ahorro y reinversión propia. Alexander manifestó no haber recurrido a créditos ni microfinanzas y relacionó esta decisión con la irregularidad de los ingresos. Esta estrategia le ha permitido incorporar herramientas de forma gradual sin asumir obligaciones financieras, aunque también limita la velocidad con la que puede ampliar su infraestructura productiva. La ausencia de crédito no debe interpretarse automáticamente como una barrera solucionable mediante endeudamiento: la conveniencia de cualquier instrumento financiero dependería de su correspondencia con la estabilidad de los ingresos y la capacidad real de pago.

Entre las dificultades comerciales, Alexander señala la estacionalidad de las ventas y la competencia con objetos industriales elaborados en plástico u otros materiales. Frente a productos fabricados en serie, las piezas de madera requieren más tiempo de elaboración y dependen en mayor medida de que el comprador valore el trabajo manual, la durabilidad y la singularidad del producto. El reto comercial no se limita, por tanto, a producir, sino que incluye encontrar compradores dispuestos a reconocer esos atributos.

La relación con las instituciones ha sido limitada. Alexander no reporta haber recibido financiamiento o asistencia técnica gubernamental, aunque sí ha obtenido reconocimiento mediante los encargos realizados para la escuela y la iglesia. Tampoco había participado, durante el periodo estudiado, en una formación técnica sistemática, pero manifestó interés en acceder a capacitación del INADEH para perfeccionar sus conocimientos y ampliar los tipos de trabajo que puede realizar. Esta intención constituye una expectativa y no debe presentarse como una capacitación ya recibida.

En relación con la oferta formativa disponible en su entorno, Alexander valora positivamente la realización de cursos, pero considera que su frecuencia podría mejorar:

“Ahorita la escuela está brindando un curso en construcción y en manualidades de Navidad, que siga haciéndolo, pero con más frecuencia...”.

El testimonio muestra una demanda concreta de mayor continuidad formativa desde la experiencia del participante; no permite, por sí solo, valorar la cobertura general de la capacitación existente en la comunidad.

La dimensión juvenil resulta especialmente visible en esta trayectoria. Alexander convirtió un aprendizaje iniciado durante la infancia en una fuente de ingresos, adquirió progresivamente herramientas y extendió su clientela mediante la reputación construida alrededor

de su trabajo. Al mismo tiempo, percibe que el reconocimiento social puede influir en la disposición de otras personas jóvenes a emprender:

“Los jóvenes de aquí tienen pena de emprender; tienen miedo a que la gente los juzgue”.

Esta afirmación expresa su percepción y no permite generalizar ese comportamiento al conjunto de la juventud de Chiguirí Arriba. Sí permite observar el valor que Alexander atribuye a la confianza y al reconocimiento social durante las etapas iniciales de una trayectoria emprendedora.

Sus proyectos de futuro se orientan principalmente a profesionalizar y ampliar el oficio. A cinco años, plantea disponer de un taller propio de ebanistería y artesanía, mejorar su formación e incorporar herramientas como un router y un equipo rotativo tipo Dremel. Estas aspiraciones muestran la dirección que desea imprimir a la actividad, pero constituyen proyectos pendientes de materialización y dependerán de recursos, formación, infraestructura y demanda.

Alexander menciona además la posibilidad de desarrollar en el futuro un pequeño hostel rural asociado con el turismo local. La idea supone una posible diversificación respecto de la actividad artesanal actual, pero durante el periodo analizado no existía evidencia de un proyecto formulado, inversiones específicas, permisos o infraestructura destinada a esa actividad. En consecuencia, se registra como una aspiración y no como una segunda línea empresarial en funcionamiento.

En conjunto, el caso de Alexander muestra cómo un conocimiento adquirido dentro de la familia puede convertirse progresivamente en una actividad económica juvenil mediante práctica, reinversión, apoyo familiar y construcción de reputación en redes de proximidad. La trayectoria presenta avances concretos —adquisición de herramientas, trabajos para actores comunitarios y clientes situados fuera de la comunidad—, pero estos no deben confundirse con una consolidación empresarial plena. La irregularidad del mercado, las restricciones de infraestructura y la limitada dotación tecnológica continúan condicionando las posibilidades de desarrollo.

El interés del caso reside especialmente en la interacción entre transmisión intergeneracional y construcción de una trayectoria propia. Alexander no abandona el conocimiento recibido ni lo reproduce de manera estática: lo combina con herramientas, nuevos encargos y aspiraciones de formación y profesionalización. De este modo, su experiencia permite observar cómo la continuidad de un oficio artesanal puede depender simultáneamente de los saberes familiares, la capacidad de desarrollar credibilidad ante clientes y comunidad y la existencia de condiciones técnicas y comerciales que permitan convertir ese aprendizaje en una actividad económica con mayor estabilidad.

▣ Tradición que se teje: el emprendimiento artesanal de sombreros de chonta de Marta Chirú en Vaquilla, Coclé

Marta Chirú, de 43 años, reside en la comunidad de Vaquilla, distrito de Penonomé, donde elabora sombreros tejidos con chonta blanca y negra. La actividad se desarrolla desde la vivienda familiar, mantiene una escala reducida y combina conocimientos transmitidos entre generaciones, trabajo manual, participación familiar y comercialización mediante circuitos de proximidad. Su producción se integra en la organización cotidiana del hogar junto con el cuidado de sus hijos, las tareas domésticas y la crianza de animales.

Figura 3. Elaboración artesanal de sombreros de chonta



Nota. Fotografía propia, proyecto Ruralemprende, 2026.

El aprendizaje del oficio comenzó durante la adolescencia. Marta Chirú sitúa en su abuela la principal fuente de transmisión de los conocimientos necesarios para elaborar los sombreros y recuerda haber empezado a aprender aproximadamente a los quince años. La continuidad de esa práctica ocupa un lugar central en la forma en que interpreta su propia trayectoria:

“Mi abuela fue la que me enseñó a hacer los sombreros... no he perdido mi costumbre”.

La expresión resume una relación con la actividad que no se limita a su función económica. El tejido constituye también un conocimiento heredado cuya práctica conecta la experiencia actual de Marta Chirú con una generación anterior de su familia.

La elaboración se realiza de manera manual y comprende varias etapas de preparación de la materia prima antes del tejido. Según la información recogida, su esposo participa en la recolección y procesamiento de la chonta, mientras Marta Chirú interviene en la preparación de las hojas y en el tejido de los sombreros. Esta colaboración constituye un recurso familiar relevante para la continuidad de la actividad, aunque la evidencia disponible no permite establecer con precisión la frecuencia, distribución temporal o valoración económica de cada aportación. Por ello, la participación del esposo se reconoce como parte de la organización productiva sin caracterizar el emprendimiento como una empresa familiar formalmente estructurada.

La materia prima y el conocimiento utilizado vinculan la actividad estrechamente con el territorio. Sin embargo, esta relación no debe interpretarse automáticamente como evidencia de sostenibilidad ambiental. La investigación no dispone de información sistemática sobre disponibilidad de la chonta, cantidades utilizadas, procedencia de todo el material, tiempos de regeneración o prácticas de manejo. Lo que puede afirmarse es que el recurso natural forma parte del proceso productivo y que su transformación depende de conocimientos prácticos acumulados dentro del entorno familiar.

La producción exige principalmente tiempo y trabajo manual y utiliza poca maquinaria especializada. Esta característica reduce determinadas necesidades de inversión monetaria, pero hace que la capacidad productiva dependa de manera intensa del tiempo disponible de Marta Chirú y de la colaboración familiar. Según su relato, dedica aproximadamente dos horas diarias al tejido, compatibilizando esta actividad con otras responsabilidades domésticas y familiares.

El tiempo de elaboración influye también en las decisiones sobre el tipo de producto. Marta Chirú distingue entre sombreros de diferente grosor y señala que los tejidos más finos requieren una dedicación considerablemente mayor:

“Los sombreros delgaditos llevan mucho tiempo”.

Esta valoración muestra que la elección del producto no responde únicamente a preferencias artesanales, sino también a la relación entre tiempo de trabajo, esfuerzo y posibilidades de comercialización. Los tejidos más complejos pueden requerir una dedicación que no siempre encuentra correspondencia en el precio o en la demanda disponible.

La organización del tiempo constituye, por tanto, una dimensión relevante del caso. Marta Chirú combina la elaboración de sombreros con cuidado familiar, atención del hogar y crianza de animales. La evidencia permite afirmar que estas actividades compiten por su tiempo disponible, pero no permite reconstruir una distribución completa de las responsabilidades domésticas entre todos los integrantes de la familia ni cuantificar la carga total de trabajo. Por esta razón, el caso permite examinar la articulación entre actividad productiva y organización familiar sin asumir automáticamente una distribución desigual de todas las tareas.

La comercialización se desarrolla mediante encargos, recomendaciones personales y ferias locales, entre ellas la Feria del Café de Vaquilla. Estos espacios proporcionan oportunidades para exhibir y vender los sombreros y permiten mantener contacto directo con compradores, pero su carácter periódico no garantiza una demanda estable durante todo el año. Cuando disminuyen las ferias o los pedidos, la actividad debe adaptarse a un volumen de ventas difícil de prever.

La trayectoria comercial muestra además una mayor utilización de la venta directa. La información previa del proyecto documenta un desplazamiento desde operaciones realizadas mediante intermediarios hacia una relación más directa con consumidores finales. Esta modificación puede permitir a Marta Chirú mantener mayor contacto con quienes compran y conocer sus preferencias, aunque también traslada hacia ella tareas de promoción, negociación y entrega que requieren tiempo adicional. La evidencia no permite determinar qué proporción exacta de sus ventas corresponde actualmente a cada canal.

A esta estrategia se ha incorporado WhatsApp como herramienta básica de promoción. Marta Chirú publica fotografías de los sombreros en los estados de la aplicación y recibe consultas de personas interesadas:

“Yo pongo un estado en el teléfono y la gente me escribe”.

El uso de WhatsApp amplía su capacidad de mostrar los productos sin necesidad de desplazarse y complementa las relaciones construidas mediante contactos personales. Sin embargo, no constituye todavía un sistema digital de comercialización estructurado: la información disponible no documenta catálogo formal, plataforma de pagos, sistema estable de pedidos o logística permanente de entrega. Se trata más bien de una herramienta sencilla incorporada a una red comercial basada fundamentalmente en relaciones de confianza.

El financiamiento se ha basado principalmente en recursos propios y en una reinversión limitada de los ingresos obtenidos. Marta Chirú no reporta haber solicitado préstamos ni recibido financiamiento público para desarrollar la actividad. Su testimonio muestra cautela ante la posibilidad de iniciar un trámite cuyo resultado considera incierto y frente a las obligaciones que podría implicar el endeudamiento. La información disponible, sin embargo, no permite atribuir esta posición a una supuesta “resistencia cultural al crédito” ni establecer que haya experimentado previamente un rechazo institucional.

La ausencia de endeudamiento reduce su exposición a obligaciones financieras, pero también limita la disponibilidad inmediata de recursos para ampliar inventarios, mejorar el espacio de trabajo, adquirir materia prima o financiar desplazamientos hacia otros mercados. Esto no implica que el crédito constituya necesariamente la solución adecuada: cualquier instrumento financiero tendría que corresponder con la irregularidad de los ingresos y con la existencia de una demanda capaz de sostener las obligaciones asumidas.

En el ámbito institucional, Marta Chirú describe una relación limitada con programas de apoyo. Según su experiencia, en Vaquilla no existen talleres colectivos o cooperativas que organicen de manera permanente la producción y comercialización de las artesanías y una parte importante del trabajo se realiza desde los hogares. Esta afirmación debe entenderse como descripción del entorno conocido por la participante y no como un inventario exhaustivo de todas las organizaciones existentes en la comunidad o el distrito.

La dimensión de género adquiere relevancia principalmente a través de la organización cotidiana del trabajo y de la experiencia de Marta Chirú al relacionarse con mercados e instituciones. Ella considera que las mujeres disponen actualmente de mayores oportunidades que en etapas anteriores, pero identifica la vergüenza o la falta de confianza para vender fuera de la comunidad o solicitar apoyo como una dificultad:

“Siento que ahora sí tenemos más oportunidades, pero una siente pena para pedir apoyo o vender fuera”.

La cita expresa la valoración de Marta Chirú y no permite generalizar esta experiencia al conjunto de mujeres rurales de Vaquilla. Sí permite identificar que, en su trayectoria, la participación en nuevos mercados o espacios institucionales involucra también dimensiones de confianza, experiencia y exposición pública.

La actividad genera ingresos propios, pero la información disponible no permite determinar qué proporción representan dentro de la economía familiar ni establecer el grado de autonomía económica que proporcionan. No se dispone de información homogénea sobre ingresos, costos, uso de las ganancias o capacidad de decisión sobre los recursos del hogar. Por ello, resulta más riguroso reconocer la contribución económica del emprendimiento sin convertir la generación de ingresos en evidencia automática de autonomía plena.

Una de las aspiraciones planteadas por Marta Chirú es impulsar un espacio comunitario para mujeres artesanas en el que puedan reunirse, compartir conocimientos, producir y comercializar. La propuesta responde tanto a necesidades prácticas de organización como a su preocupación por la continuidad del oficio. Durante el periodo estudiado, sin embargo, se encontraba en el plano de la expectativa y no constituía un proyecto formalizado, financiado o en ejecución.

Esta preocupación enlaza con la dimensión intergeneracional del caso. Marta Chirú mantiene un conocimiento recibido de su abuela y su práctica contribuye a conservarlo disponible dentro del territorio. Sin embargo, no existe evidencia suficiente para afirmar que sus hijos u otras personas jóvenes estén incorporándose de forma sistemática al oficio ni que exista una sucesión generacional asegurada. La continuidad cultural debe entenderse, por tanto, como un proceso abierto y no como un resultado ya garantizado.

En conjunto, la trayectoria de Marta Chirú muestra un emprendimiento artesanal sustentado en conocimiento heredado, trabajo manual, recursos del territorio, colaboración

familiar y redes comerciales de proximidad. La continuidad de la actividad durante años evidencia dominio técnico y capacidad para adaptar la producción y los canales de venta a los recursos disponibles, pero convive con restricciones vinculadas al tiempo, la irregularidad de la demanda, la limitada amplitud de los mercados y una relación todavía reducida con mecanismos formales de apoyo.

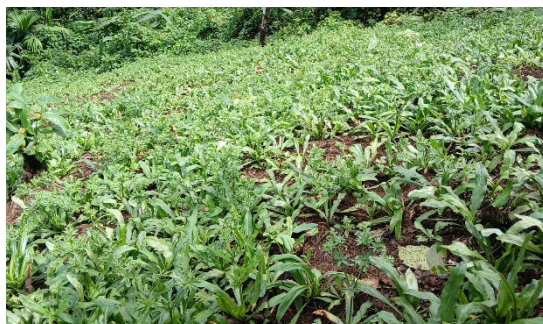
El interés del caso reside especialmente en mostrar que la transmisión de un conocimiento artesanal puede adquirir simultáneamente una dimensión económica, familiar y cultural, sin que esas contribuciones eliminen las restricciones que afectan a la continuidad del emprendimiento. La trayectoria de Marta Chirú también evidencia que producir desde el hogar facilita determinadas formas de organización, pero integra la actividad económica dentro de un conjunto más amplio de responsabilidades familiares. Su aspiración de un espacio colectivo sugiere, finalmente, que algunas de las necesidades identificadas trascienden la capacidad individual de producción y remiten a condiciones compartidas de comercialización, aprendizaje y organización entre artesanas rurales.

■ **Culantro, familia y continuidad productiva: el emprendimiento agrícola de Marisín en Coclé**

Marisín, de 47 años al momento de la entrevista, reside en la comunidad de Vaquilla, distrito de Penonomé, donde se dedica al cultivo y comercialización de culantro. La actividad se desarrolla en una parcela familiar y ocupa un lugar central dentro de su estrategia económica. Su trayectoria combina trabajo agrícola directo, experiencia acumulada, participación de distintos integrantes de la familia y una exposición constante a la variabilidad de los precios y de las condiciones productivas. Según su propio relato, el cultivo constituye su fuente personal de ingreso:

“La fortaleza mía es que es mi manera de ingreso”

Figura 4. Parcela destinada al cultivo de culantro



Nota. Fotografía propia, proyecto Ruralemprende, 2026.

La trayectoria productiva se remonta a aproximadamente quince o veinte años, cuando la actividad era desarrollada junto con su esposo. Marisin sitúa alrededor de diez años antes de la entrevista el momento en que comenzó a asumir de manera más directa la conducción de una parcela propia dentro de esa actividad familiar. Su incorporación al cultivo no respondió a la formulación de un proyecto empresarial formal, sino a un proceso progresivo mediante el cual la producción de culantro se convirtió en un medio para generar ingresos y atender necesidades del hogar.

El aprendizaje se ha producido fundamentalmente mediante la experiencia práctica. La información disponible no documenta una formación agronómica continuada ni un proceso sistemático de asistencia técnica. Los conocimientos sobre preparación y mantenimiento de la parcela, limpieza, abonado, control de plagas y cosecha se han construido a lo largo del tiempo mediante la práctica y el intercambio con personas próximas vinculadas con la misma actividad. Marisin señala, por ejemplo, que mantener la parcela exige atención permanente y que interrumpir las tareas de limpieza y cuidado puede comprometer la producción posterior.

Esta continuidad productiva requiere una inversión recurrente de trabajo. Marisin participa directamente en las labores de la parcela y su esposo colabora en determinadas tareas y en la entrega de la cosecha. Sus hijos, ya adultos, también forman parte de la red de apoyo: cuando se necesita mano de obra adicional, algunos aportan recursos económicos para contratar jornaleros. De esta manera, la actividad no depende exclusivamente del trabajo individual de la productora, sino de una combinación de trabajo propio, colaboración familiar y contratación ocasional de mano de obra. La información disponible no permite, sin embargo, cuantificar el aporte de cada integrante ni establecer una valoración monetaria completa del trabajo familiar.

La participación de sus hijos adquiere un significado adicional dentro de la trayectoria familiar. Cuando se le preguntó por los principales logros alcanzados mediante el emprendimiento, Marisin respondió:

“Los logros que he tenido gracias a eso, los estudios de mis hijos”.

Su relato vincula así la actividad agrícola con las trayectorias educativas y profesionales de sus cuatro hijos. En el momento de la entrevista, uno trabajaba como soldador, una hija había finalizado estudios universitarios en Administración de Empresas, otra cursaba estudios universitarios en Recursos Humanos y el hijo menor se había graduado de la Academia de Policía. La evidencia permite afirmar que Marisin atribuye al trabajo agrícola una contribución importante a esas trayectorias, aunque no se dispone de información financiera que permita calcular qué proporción de sus costos educativos fue cubierta específicamente con los ingresos del culantro.

La parcela representa también una forma de vinculación con el territorio y con la organización cotidiana de la familia. Al comparar su actividad con la posibilidad de trabajar en

la ciudad, Marisin reconoce que un empleo asalariado podría proporcionar ingresos más regulares, pero valora la posibilidad de permanecer en su comunidad y generar recursos desde allí:

“Allá en la ciudad uno tiene su plata quincenal, pero si regreso acá, acá no tengo nada. Y por lo menos acá de repente tengo, hoy no tengo, pero yo sé que mañana voy a sacar culantro y tengo algo. Y estoy en mi casa con mi familia”.

Esta valoración no significa que el cultivo proporcione mayor estabilidad económica. El propio fragmento refleja la incertidumbre de los ingresos. Lo que Marisin valora es una combinación diferente de elementos: trabajar cerca del hogar, permanecer con la familia y mantener mayor control sobre la organización de su actividad. La independencia respecto de un empleador coexiste, sin embargo, con una dependencia considerable de factores que ella no controla, entre ellos los precios, las condiciones de producción, las plagas y las posibilidades de colocar la cosecha en el mercado.

La variación de precios constituye una de las restricciones más claras de la trayectoria. De acuerdo con la entrevistada, el precio del culantro puede cambiar considerablemente entre periodos. Menciona situaciones en las que el rollo ha alcanzado un dólar y otras en las que ha descendido a cincuenta o treinta y cinco centavos, e incluso a tres unidades por un dólar. Estas cantidades proceden de su experiencia y no constituyen una serie estadística de precios ni permiten calcular ingresos anuales. Sí permiten documentar la magnitud de la incertidumbre que la productora experimenta en la comercialización.

Marisin resume esa realidad de forma directa:

“Hay tiempos buenos y hay tiempos malos. Hay tiempos que tú pierdes y hay tiempos que tú ganas”.

La variabilidad comercial afecta la posibilidad de recuperar los costos de insumos y trabajo. Cuando el precio disminuye, la productora no puede necesariamente suspender el cuidado de la parcela, porque la falta de limpieza y mantenimiento comprometería la producción futura. La continuidad exige, por tanto, seguir destinando trabajo y recursos durante periodos desfavorables con la expectativa de encontrar posteriormente mejores condiciones de venta.

A esta situación se añade la perecibilidad del producto. El culantro fresco dispone de un margen temporal limitado para su comercialización una vez cosechado, lo que reduce la posibilidad de esperar indefinidamente mejores precios. La evidencia disponible no permite reconstruir completamente la cadena comercial ni establecer con precisión qué proporción se vende a consumidores, comerciantes o intermediarios. Tampoco se cuenta con registros homogéneos de volúmenes, costos de transporte o márgenes. En consecuencia, el caso permite documentar exposición a la variación del mercado, pero no calcular cómo se distribuye el valor entre los distintos actores de la cadena.

Las redes de proximidad contribuyen parcialmente a gestionar esta incertidumbre. Marisin mantiene relaciones con familiares, vecinos y otras personas que cultivan el mismo producto, mediante las cuales circula información sobre precios, disponibilidad y posibilidades de cumplir determinados pedidos. Estas relaciones no constituyen una organización comercial formal ni implican necesariamente negociación colectiva, pero proporcionan información y apoyo cuando una persona productora no dispone temporalmente de suficiente producto.

Esta cooperación informal contrasta con su posición respecto de asociaciones o grupos organizados. Marisin expresa abiertamente sus reservas:

“A mí no me gusta trabajar en grupo en la peleadera”.

La afirmación refleja su experiencia y valoración personal. No permite concluir que las asociaciones rurales sean ineficaces ni que la organización colectiva resulte inviable en Vaquilla. Sí muestra que la confianza constituye un requisito previo para cualquier estrategia asociativa y que la constitución formal de una organización no garantiza por sí misma la voluntad de participar.

La relación con las instituciones públicas es igualmente limitada. Marisin manifestó no haber recibido apoyo de AMPYME o MIDA y señaló que tampoco lo había solicitado. Su decisión está acompañada por una percepción crítica sobre los procedimientos institucionales:

“Yo lo que odio es ir a pedir y que me digan, espere, espere. Esos programas a veces se manejan políticamente”.

Esta declaración debe interpretarse estrictamente como su percepción sobre el acceso institucional, no como evidencia de que los programas mencionados funcionen efectivamente de esa manera. El caso resulta útil precisamente porque permite distinguir entre ausencia de oferta, desconocimiento y decisión de no acercarse a determinados instrumentos. En la trayectoria de Marisin, la distancia institucional no puede explicarse únicamente como falta de programas: intervienen también sus expectativas sobre los trámites, los tiempos de respuesta y la utilidad probable de solicitar apoyo.

La información disponible tampoco documenta un proceso de crédito formal o financiamiento público. La actividad se sostiene mediante los recursos generados por la parcela, los aportes familiares y la contratación puntual de jornaleros cuando el trabajo lo requiere. Esta estrategia ha permitido mantener la producción, pero no existe información financiera suficiente para establecer costos totales, rentabilidad o capacidad de inversión. La continuidad durante años no debe interpretarse, por tanto, como evidencia de estabilidad económica plena.

La dimensión de género aparece explícitamente en el relato de Marisin cuando se le pregunta por las dificultades que pueden experimentar las mujeres emprendedoras:

“A veces enfrentamos dificultades porque a veces los hombres se creen machistas... tú qué vas a hacer, tú no vendes”.

El testimonio documenta su percepción sobre la existencia de actitudes que pueden cuestionar la capacidad productiva de las mujeres. No obstante, cuando se le preguntó específicamente si su esposo vendía más por ser hombre, Marisin rechazó esa interpretación y aclaró:

“No, el detalle es que él va a entregar”.

Esta precisión es importante. La evidencia no permite atribuir la función comercial del esposo directamente a una ventaja masculina en el mercado. Lo que puede afirmarse es que existe una distribución de tareas: Marisin concentra buena parte del trabajo productivo y su esposo participa, entre otras funciones, en la entrega de la cosecha. El caso muestra así la necesidad de analizar las relaciones de género a partir de prácticas concretas y no inferirlas únicamente del sexo de las personas participantes.

La autonomía que Marisin atribuye a su actividad debe interpretarse también en estos términos. Dirigir la parcela y organizar buena parte de su propio trabajo le permite evitar la subordinación a un empleador y permanecer cerca de su familia, aspectos que ella valora expresamente. Sin embargo, no se dispone de información suficiente sobre administración de los ingresos, propiedad jurídica de todos los activos o distribución completa de las decisiones económicas del hogar para afirmar la existencia de autonomía económica plena.

En materia ambiental, la información obtenida permite identificar prácticas relacionadas con abonado, limpieza y control de plagas, pero no realizar una evaluación del manejo agrícola. La entrevista contiene referencias al uso de productos para fertilización y control de plagas, aunque no se dispone de datos sistemáticos sobre tipos, cantidades, frecuencias, efectos sobre suelo y agua o medidas de manejo. En consecuencia, la permanencia productiva de la parcela no debe confundirse con evidencia de sostenibilidad ambiental.

La expectativa de futuro de Marisin es concreta. Cuando se le pregunta cómo se imagina dentro de cinco años, responde:

“Vendiendo más”.

La respuesta no plantea una expansión acelerada, exportación o transformación industrial. Su horizonte se concentra en mejorar la comercialización y mantener la actividad como fuente de ingresos. Esta aspiración no debe interpretarse como una falta de ambición

empresarial. En una actividad expuesta a precios variables, perecibilidad y pérdidas productivas, vender con mayor regularidad y en mejores condiciones constituye por sí mismo un objetivo económico significativo.

En conjunto, la trayectoria de Marisin muestra un emprendimiento agrícola cuya continuidad descansa en la combinación de experiencia práctica, trabajo directo, apoyo familiar y redes informales, dentro de un mercado caracterizado por una elevada incertidumbre desde la perspectiva de la productora. La actividad ha permanecido durante una parte considerable de su vida adulta y ha desempeñado una función relevante en la economía del hogar, pero esa permanencia no elimina la vulnerabilidad frente a precios, pérdidas productivas o disponibilidad de trabajo.

El interés del caso reside especialmente en mostrar cómo continuidad, autonomía laboral y estabilidad económica no son conceptos equivalentes. Marisin posee capacidad para organizar su producción y valora permanecer trabajando en su territorio, pero su margen de decisión convive con factores comerciales y productivos que exceden su control. La parcela constituye, al mismo tiempo, una fuente de ingreso y un recurso integrado en una estrategia familiar de vida que ha involucrado trabajo, apoyos entre generaciones y decisiones orientadas a sostener el hogar. Esa combinación explica mejor su trayectoria que una lectura basada únicamente en tamaño del negocio, crecimiento o rentabilidad.

▣ **Arte, juventud y construcción de una trayectoria emprendedora: el caso de Anayelis Arrocha en Penonomé**

Anayelis Arrocha, de 24 años al momento del estudio, desarrolla en la comunidad de La Angostura, distrito de Penonomé, un emprendimiento artístico y artesanal denominado CLavelles's. Su producción combina pintura sobre diferentes superficies, confección de tembleques, bisutería y piezas decorativas, entre ellas tejas, prendas y telas pintadas y accesorios elaborados con escamas de pescado. La iniciativa se apoya en capacidades artísticas adquiridas mediante su formación y experiencia y mantiene una relación explícita con elementos de la cultura coclesana.

Figura 5. Piezas emprendimiento artesanal





Nota. Fotografía propia, proyecto Ruralemprende, 2026.

Anayelis cursó un bachillerato en artes plásticas y comenzó su emprendimiento en 2022, mientras realizaba estudios universitarios. La iniciativa surgió inicialmente como una alternativa para generar ingresos ante las dificultades de compatibilizar las exigencias académicas con un empleo convencional de tiempo completo:

“Este emprendimiento surge primero por la necesidad, porque como joven es un poco complicado conseguir un trabajo a tiempo completo cuando estás estudiando”.

La necesidad económica constituyó, por tanto, uno de los factores que impulsaron el inicio, pero no explica por sí sola la continuidad de la actividad. Anayelis encontró también una forma de aplicar los conocimientos artísticos adquiridos y de desarrollar productos diferentes de los soportes con los que había trabajado previamente.

Esta búsqueda aparece con claridad cuando explica su interés por trasladar el arte hacia productos artesanales vinculados con su entorno:

“Me encanta la cultura. Como coclesana disfruto también de mi trabajo [...]. Decidí aplicar mis conocimientos en el sector artesanal, entrando a una rama diferente, porque generalmente las personas solo pintan cuadros, y yo quería expresar ese arte en tejas decoradas y pintura sobre tela”.

La combinación de técnicas, superficies y materiales constituye uno de los rasgos de la propuesta. Su trayectoria no corresponde a la continuidad directa de un oficio heredado de padres o abuelos, como ocurre en otros casos artesanales de esta investigación. Se basa principalmente en formación artística, experimentación, aprendizaje mediante la práctica y contacto progresivo con el entorno artesanal. Esto muestra que la vinculación cultural con el territorio puede construirse también mediante la reinterpretación de conocimientos adquiridos y no exclusivamente mediante transmisión intergeneracional.

Los primeros desafíos aparecieron precisamente cuando fue necesario transformar las capacidades artísticas en una actividad comercial. Anayelis recuerda que sabía elaborar los productos, pero carecía de experiencia para calcular costos, asignar precios y presentarse frente a potenciales compradores:

“Lo más complicado fue vender, porque no era una persona acostumbrada a eso. Me costaba mucho ponerle un costo a mis productos, saber cuánto material usar o cómo presentarme por primera vez en un mercado”.

La experiencia permite distinguir entre saber producir y saber comercializar. Elaborar una pieza requiere conocimientos técnicos y creatividad; convertirla en un producto comercial exige además calcular materiales, valorar el tiempo de trabajo, establecer precios, presentar la oferta y relacionarse con compradores. Estas últimas capacidades se desarrollaron gradualmente a medida que Anayelis acumuló experiencia.

La fijación de precios continúa siendo una dimensión especialmente relevante en un emprendimiento que combina productos y técnicas diferentes. Los costos no dependen únicamente de los materiales visibles, sino también del tiempo destinado al diseño, la preparación y la elaboración. La información disponible no permite establecer que la iniciativa cuente con un sistema formal de costeo ni reconstruir de manera homogénea sus márgenes por producto. Por ello, los avances comerciales pueden documentarse, pero no resulta posible evaluar de forma independiente su rentabilidad.

La juventud ha influido también en la forma en que Anayelis percibe su entrada al sector artesanal. Según su experiencia, todavía existe una asociación entre artesanía y generaciones de mayor edad:

“La gente piensa que el sector artesanal siempre es para personas mayores, no para jóvenes”.

La afirmación recoge su percepción y no permite concluir que las personas jóvenes sean sistemáticamente excluidas del sector artesanal coclesano. Sí permite identificar una dimensión de credibilidad y reconocimiento: Anayelis considera que su edad y limitada experiencia inicial hicieron necesario demostrar progresivamente la calidad y seriedad de su trabajo.

Esta construcción de legitimidad se produjo también dentro de su entorno próximo. Anayelis recuerda dudas familiares durante las primeras etapas:

“A la familia le cuesta creer en uno cuando inicias un negocio. Dicen que no tienes experiencia, que no sabes nada, pero en el camino uno aprende”.

El testimonio no significa que toda su familia se opusiera al emprendimiento ni permite asumir que esa percepción se haya mantenido sin cambios. Su relevancia reside en mostrar que el reconocimiento de una persona joven como emprendedora puede construirse gradualmente a medida que produce, comercializa y acumula experiencia. A diferencia de otros casos del corpus, la familia no aparece en su relato como la principal fuente de conocimientos técnicos ni como una estructura permanente de apoyo operativo.

El aprendizaje ha estado acompañado por un progresivo perfeccionamiento de los productos y ampliación de contactos. Anayelis señala:

“A medida que ha pasado el tiempo, he aprendido a disfrutar de mi trabajo. He crecido en la elaboración de mis productos y he puesto más empeño en mi creatividad”.

La participación en actividades culturales ha contribuido a este proceso. La emprendedora refiere haber asistido a capacitaciones y participado en espacios como el Festival Nacional del Toro Guapo y el Festival Nacional del Sombrero Pintao, donde ha podido exhibir productos, observar el trabajo de otras personas artesanas y ampliar sus relaciones.

Estas actividades cumplen una función importante de visibilidad y comercialización, pero su carácter periódico impide considerarlas como un mercado permanente. Una invitación a una feria puede generar ventas y nuevos contactos, pero no garantiza por sí misma una demanda estable durante el resto del año. La comercialización de CLavelles's depende principalmente de ventas directas, encargos y participación en este tipo de eventos. La diversidad de productos puede ampliar las oportunidades de venta, aunque implica también adquirir diferentes materiales, organizar pedidos y distribuir el tiempo entre procesos productivos distintos.

Anayelis vincula además parte de la irregularidad comercial con la capacidad de compra de sus clientes y señala que las ventas pueden concentrarse alrededor de determinados momentos de disponibilidad de ingreso. El material disponible contiene una cita sobre esta cuestión que quedó incompleta en la transcripción utilizada en versiones anteriores; por esta razón, no se reproduce literalmente. El contenido sí permite documentar su percepción de que la demanda artesanal presenta variaciones y depende, en parte, del ingreso disponible de la clientela.

La relación con las instituciones presenta experiencias diversas. Anayelis dispone de carné o certificación artesanal del Ministerio de Cultura, reconocimiento que, según su relato, le ha facilitado recibir invitaciones a ferias y actividades culturales. También refiere participación en capacitaciones promovidas por el Ministerio de la Mujer y la Alcaldía de Penonomé, relacionadas con emprendimiento, finanzas y fortalecimiento personal. Estos antecedentes permiten documentar acceso efectivo a determinados recursos institucionales, pero no constituyen evidencia de un acompañamiento empresarial continuo ni permiten atribuir a esas intervenciones los resultados posteriores del emprendimiento.

Su experiencia con Capital Semilla de AMPYME muestra otra dimensión de esa relación:

“Aplicué al proyecto Capital Semilla de AMPYME, pero no salí beneficiaria”.

La postulación evidencia que Anayelis buscó activamente financiamiento externo. La no selección permite documentar una experiencia concreta de acceso sin obtención del re-

curso, pero no informa sobre los criterios de evaluación ni permite valorar el funcionamiento general del programa. Hasta donde permite establecer la información disponible, el emprendimiento se ha sostenido principalmente mediante recursos propios y los ingresos generados por las ventas.

Aunque Anayelis no dispone de un salario formal procedente del emprendimiento, señala que la actividad le permite atender gastos básicos, universitarios y necesidades de reinversión en materiales. La ausencia de registros financieros homogéneos impide determinar la proporción de estos gastos cubierta por el negocio, calcular su rentabilidad o establecer el grado de dependencia económica de la emprendedora respecto de otras fuentes. Por ello, resulta más preciso documentar la función que Anayelis atribuye a estos ingresos que convertirla en evidencia de autonomía económica plena.

La compatibilidad entre emprendimiento y estudios constituye una de las características más claras de su organización cotidiana. Anayelis se ocupa personalmente de la producción, preparación de pedidos, promoción y participación en eventos, lo que limita su posibilidad de asistir a actividades que coincidan con sus responsabilidades académicas:

“Tengo clases y se me dificulta asistir a las ferias porque yo soy la única persona encargada de mi negocio. He aprendido a adaptarme al horario y muchas veces tengo que trabajar de noche para sacar los pedidos”.

La flexibilidad constituye, por tanto, un recurso y una restricción al mismo tiempo. El emprendimiento le permite organizar la actividad alrededor de los horarios universitarios, pero esa adaptación puede trasladar el trabajo hacia las noches y reducir el tiempo disponible para descanso y otras actividades. El caso muestra así que flexibilidad horaria no equivale necesariamente a menor carga de trabajo.

La relación con el territorio se expresa particularmente mediante la dimensión cultural de las piezas y la participación en festivales regionales. Anayelis atribuye al trabajo artesanal una función que trasciende la venta:

“La idea de estas actividades es resaltar la cultura coclesana. Un artesano no solo hace tembleques o polleras, sino que también resalta la cultura de la comunidad”.

Esta valoración permite documentar la intención de comunicar elementos culturales mediante sus productos, pero no implica que cada pieza represente por sí misma al conjunto de la identidad coclesana. El valor cultural se establece a partir de los temas, técnicas y significados que la emprendedora incorpora efectivamente a su trabajo.

La utilización de materiales como escamas de pescado en determinadas piezas introduce además una práctica de reaprovechamiento dentro de una de sus líneas de producción. Sin embargo, la investigación no dispone de información suficiente sobre volúmenes,

procedencia de todos los materiales, residuos generados o otros impactos del proceso productivo. En consecuencia, esta característica puede describirse como una práctica específica, pero no permite calificar globalmente el emprendimiento como ambientalmente sostenible.

Sus expectativas futuras se orientan a consolidar la marca y disponer de un local propio que reúna las distintas líneas del emprendimiento. Anayelis reconoce expresamente que existe distancia entre esa aspiración y las condiciones necesarias para materializarla:

“Siempre he pensado que en algún momento tendré la oportunidad de poner un negocio ya establecido... un local, obviamente. Pero para eso necesito más organización, disciplina y tiempo”.

La apertura de un establecimiento permanente supondría nuevas necesidades de inversión, costos fijos, inventario y demanda suficiente para sostenerlo. Durante el periodo estudiado, constituía una aspiración y no un proyecto ya ejecutado.

Su propia valoración del proceso emprendedor se resume en una expresión orientada a asumir gradualmente la exposición al mercado:

“Lo que no se saca, no se vende [...] vas a tener temores y miedos, pero todo eso es parte del crecimiento. Si uno no se lanza al agua, ¿cuándo lo va a lograr?”.

La cita muestra la importancia que Anayelis atribuye a superar la inseguridad inicial y aprender mediante la experiencia. Sin embargo, la continuidad del negocio no depende únicamente de confianza individual: requiere también capacidad para organizar el tiempo, calcular costos, mantener mercados, financiar materiales y acceder a oportunidades compatibles con sus estudios.

En conjunto, la trayectoria de Anayelis muestra un emprendimiento juvenil construido mediante formación artística, experimentación, aprendizaje comercial y participación progresiva en redes culturales e institucionales. La iniciativa le ha permitido convertir capacidades desarrolladas previamente en una actividad económica compatible, aunque de manera exigente, con sus estudios universitarios. Al mismo tiempo, la irregularidad de las ventas, las dificultades iniciales para fijar precios, la concentración de responsabilidades en una sola persona y la ausencia de financiamiento externo limitan todavía sus posibilidades de consolidación.

El interés del caso reside especialmente en mostrar una forma de renovación de la actividad artesanal que no depende de la herencia directa de un oficio familiar. Anayelis construye su trayectoria mediante la aplicación de conocimientos artísticos a nuevos soportes y productos, incorpora referencias culturales del territorio y desarrolla gradualmente credibilidad como joven artesana. Su experiencia permite observar que la juventud puede par-

ticipar en la continuidad cultural no solo reproduciendo técnicas heredadas, sino también reinterpretando conocimientos y lenguajes artísticos dentro de nuevas trayectorias económicas. Esta contribución, sin embargo, debe comprenderse junto con las condiciones concretas que todavía determinan la continuidad del emprendimiento: tiempo disponible, aprendizaje empresarial, mercados y acceso efectivo a recursos de apoyo.

▣ “Finca El Edén: turismo rural y legado familiar en el corazón de Penonomé”.

Maidy Buitrago, de 26 años al momento de la entrevista, nació en la comunidad de Ventorrillo, distrito de La Pintada, donde participa en la gestión de Finca El Edén, una iniciativa familiar que combina actividades agrícolas, recuperación de prácticas vinculadas con la vida rural y experiencias dirigidas a visitantes. Su trayectoria reúne formación académica, aprendizaje empresarial adquirido mediante la práctica y un patrimonio familiar construido alrededor de la producción agrícola y de los conocimientos de generaciones anteriores.

Figura 6. Emprendimiento Finca El Edén



Nota. Fotografía propia, proyecto Ruralemprende, 2026.

Después de cursar sus estudios secundarios en el Colegio Ángel María Herrera y realizar una estancia académica en Estados Unidos, Maidy regresó a Panamá con interés en las posibilidades que identifica en el turismo para su comunidad. Al momento de la entrevista cursaba estudios de inglés con énfasis en turismo, formación que vincula directamente con el desarrollo futuro de la iniciativa:

“Por el área donde estamos, se maneja siempre lo que es el turismo, y es un potencial muy importante que en algún momento puede ser más explotado”.

La afirmación expresa su valoración sobre las oportunidades del territorio, pero no implica que Ventorrillo disponga actualmente de un flujo turístico constante ni de una oferta plenamente articulada. Precisamente, la trayectoria de Finca El Edén muestra el proceso mediante el cual la familia ha ido convirtiendo recursos, prácticas y espacios previamente vinculados con la vida cotidiana en actividades organizadas para visitantes.

El origen de la finca se relaciona estrechamente con la historia familiar y, particularmente, con la actividad desarrollada por el abuelo de Maily, Holman Sánchez. La participante recuerda que en la propiedad se cultivaban diferentes productos destinados a atender las necesidades familiares:

“Mi abuelo siempre tenía un rancho de finca, trataba de cultivar y tener todos esos insumos que se necesitan para vivir en el campo”.

En su relato, Maily menciona además la producción procedente de otras fincas de la familia. Algunas de estas prácticas agrícolas y los conocimientos asociados con ellas constituyen actualmente parte del contenido que se explica a quienes visitan la iniciativa.

Las actividades ofrecidas incluyen recorridos por espacios agrícolas y naturales, senderismo, observación de plantas y animales de granja, explicación de semillas y cultivos, molienda artesanal de caña, degustación de productos de temporada y demostraciones relacionadas con la preparación de alimentos y prácticas tradicionales. También se han desarrollado actividades educativas sobre siembra de arroz, injertos, acodos y otros conocimientos productivos. Maily sintetiza esta orientación como un intento por “volver a recrear todo lo que en aquel tiempo se utilizaba”, acercando a los visitantes a prácticas y objetos vinculados con la historia rural de su familia.

Esta transformación constituye uno de los elementos centrales de la trayectoria. Las actividades agrícolas de la familia no fueron creadas inicialmente como productos turísticos. El interés de visitantes externos por conocer cultivos, preparación de alimentos, utensilios, paisajes y formas de trabajo permitió reconocer que prácticas consideradas cotidianas dentro del hogar podían adquirir un valor educativo y recreativo para personas que no mantenían contacto habitual con la vida rural. Convertir ese interés en una actividad económica requirió, sin embargo, algo más que disponer de la finca y de conocimientos tradicionales.

Según Maily, la iniciativa comenzó a organizarse como negocio poco antes de la pandemia. Uno de los principales aprendizajes estuvo relacionado con la coordinación de la familia para recibir visitantes:

“Una de las cosas más difíciles fue la organización, porque no es tan fácil decir que vienen unas personas y saber qué tenemos que hacer, qué debemos tener en la mesa o a qué hora levantarse. No somos hijos de empresarios, uno aprende en el camino”.

La experiencia muestra que transformar una finca familiar en un espacio de atención turística requiere desarrollar capacidades adicionales: organizar horarios, preparar alimentos y recorridos, coordinar tareas, recibir grupos y anticipar las necesidades asociadas con cada visita. En el caso de Finca El Edén, buena parte de este aprendizaje se produjo mediante la práctica.

La organización de la iniciativa también implicó modificar la manera en que algunos integrantes de la familia comprendían el valor económico de la hospitalidad. Maily recuerda que inicialmente resultó difícil plantear a sus abuelos que determinadas experiencias debían tener un precio:

“Fue difícil hacerles entender a mis abuelos que esto era un negocio. Ellos son muy serviciales, y al principio costaba decirles que había que cobrar entrada o poner precios”.

La situación refleja una transformación relevante: actividades asociadas tradicionalmente con recibir, compartir alimentos, explicar el trabajo agrícola o acompañar a visitantes comenzaron a incorporar una dimensión comercial. Establecer precios permite reconocer que estas experiencias requieren alimentos, tiempo de trabajo, preparación y mantenimiento, aunque la información disponible no permite determinar si la finca dispone de un sistema formal de cálculo de costos ni cómo se distribuyen los ingresos entre quienes participan en la actividad.

La familia constituye, de hecho, uno de los principales recursos de Finca El Edén. El valor de la experiencia depende no solamente de la infraestructura física, sino de los conocimientos acumulados por generaciones anteriores, de la participación de diferentes integrantes en la preparación de las visitas y de la disponibilidad de activos familiares. La iniciativa muestra con especial claridad que el conocimiento relevante para un emprendimiento puede encontrarse distribuido entre distintas generaciones: Maily aporta formación, organización y una lectura turística de los recursos disponibles, mientras que sus abuelos y otros familiares conservan conocimientos relacionados con agricultura, alimentos y formas de vida rural.

Esta complementariedad no significa que la transición hacia una actividad comercial se produzca sin tensiones. La diferencia generacional respecto del cobro por determinadas actividades muestra que los recursos culturales y familiares no se transforman automáticamente en un producto de mercado. Su incorporación al emprendimiento requiere negociación y acuerdos sobre qué se ofrece, cómo se organiza y qué valor económico se asigna al tiempo y al conocimiento compartido.

La finca posee aproximadamente una hectárea, de acuerdo con la información proporcionada en la entrevista. Sin embargo, la experiencia ofrecida no se restringe exclusivamente a los recursos disponibles dentro de esa superficie. La familia mantiene relaciones con

cabañas, miradores y otras iniciativas próximas y procura construir itinerarios que permitan combinar diferentes actividades dentro de la comunidad.

Maidy describe esta articulación de la siguiente manera:

“Todavía no tenemos dónde se puedan quedar las personas, pero trabajamos con las cabañas del área. Hacemos itinerarios: vienen, se quedan dos horas, almuerzan aquí, luego van al mirador [...] y así todos tenemos un potencial de negocio”.

Esta coordinación permite ampliar las actividades disponibles para los visitantes sin que Finca El Edén tenga que proporcionar directamente todos los servicios. La iniciativa puede concentrarse en experiencias agrícolas, recorridos y alimentación, mientras otros actores ofrecen alojamiento u otras actividades. No obstante, la evidencia documenta relaciones de colaboración, no una red turística formalmente constituida. Para hablar de un encadenamiento consolidado sería necesario conocer la regularidad de estos acuerdos, el flujo de visitantes compartidos y sus resultados económicos para los distintos participantes.

La demanda ha incluido, según Maidy, visitantes nacionales y extranjeros, además de grupos escolares. La participante señala también que la finca fue evaluada para recibir posteriormente grupos internacionales:

“Ya tenemos fechas, todo está aprobado. Esa es una puerta que se nos abre para vernos como una empresa más grande y estructurada”.

La afirmación refleja una expectativa concreta vinculada con visitas futuras. En ausencia de registros posteriores sobre la realización efectiva de esas actividades, resulta metodológicamente más adecuado documentarla como un avance previsto durante el momento de la entrevista y no como un flujo comercial ya consolidado. Tampoco se dispone de información homogénea sobre tarifas, número anual de visitantes, costos operativos o proporción de los ingresos familiares procedente del turismo.

La trayectoria incluye además experiencias de apoyo institucional. Según el relato de Maidy, la familia recibió aproximadamente una década antes un aporte de Capital Semilla de AMPYME que fue destinado al cercado de la propiedad. Dado que no se dispone en el corpus de documentación independiente sobre el año, monto, modalidad o persona beneficiaria, este antecedente debe presentarse como información proporcionada por la participante y no como una transferencia verificada documentalmente.

La familia ha participado asimismo en actividades de formación que Maidy vincula con turismo y gestión ambiental y menciona relaciones con organizaciones e instituciones como la Cámara de Turismo y el Ministerio de Ambiente. Estas experiencias muestran acceso a determinados espacios de formación, pero no permiten caracterizar la relación institucional como un acompañamiento técnico permanente. Una parte importante de las decisiones

sobre atención al visitante, organización, fijación de precios e itinerarios ha sido resuelta mediante aprendizaje propio y experiencia acumulada.

La formalización de la actividad turística aparece como un proceso todavía incompleto. Maily relata que la familia ha realizado gestiones ante distintas instituciones:

“Hemos mandado solicitudes al MIDA, hemos tenido visitas de MiAmbiente, pero todavía no hemos logrado el permiso de turismo rural basado en el agro”.

La expresión “permiso de turismo rural basado en el agro” corresponde a la forma utilizada por la participante para describir el trámite. La información disponible no permite establecer que exista una única autorización con esa denominación ni atribuir a una institución concreta la responsabilidad sobre el conjunto del procedimiento. Lo que sí puede documentarse es que, desde la experiencia de la familia, el proceso ha requerido interacción con diferentes entidades y continúa sin completarse.

El territorio cumple una doble función en esta trayectoria. Constituye el contenido principal de la experiencia —paisaje, producción agrícola, conocimientos familiares, alimentos y prácticas rurales— y, al mismo tiempo, introduce restricciones para llegar a los mercados. Maily identifica la distancia respecto de centros urbanos, las condiciones de las vías y la menor visibilidad de comunidades situadas fuera de los destinos turísticos más conocidos como obstáculos para ampliar el alcance de la iniciativa.

Su percepción se resume en la siguiente expresión:

“Nos dijeron que acá había mucho potencial, pero no se explotaba porque ya había lugares marcados a donde sí o sí tenías que ir, y lo demás era como pasar la vista”.

El testimonio no permite cuantificar la concentración de visitantes en determinados destinos de Coclé. Sí documenta la percepción de una emprendedora situada fuera de los circuitos turísticos más visibles y permite comprender por qué la promoción, el acceso y la articulación territorial adquieren tanta importancia para la iniciativa.

La dimensión juvenil aparece especialmente en el papel que Maily desempeña dentro de la reinterpretación del patrimonio familiar. Su formación, su experiencia fuera de la comunidad y sus estudios vinculados con turismo le permiten identificar usos posibles para prácticas y espacios que las generaciones anteriores habían desarrollado con finalidades principalmente productivas y familiares. Su aportación no consiste en sustituir esos conocimientos, sino en relacionarlos con organización de visitas, comunicación, itinerarios y posibilidades de mercado.

Maily identifica precisamente la falta de información como una de las dificultades que pueden enfrentar otras personas jóvenes:

“Pienso que la falta de conocimiento es lo que impide que más jóvenes emprendan. A veces uno quisiera, pero tiene cero información de cómo empezar o cómo llegar hasta allá”.

Se trata de su valoración personal y no de una medición sobre las barreras que enfrentan todos los jóvenes rurales de la provincia. Para su propia trayectoria, sin embargo, la búsqueda de formación y de contactos institucionales aparece como una estrategia importante para ampliar capacidades que no estaban presentes originalmente en la familia.

La proyección futura incorpora mejoras en infraestructura, promoción y tecnología. Maily expresa la intención de ampliar las experiencias ofrecidas y fortalecer la visibilidad de la finca:

“Queremos crecer en todos los ámbitos [...] también implementar mejoras en publicidad, infraestructura y tecnología, porque hay que actualizarse”.

También se ha considerado la construcción de cabañas y la ampliación de recorridos hacia otros terrenos familiares. Durante el periodo estudiado, estas iniciativas se encontraban en planificación o desarrollo y, por tanto, no deben contabilizarse como servicios turísticos plenamente operativos. Su materialización implicaría además mayores necesidades de inversión, mantenimiento, permisos y capacidad de gestión.

La dimensión ambiental debe interpretarse con la misma cautela. La actividad utiliza paisaje, cultivos, senderos, plantas y conocimientos relacionados con el entorno como parte de la experiencia ofrecida, y Maily atribuye importancia a prácticas de cuidado de la naturaleza. Sin embargo, la investigación no dispone de mediciones sobre consumo de agua, manejo de residuos, capacidad de carga, impactos de los recorridos, prácticas agrícolas o efectos de futuras construcciones. En consecuencia, Finca El Edén puede caracterizarse como una iniciativa de turismo rural vinculada con recursos agrícolas y naturales, pero no calificarse globalmente como ambientalmente sostenible a partir de la evidencia disponible.

La dimensión cultural presenta un respaldo más directo. La propuesta recupera relatos, utensilios, alimentos y prácticas vinculadas con la historia productiva familiar y los incorpora a una experiencia dirigida a visitantes. El valor cultural documentado reside en esa transmisión y reinterpretación de conocimientos entre generaciones, aunque su incorporación al turismo exige mantener una conexión real con las prácticas familiares y evitar reducirlas a una representación simplificada de la vida rural.

Maily resume su orientación hacia el futuro mediante un mensaje dirigido a otras personas jóvenes:

“Buscar la oportunidad. A veces uno se queda rezagado esperando que algo llegue, pero sin buscarlo no pasa. Hay que persistir para obtener lo que sueñas”.

En su trayectoria, esa iniciativa personal ha sido relevante para identificar formación, establecer contactos y reorganizar recursos familiares. No obstante, el desarrollo de la finca muestra también que la perseverancia individual no es suficiente: la continuidad de una actividad turística depende de accesibilidad, infraestructura, demanda, procedimientos institucionales comprensibles y capacidad de coordinación entre diferentes actores.

En conjunto, Finca El Edén muestra el proceso mediante el cual recursos originalmente vinculados con la producción y la vida familiar pueden adquirir nuevas funciones económicas, educativas y culturales mediante el turismo rural. La iniciativa se sostiene sobre un patrimonio intergeneracional de conocimientos, espacios y prácticas, al que Maily incorpora formación, organización y una lectura orientada a visitantes y mercados. La experiencia evidencia también que transformar recursos territoriales en una oferta turística requiere construir capacidades que no estaban necesariamente presentes en la actividad agrícola familiar: fijar precios, organizar grupos, coordinar servicios, promocionar la iniciativa y relacionarse con instituciones.

El interés del caso reside especialmente en esa articulación entre legado familiar y construcción de nuevas oportunidades. Finca El Edén no parte de un recurso turístico creado desde cero, sino de una trayectoria productiva familiar que se reinterpreta para responder a una demanda diferente. Al mismo tiempo, sus posibilidades de continuidad dependen de factores que trascienden a la familia: visibilidad, accesibilidad, flujo efectivo de visitantes, coordinación territorial e instituciones capaces de acompañar procesos que combinan agricultura y turismo. De este modo, el caso permite observar tanto las posibilidades como los límites de convertir el patrimonio cotidiano de una familia rural en una actividad económica más diversificada.

■ **Café, naranja y liderazgo joven: la apuesta de Anayda Lorenzo por un turismo rural sostenible en Santa Marta**

Anayda Lorenzo, de 24 años al momento de la entrevista, reside en la comunidad de Santa Marta, donde desarrolla junto con su esposo una iniciativa agrícola basada principalmente en el cultivo de café y naranjas injertadas. Durante el trabajo de campo, la finca se encontraba todavía en una fase de establecimiento: existían cultivos, trabajo e inversiones efectivamente realizadas, pero la actividad agroturística que la pareja proyecta incorporar aún no funcionaba como un servicio regular para visitantes. Esta distinción resulta central para comprender el caso y para separar los avances ya materializados de las expectativas futuras.

“Actualmente, individualmente con mi esposo, estamos iniciando lo que es la finca agroturística, para que, al momento de tenerla lista, podamos presentarla a los visitantes y que conozcan el proceso del café y de la naranja”.

Figura 7. Finca destinada al cultivo de café y naranja



Nota. Fotografía propia, proyecto Ruralemprende, 2026.

El origen de la iniciativa se relaciona con la historia productiva que Anayda atribuye a Santa Marta. En su relato, el café y la naranja tuvieron anteriormente una presencia importante dentro de la economía local:

“Anteriormente éramos un área de producción de café y de naranja [...]. Ese era el rubro que más se producía en esta área”.

La decisión de recuperar estos cultivos no responde, por tanto, únicamente a la identificación de una posible oportunidad comercial. Anayda la vincula también con una actividad que reconoce como parte de la trayectoria agrícola de la comunidad. Esta dimensión territorial constituye uno de los fundamentos de la iniciativa: la finca se proyecta a partir de recursos y prácticas agrícolas existentes en el lugar y de la posibilidad futura de convertir los procesos de producción en parte de una experiencia para visitantes.

La participante relaciona la disminución de determinados cultivos en la comunidad con procesos como la deforestación, el uso de agroquímicos y la pérdida de continuidad generacional. Estas afirmaciones representan su interpretación de las transformaciones experimentadas en Santa Marta y no una evaluación histórica o ambiental independiente realizada por la investigación. Su importancia para el caso reside en que ayudan a comprender por qué Anayda interpreta el establecimiento de la finca como una forma de recuperar actividades productivas que considera vinculadas con la identidad local.

El proyecto combina desde sus primeras etapas una dimensión productiva con una proyección turística todavía futura. La intención de la pareja es que las personas visitantes puedan conocer las diferentes fases del café y de la naranja, observar los cultivos y participar eventualmente en determinadas actividades. Anayda describe una experiencia en la que el proceso productivo pueda convertirse en contenido educativo y turístico:

“Queremos que los visitantes puedan experimentar el proceso de cosechar, lavar, despulpar, secar, hasta tener el café en polvo, y también preparar jugo o dulce con la naranja injertada”.

Durante el periodo estudiado, estas actividades constituían una proyección. No existían todavía evidencias suficientes para presentarlas como una oferta turística plenamente operativa, con flujo regular de visitantes, estructura de precios, infraestructura consolidada o ingresos procedentes del agroturismo. El valor del caso se encuentra precisamente en documentar una etapa anterior: el proceso mediante el cual una actividad agrícola comienza a ser pensada y preparada para una posible diversificación hacia el turismo.

El aprendizaje ha desempeñado un papel importante en esta construcción. Anayda cuenta con formación relacionada con su participación como guía local y con primeros auxilios, capacidades que pueden resultar pertinentes para la atención futura de visitantes. Sin embargo, el establecimiento de los cultivos ha requerido también conocimientos agrícolas que la pareja ha debido buscar y desarrollar progresivamente. La trayectoria combina así capacitación recibida en algunos ámbitos con aprendizaje práctico y búsqueda autónoma de información en otros.

Esta combinación permite observar que la futura actividad agroturística requerirá capacidades diferentes de las necesarias para cultivar. Producción agrícola, atención a visitantes, interpretación del territorio, seguridad, comercialización y gestión de la experiencia no constituyen competencias intercambiables. En el momento estudiado, Anayda disponía de algunos recursos de formación vinculados con turismo comunitario, mientras que otras necesidades técnicas y empresariales permanecían todavía abiertas.

La economía familiar constituye otro componente central. El establecimiento de la finca se financia gradualmente y, de acuerdo con la información disponible, una parte de los recursos procede del ingreso asalariado del esposo. La iniciativa todavía no genera retornos suficientemente regulares como para sostener por sí misma el proceso de inversión. Este apoyo permite adquirir insumos y continuar desarrollando los cultivos sin recurrir inmediatamente al crédito, pero también evidencia que, durante esta etapa, la finca depende parcialmente de ingresos externos a la propia actividad.

Esta situación no debe interpretarse como una anomalía ni como evidencia de fracaso. En las primeras etapas de un emprendimiento agrícola, existe necesariamente un intervalo entre inversión, desarrollo de los cultivos y generación de ingresos. En el caso de Anayda,

la estrategia consiste en avanzar de manera gradual con los recursos disponibles, evitando asumir una escala de inversión que la economía familiar no podría sostener. Al mismo tiempo, esa gradualidad prolonga el periodo necesario para desarrollar plenamente la propuesta imaginada.

La participación del esposo no se limita al aporte financiero. La iniciativa es presentada por Anayda como un proyecto que ambos desarrollan conjuntamente. No obstante, la información disponible no permite reconstruir con precisión la distribución de todas las tareas, la propiedad formal de los activos, la administración de los recursos o la capacidad diferenciada de decisión dentro de la pareja. Por esta razón, el caso permite documentar una iniciativa desarrollada en pareja, pero no realizar inferencias más amplias sobre autonomía económica o relaciones de género que no estén sustentadas por evidencia específica.

Anayda mantiene además una participación activa en espacios de organización comunitaria y cuenta con experiencia como guía. Esta vinculación le permite imaginar la futura finca no como un atractivo aislado, sino como parte de una oferta territorial más amplia en la que podrían articularse naturaleza, producción agrícola, gastronomía y otros recursos de Santa Marta. Su participación comunitaria constituye así una red que puede facilitar conocimiento del territorio y contacto con otros actores, aunque durante el periodo analizado todavía no existía evidencia suficiente para hablar de un circuito turístico consolidado.

Esta proyección incluye también a su familia extensa. Entre sus planes se encuentra la posibilidad de desarrollar posteriormente un restaurante familiar, apoyándose en conocimientos culinarios de su madre y relacionándolo con las futuras visitas a la finca. Nuevamente, se trata de una expectativa y no de una segunda unidad empresarial actualmente operativa. Su relevancia radica en mostrar la lógica de diversificación que Anayda imagina: producción agrícola, transformación de productos, experiencia turística y gastronomía como componentes potencialmente complementarios.

La relación con las instituciones presenta una configuración parcial. Anayda ha accedido a determinadas capacitaciones, pero identifica carencias de información sobre las instituciones a las que podría acudir para avanzar en otros componentes del proyecto:

“Sería bueno que las instituciones se dieran a conocer y explicaran qué pueden ofrecer [...] porque a veces uno quiere hacer algo y no sabe a dónde ir”.

El testimonio no describe una ausencia absoluta de apoyo institucional. Por el contrario, la formación recibida demuestra que han existido contactos y oportunidades. Lo que señala es una dificultad para articular esas experiencias con las necesidades específicas de una iniciativa que combina agricultura, emprendimiento y futura actividad turística. Desde su perspectiva, el problema se relaciona también con saber qué institución puede responder a cada necesidad y cómo acceder a ella.

Esta situación resulta particularmente relevante durante una fase de establecimiento. Las necesidades del proyecto no se limitan a financiamiento. Incluyen conocimientos agrícolas, orientación empresarial, eventual adecuación para visitantes, promoción y comprensión de los procedimientos que puedan resultar necesarios para operar una actividad turística. La existencia de capacitaciones aisladas no garantiza que estas necesidades se encuentren articuladas dentro de una ruta única de acompañamiento.

La juventud aparece en el caso menos como un atributo explicativo que como una etapa específica de construcción de capacidades y proyecto de vida. Anayda está desarrollando una iniciativa que todavía requiere inversiones, aprendizaje y consolidación de los cultivos. Su trayectoria muestra la posibilidad de combinar recursos familiares, formación y participación comunitaria para construir una actividad vinculada con el territorio, pero no permite asumir que su edad implique automáticamente mayor innovación, capacidad tecnológica o predisposición empresarial.

En su relato aparecen también percepciones sobre las dificultades sociales que pueden acompañar el inicio de una iniciativa. Anayda señala que el entorno próximo no siempre interpreta positivamente los primeros esfuerzos:

“Quizás la gente, incluso en la misma familia, ve como que no vas a hacerlo, que estás perdiendo el tiempo en lo que haces [...] lo principal que falta es apoyo”.

Esta apreciación corresponde a su experiencia y no permite generalizar una falta de apoyo familiar entre la juventud rural. Sí muestra que, para Anayda, la construcción de confianza y legitimidad forma parte del proceso de comenzar una actividad cuyos resultados todavía no son visibles.

Su respuesta ante esa incertidumbre enfatiza el aprendizaje a través de la acción:

“Hay que decidirse a dar el paso de iniciar. Ya cuando tú inicias, te das cuenta cuál es el proceso que tienes que seguir. ¿Va a ser difícil? Sí, pero uno le agarra el amor a lo que estás haciendo”.

La experiencia efectivamente muestra un proceso de aprendizaje progresivo. Sin embargo, la motivación y la persistencia no sustituyen conocimientos técnicos, recursos financieros o acompañamiento especializado. Algunas decisiones agrícolas y las futuras actividades con visitantes pueden requerir orientación previa precisamente para reducir pérdidas, costos o riesgos que no siempre pueden descubrirse únicamente mediante ensayo y error.

La dimensión ambiental exige especial cautela. Anayda expresa el propósito de desarrollar una finca “orgánica” y “sostenible” y relaciona su proyecto con una forma diferente de

recuperar la producción agrícola local. Estas expresiones reflejan la orientación y aspiración de la participante, pero la investigación no realizó mediciones sobre manejo de suelo, fertilización, uso de productos fitosanitarios, consumo de agua, biodiversidad, residuos o capacidad de carga turística. En consecuencia, no resulta posible afirmar que la iniciativa sea actualmente ambientalmente sostenible ni utilizar esa característica como un resultado del caso.

Esta precisión explica también el cambio respecto del título anterior del caso. Hablar de una “apuesta por un turismo rural sostenible” habría convertido en atributo demostrado aquello que todavía constituye un objetivo. La evidencia permite documentar una iniciativa agrícola en establecimiento con una futura proyección agroturística y con una intención explícita de desarrollar determinadas prácticas ambientales, pero la verificación de esas condiciones requerirá información adicional.

A mediano plazo, Anayda proyecta consolidar una finca en la que se articulen producción, procesamiento, degustación y actividades educativas. Resume esta expectativa señalando:

“Tratar de que lo que estamos haciendo sea sostenible [...], mantener la finca y seguir capacitándonos para ofrecer lo mejor al visitante”.

La formulación resulta especialmente útil porque diferencia implícitamente el estado actual del resultado deseado: “tratar de que” la iniciativa sea sostenible expresa una aspiración y un proceso, no una condición ya alcanzada.

En conjunto, el caso de Anayda documenta una trayectoria emprendedora juvenil en fase de establecimiento en la que se combinan recuperación de actividades agrícolas, recursos familiares, aprendizaje, participación comunitaria y una posible diversificación futura hacia el agroturismo. La finca cuenta con acciones productivas efectivamente iniciadas, mientras que la experiencia turística, la transformación de productos y el restaurante familiar permanecen todavía en el horizonte de desarrollo.

Su interés analítico reside precisamente en permitir observar cómo se construye una iniciativa antes de su consolidación. El caso muestra que una oportunidad territorial no aparece terminada: requiere convertir cultivos, conocimientos, redes y aspiraciones en capacidades productivas y comerciales concretas. También evidencia la importancia de distinguir entre lo existente y lo proyectado. Esta separación permite reconocer la iniciativa y el esfuerzo ya realizado por Anayda y su esposo sin atribuirles anticipadamente resultados económicos, turísticos o ambientales que todavía se encuentran en proceso de construcción.

■ Entre colmenas y autonomía: el emprendimiento apícola de Paola en Olá.

Paola, de 36 años al momento de la entrevista, es ingeniera industrial y cuenta con una maestría en Gerencia de Proyectos. Inició su emprendimiento apícola en 2020, durante la pandemia, buscando construir una actividad económica compatible con la crianza de su hija y con una mayor capacidad para organizar su tiempo. Los apiarios se localizan en Olá, en una finca adquirida por su madre, mientras que la extracción, el envasado y la preparación de productos derivados se realizan en una planta situada junto a su vivienda en Penonomé. Esta distribución configura una actividad territorialmente dividida entre producción primaria y procesamiento.

Figura 8. Paola durante las actividades de su emprendimiento apícola



Nota. Fotografía propia, proyecto Ruralemprende, 2026.

La iniciativa comenzó con cincuenta colmenas, cuya adquisición fue posible mediante financiamiento privado respaldado por su madre. El apoyo familiar resultó, por tanto, relevante desde el inicio: permitió acceder tanto al terreno como a los recursos financieros necesarios durante una etapa en la que la actividad todavía no generaba ingresos suficientes. La trayectoria muestra desde sus primeras fases que la creación del emprendimiento no dependió exclusivamente de recursos individuales, sino de una combinación de activos y relaciones familiares.

Aunque su formación universitaria y profesional le proporcionaba capacidades de gestión, la apicultura constituía para Paola un campo nuevo. Ella misma se define como una “estudiante de la apicultura”, expresión que resume la importancia que atribuye al aprendizaje continuo. Las primeras etapas estuvieron acompañadas de errores y pérdidas: las cincuenta colmenas iniciales llegaron a reducirse aproximadamente a treinta y cinco, situación que la participante relaciona con su falta de experiencia en el manejo de las colonias. Según su estimación, una colmena puede representar una inversión de entre B/.180 y B/.300, dependiendo de sus características. Estas cantidades corresponden a su experiencia y no deben interpretarse como precios representativos del sector apícola panameño.

Parte de ese aprendizaje consistió en desarrollar lo que Paola denomina la capacidad de “leer la colmena”. La expresión hace referencia a observar el comportamiento de las abejas e interpretar señales relacionadas con su alimentación, la presencia de la reina, el estado de la colonia y las condiciones del entorno. El conocimiento necesario para mantener el apiario se construyó así mediante una combinación de capacitación, práctica directa, observación y contacto con otras personas vinculadas con la actividad.

El trabajo de campo presenta exigencias particulares. Paola trabaja con *Apis mellifera* africanizada, por lo que el manejo requiere equipos de protección, exposición al calor, inspección de las colonias, mantenimiento de las cajas y atención a las condiciones de alimentación y salud de las abejas. La propia participante reconoce que algunas labores implican un esfuerzo físico considerable. La experiencia adquirida no elimina estas exigencias, pero permite distribuir las tareas de acuerdo con las capacidades y responsabilidades de quienes participan en el emprendimiento.

Aunque la iniciativa pertenece formalmente a Paola, su funcionamiento presenta una organización familiar del trabajo. Su esposo asume buena parte de las labores de campo y mantenimiento de las colmenas; Paola concentra sus responsabilidades en la gestión administrativa y comercial, el envasado, la elaboración de velas y la preparación de productos para la venta; y su madre participa en actividades vinculadas con la finca y cultivos complementarios. En determinados momentos también se contrata a una familia para apoyar labores productivas. La información disponible no permite cuantificar el tiempo aportado por cada persona ni reconstruir de manera completa las formas de remuneración o distribución de todas las decisiones e ingresos.

Esta distribución resulta especialmente relevante para el análisis de género. Paola reconoce que algunas tareas de campo pueden presentar dificultades vinculadas con la fuerza física, pero no considera que ser mujer haya dificultado específicamente su acceso al financiamiento. Esta precisión evita convertir el género en una explicación automática de cualquier restricción experimentada por el emprendimiento. En su caso, las relaciones de género aparecen con mayor claridad en la organización del trabajo, las responsabilidades familiares y la búsqueda de una actividad que le permitiera compatibilizar generación de ingresos y maternidad.

Antes de iniciar el emprendimiento, Paola trabajaba en el sector de la construcción, etapa que recuerda como profesionalmente exigente y asociada con un alto nivel de estrés. El cambio hacia la apicultura le ha proporcionado, según su propia valoración, mayor capacidad para organizar el tiempo, participar en capacitaciones y acompañar la crianza de su hija. La posibilidad de trabajar con mayor flexibilidad fue, de hecho, una de las motivaciones centrales para emprender.

No obstante, mayor control sobre el tiempo y generación de ingresos no equivalen todavía a autonomía económica plena. Durante el periodo estudiado, Paola señalaba que aún no vivía exclusivamente de la apicultura, aunque la actividad contribuía a las finanzas familiares. Su expectativa era que, en los siguientes años, el negocio alcanzara una escala suficiente para sostenerse como microempresa y permitirle obtener un salario de manera regular.

La organización territorial del emprendimiento responde también a las características del proceso productivo. Los apiarios se encuentran en Olá y la planta de extracción se localiza en Penonomé. Según Paola, la actividad productiva se concentra particularmente durante la temporada de floración, entre diciembre y abril. La participante estima una producción aproximada de diez litros de miel por colmena al año, aunque reconoce que el rendimiento depende de múltiples condiciones. Esta cifra se presenta exclusivamente como información autorreportada y no como un parámetro técnico general de productividad apícola.

Entre esas condiciones, el clima constituye actualmente uno de los principales riesgos identificados por la emprendedora. Las lluvias prolongadas y los periodos de calor intenso pueden modificar la floración, reducir el desplazamiento de las abejas y alterar el comportamiento de las colonias. Según su estimación, durante 2024 la producción disminuyó entre un 30 % y un 40 % respecto del año anterior. Al no disponerse de registros productivos independientes que permitan verificar esa variación, el porcentaje debe entenderse como una estimación de Paola sobre la incidencia que atribuye a las condiciones climáticas.

La exposición a estos factores muestra que el resultado económico de la actividad no depende exclusivamente de la gestión empresarial. Incluso con mantenimiento adecuado, la producción de miel se encuentra vinculada con procesos ecológicos y climáticos que la persona emprendedora no controla. En este contexto, la diversificación de productos constituye una de las estrategias desarrolladas para ampliar las posibilidades comerciales y aprovechar distintos recursos generados por el apiario.

La oferta ha evolucionado desde la miel natural hacia productos como miel con picante, cera de abejas, velas y cajas de regalo, además de presentaciones personalizadas para celebraciones y eventos. La utilización de la cera en nuevos productos permite aprovechar un recurso derivado de la actividad apícola y, al mismo tiempo, dirigirse a segmentos de consumidores distintos de quienes adquieren miel para consumo alimentario. Paola también ha establecido colaboraciones con otras personas emprendedoras para incorporar su miel a productos elaborados por terceros.

La diversificación se complementa con diferentes canales de comercialización. La participante utiliza redes sociales y WhatsApp para mostrar sus productos, mantener contacto con clientes y gestionar pedidos. También realiza entregas a domicilio y refiere haber colocado productos en algunos hoteles. Para determinadas líneas dispone además de un catálogo digital. Estas herramientas amplían sus posibilidades de comunicación comercial, aunque la información disponible no permite determinar qué proporción de las ventas procede de cada canal ni medir su contribución específica a los ingresos.

Las ferias constituyen otro espacio importante de comercialización y visibilidad. Paola participa en actividades organizadas o apoyadas por instituciones como MIDA y MICI, en las que, según su experiencia, puede disponer de espacios de exposición sin asumir determinados costos. También adapta la presentación de los productos al tipo de público que espera encontrar en cada evento. Las ferias proporcionan oportunidades de venta y contacto con nuevos compradores, pero su carácter periódico impide considerarlas automáticamente como canales comerciales estables.

La relación institucional ha sido más intensa que en varios de los casos anteriores. Paola señala que en 2021 recibió capacitaciones del MICI en materia agroindustrial, experiencia que asocia con avances en la formalización de la actividad, entre ellos la obtención de registro sanitario y registro de marca. También forma parte de una asociación de apicultores, mediante la cual accede a capacitación, participa en ferias y mantiene contacto con otras personas productoras. Estas experiencias muestran un acceso efectivo a determinados componentes del ecosistema de apoyo, aunque no permiten atribuir automáticamente a las instituciones los resultados posteriores del negocio.

La participación asociativa aporta además un espacio de aprendizaje técnico y construcción de redes. Paola señala que el sector continúa teniendo una importante presencia masculina, aunque observa una incorporación progresiva de mujeres. Su propia experiencia no se presenta como evidencia de que todas las apicultoras enfrenten las mismas condiciones; muestra, más bien, una trayectoria en la que pertenecer a una organización sectorial facilita intercambio de conocimientos, participación en actividades y vínculos con otros actores del sector.

En el momento de la entrevista, Paola cursaba además un diplomado relacionado con producción más limpia, financiamiento verde y eficiencia energética. Esta formación evidencia una búsqueda continua de conocimientos y herramientas para mejorar la actividad. Sin embargo, el hecho de cursar una capacitación no demuestra que las prácticas estudiadas hayan sido posteriormente implementadas ni permite calificar el emprendimiento como ambientalmente sostenible. Esa valoración requeriría evidencia sobre las prácticas efectivamente adoptadas y sus resultados.

La dimensión ambiental del caso debe manejarse con especial precisión. La apicultura depende directamente de floración, disponibilidad de alimento, clima y condiciones ecoló-

gicas del territorio. Esta relación hace visible la dependencia del emprendimiento respecto de los ecosistemas, pero no convierte automáticamente la producción apícola en una actividad ambientalmente sostenible. La investigación no realizó mediciones sobre biodiversidad, carga de apiarios, fuentes de alimentación, tratamientos sanitarios, manejo de residuos o efectos de la actividad sobre las poblaciones de polinizadores.

La relación con el entorno social también requiere gestión. Paola recuerda una situación en la que una vecina manifestó preocupación por la presencia de abejas. Según la participante, los enjambres observados no procedían necesariamente de sus apiarios, sino que podían responder a procesos naturales de división de colonias. El episodio muestra la importancia de la información y la comunicación con las comunidades próximas a los apiarios, aunque la explicación técnica no sustituye las medidas necesarias para gestionar adecuadamente los riesgos vinculados con la localización y el manejo de las colmenas.

La movilidad constituye igualmente una condición relevante para la comercialización. Desde la experiencia de Paola, trasladar productos hacia ferias, hoteles o clientes requiere medios de transporte y disponibilidad de tiempo. Esta cuestión adquiere para ella una dimensión particular cuando se combina con responsabilidades de cuidado. La participante considera que muchas mujeres deben organizar simultáneamente negocio, hogar e hijos, lo que puede restringir su capacidad para desplazarse o participar en actividades comerciales. Esta apreciación constituye su interpretación sobre las condiciones de las mujeres emprendedoras y no debe generalizarse automáticamente al conjunto de mujeres rurales de Coclé.

Sus aspiraciones para los próximos tres a cinco años se orientan hacia la consolidación del negocio. Paola espera que la actividad alcance capacidad suficiente para pagarle un salario, sostenerse como una microempresa estable y permitirle ampliar su participación en redes y asociaciones. Estas metas permiten identificar la dirección que desea imprimir al emprendimiento, pero permanecen como expectativas hasta que exista evidencia de su materialización.

En conjunto, el caso de Paola muestra una trayectoria en la que se articulan aprendizaje técnico, recursos familiares, división del trabajo, formalización, participación asociativa y diversificación comercial. A diferencia de iniciativas cuya principal limitación reside en acceder por primera vez a instituciones o mercados, este emprendimiento ya ha desarrollado relaciones con organizaciones sectoriales, capacitaciones, ferias, canales digitales y determinados compradores externos. Sin embargo, esos avances conviven con dependencia del trabajo familiar, ingresos todavía insuficientes para sostener exclusivamente a la emprendedora y una elevada exposición a condiciones climáticas que afectan directamente la producción.

El interés del caso reside especialmente en mostrar que profesionalización y consolidación no son equivalentes. Paola dispone de formación universitaria, infraestructura de

procesamiento, registros, redes institucionales y una oferta progresivamente diversificada, pero continúa construyendo la estabilidad económica de la iniciativa. Del mismo modo, la mayor flexibilidad y capacidad de decisión que atribuye al emprendimiento representan avances relevantes en su trayectoria sin justificar una conclusión automática de autonomía económica plena. Su experiencia permite observar, en suma, cómo una actividad rural puede avanzar hacia mayores niveles de organización y diversificación mediante aprendizaje e integración de recursos familiares e institucionales, manteniendo al mismo tiempo vulnerabilidades productivas, económicas y ambientales que condicionan su continuidad.

■ El campo también tiene oportunidades para los jóvenes: Jardín de la Sonrisa

Fredy Hernández, de 20 años al momento de la entrevista, desarrolla Jardín de la Sonrisa en el sector de El Harino, comunidad de Los Cerritos, corregimiento de Caballero, provincia de Coclé. La iniciativa, iniciada aproximadamente dos años antes del trabajo de campo, se dedica a la producción agrícola de cultivos que Fredy relaciona con la demanda de consumidores y establecimientos vinculados con cocinas asiáticas. Entre los productos mencionados se encuentran el chile cayena, la momórdica y otras cucurbitáceas.

Figura 9. Jardín de la Sonrisa



Nota. Fotografía propia, proyecto Ruralemprende (2026).

Fredy culminó un bachillerato industrial con orientación en electricidad y, después de finalizar la educación secundaria, decidió iniciar una actividad agrícola en lugar de trasladarse a la ciudad en busca de empleo. En su relato, esta decisión aparece asociada tanto con la existencia de antecedentes familiares en la agricultura como con una valoración personal de las posibilidades económicas del medio rural:

“Cuando salí de la escuela, no tenía la idea de irme a la ciudad a buscar trabajo, porque siento que en el campo también hay oportunidades que hay que aprovechar”.

La permanencia en la comunidad constituye, por tanto, una decisión vinculada con la posibilidad de construir una actividad propia a partir de recursos y conocimientos disponibles en su entorno. No debe interpretarse, sin embargo, como evidencia de que permanecer en el medio rural constituya necesariamente la opción preferible para otras personas jóvenes ni de que el territorio proporcione por sí solo condiciones suficientes para emprender. El propio desarrollo posterior de Jardín de la Sonrisa muestra dificultades relacionadas con conocimientos técnicos, asesoramiento, condiciones productivas y conexión con los mercados.

El aprendizaje familiar desempeñó un papel central durante las primeras etapas. Fredy identifica especialmente a su hermano y a sus tíos como las personas que le enseñaron aspectos relacionados con el manejo de los cultivos y a quienes recurrió cuando comenzaron a aparecer problemas productivos. La iniciativa no surgió de una incubadora, una capacitación empresarial o un proceso de asistencia técnica formal, sino mediante observación, consulta, investigación propia y aplicación práctica de los conocimientos adquiridos dentro de su entorno próximo.

La falta de conocimientos específicos fue, precisamente, una de las principales dificultades que recuerda al comenzar:

“Lo que más me dificultó fue la falta de conocimiento, la falta de asesoramiento, el manejo de los cultivos, el tipo de clima; no tenía conocimiento específico sobre las plantas”.

Frente a estas carencias, Fredy buscó información entre familiares y otras personas con experiencia, investigó por su cuenta y fue incorporando progresivamente lo aprendido a la parcela. Esta estrategia le permitió continuar desarrollando la actividad, aunque la experiencia también muestra los límites de depender exclusivamente del aprendizaje empírico cuando se trabaja con cultivos que requieren conocimientos específicos sobre manejo agronómico, plagas y condiciones ambientales.

La selección de los productos constituye uno de los rasgos particulares del emprendimiento. Fredy no se concentra únicamente en cultivos de consumo generalizado en su comunidad, sino que busca producir especies que identifica con una demanda más específica, vinculada con preparaciones consumidas por personas de origen asiático. Esta orientación refleja una búsqueda de diferenciación comercial y de conexión con mercados situados fuera del entorno inmediato. Sin embargo, la información disponible no permite establecer el tamaño de ese mercado, identificar de manera sistemática a los compradores finales ni determinar la estabilidad de la demanda.

Uno de los primeros logros que Fredy destaca fue precisamente conseguir trasladar su producción desde la parcela hacia mercados situados en la ciudad. El acceso comercial no se produjo inicialmente mediante una empresa de transporte o un canal logístico formal, sino mediante la construcción progresiva de relaciones con personas que realizaban desplazamientos:

“Mi meta era poder transportar lo que producía directamente al mercado en la ciudad. Lo logré a través de personas que viajaban, los conocí, hablaba, preguntaba y con el tiempo logré enviar mis productos personalmente desde mi parcela hasta el mercado”.

La experiencia muestra que disponer de producción no garantiza por sí solo el acceso al mercado. En el caso de Jardín de la Sonrisa, fue necesario construir una solución logística apoyándose en relaciones personales y conexiones extralocales. El resultado permitió ampliar el alcance comercial más allá de la comunidad, aunque no se dispone de información suficiente para determinar volúmenes vendidos, frecuencia de los envíos, costos de transporte o márgenes obtenidos. Por ello, la conexión alcanzada constituye un avance comercial documentado, pero no permite caracterizar todavía el canal como plenamente consolidado.

Las ferias locales representan otro espacio de visibilidad. Fredy señala que en el corregimiento de Caballero se realizan ocasionalmente actividades en las que las personas productoras pueden mostrar sus productos, conocer compradores y establecer contactos. Según su experiencia, la asistencia procede principalmente del área cercana, por lo que estos eventos cumplen una función diferente de los mercados urbanos hacia los que procura enviar parte de la producción. En este sentido, el emprendimiento combina espacios comerciales de proximidad con una búsqueda todavía incipiente de mercados externos.

El clima y las plagas constituyen las principales restricciones productivas identificadas por Fredy. La variabilidad de las condiciones ambientales afecta el comportamiento de los cultivos y el manejo de plagas exige decisiones técnicas que el emprendedor reconoce que no siempre domina. Cuando necesita seleccionar productos para su control, refiere consultar a personas vinculadas con los establecimientos donde se comercializan agroquímicos, además de recurrir al conocimiento de productores próximos.

Esta práctica evidencia una necesidad de asesoramiento especializado. La información obtenida no permite evaluar los productos empleados, sus dosis, frecuencia de aplicación ni sus posibles efectos sobre suelo, agua o salud. Por ello, no resulta posible realizar una valoración de la sostenibilidad ambiental de la actividad. Lo que sí puede establecerse es que Fredy enfrenta problemas fitosanitarios y que, durante el periodo estudiado, parte de las decisiones para afrontarlos se apoyaba en conocimientos familiares, experiencia propia y recomendaciones obtenidas fuera de un sistema continuado de asistencia técnica.

La relación con las instituciones públicas se encontraba todavía en una etapa inicial. Fredy manifestó no haber recibido hasta ese momento apoyo directo de AMPYME, MIDA u otras entidades, aunque expresó interés en establecer contacto con ellas para acceder a asesoramiento, capacitación y eventualmente financiamiento. Al mismo tiempo, señaló que la entrevista coincidía con su participación en el primer curso de formación al que había accedido, cuya proximidad a su comunidad facilitó la asistencia.

Esta experiencia resulta especialmente significativa desde la perspectiva del acceso. La participación en una capacitación no estuvo condicionada únicamente por su existencia, sino también por su localización cercana. Fredy identifica precisamente la distancia respecto de los centros urbanos como una de las dificultades que enfrentan las personas jóvenes de comunidades rurales para abastecerse, buscar información o relacionarse con oportunidades externas. Su testimonio refuerza así la diferencia entre disponibilidad formal de un servicio y posibilidad efectiva de utilizarlo.

Cuando reflexiona sobre las condiciones que podrían favorecer el emprendimiento juvenil, concede una importancia particular al asesoramiento:

“La falta de conocimiento en los jóvenes ahora mismo es lo que les impide a ellos atreverse a emprender. Si hubiera conocimiento que le brindara alguna institución pública, tal vez los jóvenes decidieran emprender y tal vez crecer con el tiempo”.

La afirmación representa su interpretación y no permite establecer que la falta de conocimiento sea la principal barrera para toda la juventud rural. Su propio relato muestra, además, que recursos económicos, transporte, conectividad territorial y acceso institucional intervienen conjuntamente. La relevancia del testimonio radica en que Fredy identifica el conocimiento y la orientación técnica como necesidades particularmente importantes desde su propia experiencia de inicio.

La dimensión generacional adquiere también relevancia en la relación entre permanencia y movilidad. Fredy observa que algunas personas jóvenes de su comunidad se han trasladado hacia la ciudad en busca de empleo, mientras otras continúan vinculadas con la agricultura. Su decisión de permanecer no se formula como rechazo a la ciudad, sino como la identificación de una posibilidad productiva dentro del territorio. De este modo, su trayectoria representa una de las múltiples opciones mediante las cuales una persona joven puede construir su relación con el trabajo y el lugar de origen, sin convertirla en modelo normativo para otras trayectorias.

El apoyo familiar ha contribuido a hacer posible esa elección. Su hermano no solamente participó en el proceso inicial de aprendizaje, sino que también colabora con el emprendimiento. No obstante, la entrevista no proporciona información suficiente sobre frecuencia de esa participación, remuneración, propiedad de la parcela, distribución completa del trabajo o administración de los ingresos. En consecuencia, puede afirmarse que Jardín de

la Sonrisa se beneficia de recursos familiares de conocimiento y colaboración, pero no caracterizarse con mayor precisión la organización económica del hogar.

Fredy proyecta el crecimiento del emprendimiento durante los próximos tres a cinco años y plantea como una aspiración de largo plazo la posibilidad de exportar su producción:

“Veo mi negocio prosperando, aunque sabiendo que no es fácil; me gustaría tener el tema de exportar a otros países lo que produzco”.

Esta expectativa muestra una visión empresarial que trasciende el mercado actual, pero debe mantenerse claramente diferenciada de los resultados observados. Durante el periodo estudiado, Jardín de la Sonrisa todavía se encontraba construyendo conocimientos productivos, conexiones comerciales y relaciones institucionales. No existía evidencia de operaciones de exportación, acuerdos internacionales, certificaciones o capacidades logísticas específicamente desarrolladas para ese propósito.

Su mensaje hacia otras personas jóvenes sintetiza la interpretación que atribuye a su propia trayectoria:

“En el campo también hay solución, también se puede trabajar, también se puede generar ingresos y que no todo solamente es en la ciudad; que se arriesguen a emprender, a conocer y que no se rindan”.

La frase constituye una valoración personal construida desde una experiencia de aproximadamente dos años y no una demostración de que el emprendimiento agrícola pueda ofrecer iguales oportunidades a toda la juventud rural. Su relevancia reside en mostrar cómo Fredy interpreta el territorio no únicamente desde sus limitaciones, sino también como un espacio en el que considera posible construir una actividad económica.

En conjunto, Jardín de la Sonrisa representa una iniciativa agrícola juvenil en una etapa todavía temprana de desarrollo, sustentada en aprendizaje familiar, experimentación productiva y construcción progresiva de conexiones con mercados externos a la comunidad. La selección de cultivos dirigidos a demandas específicas constituye una búsqueda de diferenciación, mientras que las redes personales han permitido resolver parcialmente dificultades logísticas para trasladar la producción. Estos avances conviven con necesidades de conocimiento técnico, asesoramiento, manejo de plagas y consolidación de canales comerciales.

El interés del caso reside especialmente en la relación entre juventud, aprendizaje y trayectoria territorial. Fredy decidió construir una opción productiva en el medio rural utilizando conocimientos familiares, pero su experiencia muestra que permanecer en el territorio no significa permanecer aislado de mercados, información y redes externas. La continuidad de la iniciativa dependerá de su capacidad para mejorar el manejo productivo, fortalecer las conexiones comerciales y acceder a conocimientos y apoyos adecuados

a los cultivos que desarrolla. Su trayectoria permite así observar una forma concreta de permanencia productiva juvenil sin convertirla en evidencia de que el emprendimiento pueda sustituir, por sí solo, las necesidades de formación, infraestructura y oportunidades existentes en los territorios rurales.

CAPÍTULO 6

LO QUE REVELAN LOS CASOS: TERRITORIO, FAMILIA Y CONTINUIDAD DEL EMPRENDIMIENTO RURAL

■ Diversidad de trayectorias y momentos de desarrollo

El análisis transversal de los nueve casos muestra que el emprendimiento rural en Coclé no responde a una trayectoria única ni puede ordenarse adecuadamente mediante una secuencia lineal que vaya desde el inicio hasta la consolidación y el crecimiento. Las iniciativas estudiadas se encuentran en momentos diferentes, cumplen funciones distintas dentro de las economías familiares y movilizan combinaciones específicas de conocimientos, activos, trabajo, mercados y relaciones territoriales. Esta diversidad constituye un hallazgo central: la antigüedad de una iniciativa, su grado de formalización, su escala productiva y su estabilidad económica son dimensiones relacionadas, pero no equivalentes.

Las trayectorias de Marta Chirú y Maricín permiten observar formas de continuidad construidas durante periodos prolongados sin que ello haya supuesto necesariamente expansión empresarial. En ambos casos, la permanencia de la actividad se apoya en experiencia acumulada, trabajo directo, recursos familiares y adaptación cotidiana a las condiciones de producción y comercialización. Sin embargo, la continuidad temporal convive con mercados irregulares, restricciones de tiempo, variación de precios y dependencia de recursos familiares. Estos casos muestran que un emprendimiento puede mantenerse durante años y seguir enfrentando vulnerabilidades económicas relevantes.

Esta constatación obliga a distinguir entre continuidad y estabilidad económica. La permanencia indica que la actividad ha logrado sostenerse en el tiempo mediante determinadas combinaciones de recursos y estrategias, pero no demuestra por sí misma rentabilidad, suficiencia de ingresos o capacidad para financiar nuevas inversiones. En algunos casos, la continuidad descansa parcialmente en activos del hogar, trabajo familiar, ingresos procedentes de otras actividades o una escala productiva ajustada a los recursos disponibles. Por ello, interpretar la supervivencia temporal como indicador automático de éxito ocultaría parte de los mecanismos que hacen posible mantener la actividad.

Las experiencias de Emmanuel y Alexander muestran una configuración diferente. En ambos casos se observa una acumulación progresiva de capacidades mediante perfeccionamiento técnico, adquisición gradual de herramientas, ampliación de contactos y construcción de reputación. El avance de la trayectoria no se expresa tanto en el aumento de la

escala como en la capacidad para transformar conocimientos artesanales en una actividad económica más organizada. Aun así, las ventas continúan dependiendo de ferias, encargos y redes personales, lo que limita la posibilidad de considerar estos procesos como evidencia de consolidación plena.

El caso de Anayelis introduce otra forma de construcción emprendedora. Su trayectoria parte de una formación artística que progresivamente se transforma en capacidad productiva y comercial. El proceso implica aprender no solo a elaborar productos, sino también a calcular costos, establecer precios, gestionar pedidos, participar en ferias y compatibilizar la actividad con los estudios universitarios. Su experiencia muestra que capacidad técnica y capacidad empresarial no aparecen necesariamente de manera simultánea: transformar un conocimiento en una iniciativa económica requiere desarrollar competencias adicionales relacionadas con comercialización, organización y gestión del tiempo.

En Paola, por su parte, se observa un grado mayor de profesionalización formal: infraestructura específica, registros, participación asociativa, capacitación técnica, diversificación de productos y utilización de distintos canales comerciales. Sin embargo, estos avances no habían eliminado durante el periodo estudiado la dependencia de recursos familiares ni habían permitido todavía que el emprendimiento proporcionara de manera regular un salario suficiente a la participante. El caso evidencia que formalización, profesionalización y viabilidad económica tampoco constituyen etapas automáticamente coincidentes.

La trayectoria de Finca El Edén, vinculada con Maily, introduce un proceso de diversificación basado en la reinterpretación de activos familiares. La finca, los conocimientos agrícolas, las prácticas culinarias y los saberes de generaciones anteriores adquieren nuevas funciones cuando se incorporan a experiencias dirigidas a visitantes. Esta transformación exige desarrollar capacidades que no estaban necesariamente presentes en la actividad agrícola familiar: organización de grupos, fijación de precios, atención al visitante, promoción y coordinación con otros servicios del territorio. La diversificación aparece así como un proceso de reconfiguración de recursos existentes, y no simplemente como la incorporación de una nueva línea de ingresos.

Los casos de Anayda y Fredy permiten observar con mayor claridad las diferencias que existen dentro de las etapas tempranas. En Anayda, la base agrícola se encuentra efectivamente en construcción, mientras que la dimensión agroturística permanece todavía como una proyección. En Fredy existe ya una actividad productiva operativa y se han establecido primeras conexiones con mercados externos, pero persisten necesidades de conocimiento técnico, asesoramiento y estabilización comercial. Ambos casos muestran que la categoría de “emprendimiento joven” o “incipiente” resulta demasiado amplia si no se especifica qué componentes han sido realmente desarrollados y cuáles permanecen todavía en construcción.

En conjunto, los casos permiten reconocer cuatro procesos que aparecen con distinta intensidad: establecimiento, continuidad, acumulación de capacidades y diversificación. Es-

tas expresiones no constituyen una tipología ni categorías mutuamente excluyentes. Una misma iniciativa puede encontrarse consolidando su actividad principal y, simultáneamente, desarrollando una nueva línea; puede tener una larga trayectoria y continuar acumulando capacidades; o puede mantener una producción estable mientras sigue dependiendo de mercados irregulares. Su utilidad reside en describir procesos observables sin ordenar los emprendimientos dentro de una escala jerárquica.

Esta heterogeneidad cuestiona también la oposición convencional entre emprendimientos surgidos por necesidad y emprendimientos motivados por oportunidad. En varias trayectorias, la necesidad de generar ingresos se combina con otros elementos: responsabilidades familiares, deseo de organizar el propio tiempo, aplicación de conocimientos previos, continuidad de prácticas familiares, aprovechamiento de recursos disponibles o voluntad de permanecer vinculados con el territorio. Las motivaciones aparecen superpuestas y pueden modificarse a lo largo del tiempo. Una iniciativa iniciada como fuente complementaria de ingresos puede adquirir posteriormente un significado profesional, cultural o familiar más amplio.

La literatura sobre emprendimiento rural ha señalado precisamente que las trayectorias empresariales se encuentran estrechamente vinculadas con la configuración de recursos, hogares y territorios y que no pueden interpretarse únicamente mediante modelos construidos alrededor del crecimiento continuo (Tabares et al., 2022; Korsgaard et al., 2025). Los casos de Coclé confirman la utilidad de esta perspectiva: las decisiones sobre inversión, escala, diversificación o permanencia adquieren sentido cuando se consideran simultáneamente los ingresos familiares, el tiempo disponible, los activos, las redes, las responsabilidades domésticas y las oportunidades reales de mercado.

El crecimiento, por tanto, tampoco constituye un criterio suficiente para valorar el desarrollo de las iniciativas. Las aspiraciones observadas son heterogéneas: vender con mayor regularidad, disponer de un espacio propio, adquirir herramientas, obtener un salario del negocio, ampliar productos, desarrollar una experiencia turística o alcanzar mercados más amplios. Estas metas responden a sectores, momentos vitales y configuraciones familiares distintas. No todos los emprendimientos persiguen ni requieren la misma escala, y una trayectoria que permanece deliberadamente pequeña no puede considerarse automáticamente estancada.

Esta observación conduce a una distinción fundamental para el resto del capítulo: continuidad, viabilidad económica, consolidación y sostenibilidad no son conceptos equivalentes. La continuidad expresa la capacidad de mantener una actividad durante un periodo determinado. La viabilidad económica remite a la relación entre ingresos, costos y capacidad para sostener el funcionamiento. La consolidación supone un grado mayor de estabilidad organizativa o comercial. La sostenibilidad, finalmente, incorpora dimensiones adicionales que no pueden inferirse simplemente de la permanencia del negocio. Los nueve casos presentan combinaciones diferentes de estas condiciones y la evidencia disponible no permite organizarlos dentro de una única escala.

La continuidad debe entenderse, en consecuencia, como un proceso de ajuste permanente. Mantener una iniciativa exige responder a cambios en precios, disponibilidad de materias primas, responsabilidades familiares, condiciones climáticas, infraestructura, acceso a compradores y oportunidades de apoyo. Las estrategias utilizadas son igualmente diversas: reinvertir gradualmente, combinar ingresos, apoyarse en trabajo familiar, diversificar productos, buscar nuevos mercados, mantener una escala reducida o desarrollar nuevas capacidades. Ninguna de estas respuestas garantiza por sí sola estabilidad futura, pero todas forman parte de los mecanismos mediante los cuales las personas intentan sostener sus actividades.

El principal resultado de esta comparación es, por tanto, que no existe una trayectoria rural estándar hacia la consolidación. Los emprendimientos analizados muestran combinaciones diferentes de antigüedad, aprendizaje, formalización, diversificación, estabilidad y vulnerabilidad. Esta diversidad aconseja evitar clasificaciones simplificadoras y dirigir la atención hacia los mecanismos concretos que permiten o restringen la continuidad. Los apartados siguientes profundizan precisamente en esas condiciones, comenzando por la manera en que territorio, recursos y estrategias familiares de vida se articulan en las nueve trayectorias estudiadas.

■ **Territorio, recursos y estrategias familiares de vida**

La comparación de los nueve casos confirma que el territorio no constituye únicamente el lugar donde se localizan los emprendimientos. Interviene en ellos mediante recursos materiales, conocimientos, relaciones sociales, activos familiares, prácticas culturales y oportunidades de conexión con determinados mercados. Al mismo tiempo, condiciona lo que las personas pueden hacer con esos recursos. Esta doble dimensión permite comprender el arraigo territorial sin idealizarlo: el territorio puede proporcionar una base para la iniciativa y, simultáneamente, limitar su desarrollo mediante distancia, infraestructura insuficiente, mercados reducidos o exposición a condiciones ambientales que escapen al control de quien emprende. Este carácter relacional del emprendimiento rural coincide con la literatura que concibe el territorio como un componente constitutivo de la actividad y no como un escenario pasivo (Korsgaard et al., 2025; Kulawiak & Rachwał, 2024).

El primer patrón transversal es que los recursos relevantes para los emprendimientos desbordan los límites formales del negocio. Tierra, vivienda, herramientas, conocimientos, trabajo, transporte, ingresos y relaciones pueden proceder total o parcialmente del hogar. En consecuencia, analizar únicamente los activos que figuran como propiedad de la iniciativa ofrecería una imagen incompleta de su funcionamiento. Esta constatación es coherente con el enfoque de medios de vida, que pone el énfasis en las combinaciones de activos y capacidades mediante las cuales los hogares organizan sus actividades económicas (Tabares et al., 2022), y con los trabajos que muestran la dificultad de separar empresa, familia y comunidad en determinados emprendimientos rurales (Ahl et al., 2024).

El conocimiento como recurso territorial y familiar

La transmisión de conocimientos constituye una de las expresiones más claras de esta relación. En Emmanuel, Alexander y Marta Chirú, una parte sustantiva de las capacidades productivas procede de generaciones anteriores. Sin embargo, la función que desempeña ese conocimiento no es idéntica. Marta Chirú mantiene una técnica aprendida de su abuela y la incorpora a una actividad que conserva una continuidad cultural reconocible. Alexander utiliza conocimientos recibidos de su abuelo, su padre y otros familiares como base para construir un oficio propio, incorporando progresivamente herramientas y nuevos encargos. Emmanuel, por su parte, aprendió mediante observación y práctica dentro de un entorno en el que el trabajo de la madera y la piedra jabón posee una referencia artesanal local.

Lo común a estas experiencias no es la reproducción intacta de una tradición, sino la capacidad de convertir conocimiento acumulado en un recurso económico contemporáneo. La transmisión intergeneracional proporciona una base, pero su utilización requiere práctica, adaptación y conexión con compradores. El conocimiento heredado no constituye por sí mismo un emprendimiento: adquiere función económica cuando se combina con materiales, herramientas, tiempo de trabajo, capacidad de producción y posibilidades de comercialización.

Los casos de Maily y Finca El Edén amplían esta idea. Allí, el recurso no se limita a una técnica productiva concreta. La historia agrícola familiar, los cultivos, las prácticas culinarias, los objetos y saberes cotidianos y los relatos de generaciones anteriores se convierten en contenido de experiencias dirigidas a visitantes. El conocimiento familiar adquiere así un nuevo uso económico, pero esa transformación exige organización, interpretación, fijación de precios y coordinación con otros servicios. Lo que para una generación formaba parte de la vida productiva cotidiana puede ser reinterpretado por otra como componente de una propuesta turística.

Esta observación permite precisar el significado del arraigo. Estar arraigado no significa simplemente utilizar algo “local”, sino construir la actividad mediante recursos y relaciones cuyo valor depende, al menos parcialmente, de su vinculación con el lugar. En los casos artesanales, esa relación puede expresarse mediante materiales, técnicas o referentes culturales; en los agrícolas, mediante tierra, conocimientos productivos y condiciones agroecológicas; en las iniciativas turísticas, mediante paisaje, historia familiar y prácticas rurales convertidas en experiencias.

Al mismo tiempo, el corpus muestra que el conocimiento territorial no es cerrado ni autosuficiente. Las personas combinan saberes familiares con formación, experimentación y recursos externos. Paola inició la apicultura sin proceder de una trayectoria familiar especializada en ese sector y tuvo que construir conocimientos mediante práctica y capacitación.

Anayelis transforma una formación artística adquirida en espacios educativos en productos relacionados con expresiones culturales del territorio. Fredy parte de conocimientos familiares sobre agricultura, pero busca información adicional para manejar cultivos y problemas productivos que exceden la experiencia disponible dentro de su red inmediata. El recurso territorial, por tanto, se fortalece cuando puede articularse con conocimientos externos, y no cuando se mantiene aislado de ellos.

Activos familiares y capacidad productiva

La tierra y los espacios familiares constituyen otro recurso recurrente. La parcela de Maricín, la propiedad donde se desarrolla Finca El Edén, la finca utilizada por Anayda y su esposo, el terreno vinculado con la actividad apícola de Paola y los espacios domésticos utilizados por varios emprendimientos artesanales muestran que una parte significativa de la capacidad productiva descansa en activos a los que se accede mediante relaciones familiares.

Este acceso reduce determinadas barreras iniciales. Disponer de tierra, un espacio de trabajo o una instalación familiar evita que la iniciativa tenga que financiar inmediatamente alquileres o adquirir todos sus activos en el mercado. Sin embargo, esta ventaja analítica debe formularse con cautela. Que un recurso esté disponible para el emprendimiento no significa necesariamente que pertenezca jurídicamente a la persona emprendedora, que pueda disponer libremente de él o que su utilización futura esté garantizada. Como se estableció en el marco conceptual, disponibilidad, acceso, uso y control son dimensiones diferentes.

El caso de Paola resulta especialmente ilustrativo. El terreno destinado a los apiarios está relacionado con una propiedad adquirida por su madre, quien además facilitó las condiciones para acceder al financiamiento inicial. En Anayda, la construcción progresiva de la finca se articula con recursos de la pareja y con ingresos obtenidos fuera de la propia iniciativa. Finca El Edén, por su parte, se construye sobre activos y conocimientos acumulados por una familia antes de que existiera la actividad turística. En estos casos, el emprendimiento moviliza recursos que preexisten a la empresa como tal y cuya disponibilidad depende de relaciones familiares.

Esta situación cuestiona una lectura estrictamente individualista del capital emprendedor. La persona que aparece como responsable visible de la iniciativa puede movilizar una base de activos construida por otras generaciones o por otros integrantes del hogar. Reconocerlo no disminuye su capacidad emprendedora; permite comprender con mayor precisión de dónde procede la capacidad material para actuar.

La familia como infraestructura de trabajo y apoyo

El trabajo constituye otra de las formas mediante las cuales la familia participa en la continuidad de los emprendimientos. En los nueve casos aparecen grados distintos de colaboración, aunque no en todos con la misma intensidad ni con información suficiente para reconstruir su valor económico.

En Marta Chirú, el esposo interviene en la obtención y preparación de la materia prima; en Maricín participa en determinadas labores y en la entrega del producto, mientras sus hijos pueden aportar recursos para contratar mano de obra; en Alexander, familiares apoyan tareas productivas y logísticas; en Emmanuel existe colaboración en determinados procesos; en Paola, el esposo asume una parte relevante del trabajo en los apiarios y la madre forma parte de la estructura de recursos que hizo posible el emprendimiento. En Finca El Edén, la propia propuesta depende del conocimiento y de la participación de varias generaciones. Fredy, finalmente, se apoya en su hermano y otros familiares para aprender y desarrollar aspectos de la producción.

Estas contribuciones muestran que la familia puede funcionar como una infraestructura productiva y organizativa del emprendimiento. Proporciona conocimientos, tiempo, fuerza de trabajo, movilidad, contactos y capacidad para responder a necesidades puntuales. Sin embargo, esta contribución presenta un problema analítico: una parte de esos recursos puede quedar fuera de cualquier registro de costos.

El trabajo de un familiar que transporta productos prepara materia prima, atiende visitantes, ayuda en una cosecha o colabora en tareas técnicas tiene un valor aunque no exista una remuneración monetaria diferenciada. De manera similar, utilizar una vivienda, una parcela o un vehículo familiar reduce los desembolsos visibles del negocio, pero no convierte esos recursos en gratuitos. En este sentido, el hogar puede absorber parte de los costos y riesgos asociados con la continuidad de la iniciativa.

Esta constatación tiene consecuencias para interpretar la viabilidad económica. Un emprendimiento puede mantenerse con un nivel relativamente reducido de ingresos porque parte de sus necesidades productivas son cubiertas mediante recursos familiares que no aparecen como gastos empresariales. Esto no significa que la actividad sea necesariamente inviable; significa que su funcionamiento real no puede comprenderse sin incluir esos aportes.

La literatura sobre emprendimiento rural femenino ha llamado especialmente la atención sobre la permeabilidad entre hogar, empresa y comunidad y sobre la necesidad de hacer visibles contribuciones familiares que los modelos empresariales convencionales pueden tratar como externas al negocio (Ahl et al., 2024). Los casos de Coclé extienden esta observación más allá de las trayectorias femeninas: el carácter familiar de los recursos aparece también en emprendimientos liderados por hombres y jóvenes.

Ingresos del hogar y estrategias de diversificación

La articulación entre hogar y emprendimiento no se limita al trabajo o los activos físicos. En determinados casos, los ingresos generados fuera de la actividad financian su establecimiento o permiten sostenerla durante periodos de retorno limitado.

La iniciativa de Anayda ofrece el ejemplo más claro. Durante la fase estudiada, parte de las inversiones realizadas en la finca dependía del ingreso asalariado de su esposo. Esta combinación permite avanzar sin asumir inmediatamente obligaciones crediticias, pero condiciona el ritmo de desarrollo a la capacidad económica de la pareja. El emprendimiento no constituye todavía una unidad financieramente autónoma respecto del hogar.

En Paola aparece una configuración relacionada, aunque en un momento diferente de desarrollo: recursos familiares permitieron acceder inicialmente a tierra y financiamiento, y el negocio todavía no proporcionaba durante el periodo estudiado un salario suficiente y regular a la emprendedora. Entre las personas más jóvenes, el emprendimiento puede además coexistir con estudios o con otras fuentes familiares de sostenimiento. En Anayelis, por ejemplo, la actividad se desarrolla simultáneamente con estudios universitarios y cumple, entre otras funciones, la de aportar recursos para determinados gastos.

Maricín muestra una relación distinta. En su trayectoria, la producción de culantro adquiere una posición central como fuente de ingreso personal y se vincula explícitamente con la capacidad de contribuir a necesidades familiares, entre ellas la educación de sus hijos. El emprendimiento forma parte de una estrategia familiar de vida no solo porque recibe recursos del hogar, sino porque los ingresos generados regresan a él y adquieren significado en función de objetivos familiares.

Esta relación bidireccional resulta fundamental. La familia no es únicamente una fuente de recursos para el emprendimiento; el emprendimiento puede financiar consumo, educación, inversiones, mantenimiento de activos o márgenes de decisión dentro del hogar. Los flujos entre ambos ámbitos dificultan establecer una frontera económica estricta entre “empresa” y “familia”.

Desde esta perspectiva, la coexistencia del emprendimiento con otras fuentes de ingreso no debe interpretarse automáticamente como señal de fracaso o debilidad empresarial. Puede constituir una estrategia racional de diversificación de riesgos, especialmente durante etapas de establecimiento, ante mercados irregulares o en actividades sujetas a ciclos productivos. El problema surge cuando se confunde esa complementariedad con autosuficiencia financiera y se atribuye al negocio una estabilidad que depende, en realidad, de otros recursos familiares.

Territorio como posibilidad y como límite

Los recursos familiares se encuentran, además, inscritos en condiciones territoriales específicas. La tierra, los conocimientos, la materia prima o las relaciones comunitarias pueden facilitar la actividad, pero la localización puede dificultar el acceso a compradores, servicios o insumos. Esta doble condición aparece de distintas formas en los casos.

En Emmanuel y Alexander, la vinculación con comunidades donde existen conocimientos artesanales y recursos materiales aporta identidad y base productiva, pero las condiciones de acceso y la irregularidad de los espacios de comercialización limitan la conexión con compradores. En Maricín y Fredy, la tierra permite producir, aunque los resultados económicos dependen de mercados situados fuera de la parcela y de condiciones productivas que incluyen clima, plagas y transporte. En Paola, la distribución entre los apiarios en Olá y el procesamiento en Penonomé permite combinar recursos localizados en espacios diferentes, pero introduce necesidades de movilidad. En Finca El Edén y en la proyección de Anayda, el territorio constituye parte central de aquello que podría ofrecerse a visitantes, pero el paisaje y la actividad agrícola no se convierten automáticamente en un producto turístico.

Esta última diferencia resulta particularmente importante. Un recurso territorial es una posibilidad, no un resultado económico. Para que un paisaje, un conocimiento, una tradición o una actividad productiva formen parte de una propuesta comercial es necesario organizar su acceso, interpretación, precio, promoción y conexión con una demanda. Finca El Edén ha avanzado en esa conversión mediante experiencias con visitantes y articulación con otros servicios próximos. Anayda se encuentra en una etapa anterior, en la que los cultivos y el conocimiento territorial constituyen la base de una experiencia agroturística todavía proyectada. Comparar ambos casos muestra con claridad la distancia entre disponer de activos territoriales y convertirlos en una oferta operativa.

La misma precaución se aplica a los recursos naturales. Madera, piedra jabón, chonta, tierra agrícola, floración y paisaje intervienen en diferentes iniciativas, pero su presencia no implica disponibilidad ilimitada ni manejo sostenible. Su relevancia en este apartado reside en mostrar la dependencia de las actividades respecto del entorno territorial; la valoración ambiental de su utilización requiere otras evidencias y se abordará específicamente en el apartado 6.6.

De recursos aislados a configuraciones de recursos

El resultado transversal más significativo no es que los emprendimientos posean determinados recursos, sino que su continuidad depende de cómo logran combinarlos. Los casos muestran pocas situaciones en las que un activo individual explique por sí solo el funcionamiento de la iniciativa.

Un conocimiento artesanal necesita materia prima, tiempo, herramientas y compradores. Una finca necesita tierra, trabajo, conocimientos, insumos y mercado. Una actividad turística requiere activos territoriales, pero también organización, atención, promoción y conexiones. Un apiario necesita colmenas y conocimientos técnicos, pero depende igualmente de tierra, floración, trabajo, infraestructura y comercialización. El recurso adquiere capacidad productiva cuando entra en relación con otros.

Esta evidencia respalda la utilidad del enfoque de medios de vida: el análisis debe desplazarse desde la pregunta “¿qué tiene el emprendimiento?” hacia “¿qué combinación de recursos puede movilizar, bajo qué condiciones y con qué dependencias?” (Tabares et al., 2022). Esa segunda formulación permite comprender por qué dos iniciativas con recursos aparentemente similares pueden seguir trayectorias diferentes.

También permite evitar una lectura exclusivamente basada en déficits. Los casos no son simplemente emprendimientos que “carecen” de capital financiero, infraestructura o formación. Movilizan recursos reales —conocimiento, tierra, relaciones, experiencia, trabajo familiar, reputación— y construyen estrategias con ellos. Pero reconocer esas capacidades no implica ignorar los límites: algunos recursos son insuficientes, inestables o dependen de personas y condiciones externas al negocio.

Estrategias familiares de vida: más allá del negocio aislado

En conjunto, los nueve casos respaldan la pertinencia de interpretar el emprendimiento rural como parte de estrategias familiares de vida más amplias. Las iniciativas se relacionan con necesidades de ingreso, organización del tiempo, educación, cuidado, permanencia territorial, utilización de activos familiares, continuidad de conocimientos y búsqueda de oportunidades profesionales. Estas funciones pueden coexistir y cambiar durante la trayectoria.

Por ello, decisiones que desde una lógica estrictamente empresarial podrían parecer subóptimas —mantener una escala pequeña, combinar ingresos, evitar crédito, trabajar desde la vivienda o avanzar lentamente con inversiones— pueden responder a restricciones y objetivos que solo adquieren sentido cuando se considera el hogar. Esto no significa que toda decisión deba justificarse como estrategia familiar ni que la empresa carezca de lógica económica propia. Significa que su racionalidad no puede evaluarse separándola artificialmente de las condiciones de vida en las que se inserta.

Esta interpretación es consistente con Tabares et al. (2022), quienes sitúan los recursos y actividades emprendedoras dentro de configuraciones más amplias de medios de vida, y con Ahl et al. (2024), quienes muestran la importancia de las relaciones entre empresa, familia y comunidad en el emprendimiento rural. Los nueve casos de Coclé aportan evidencia cualitativa de esa interdependencia: el hogar puede proporcionar la base material y

social para iniciar o mantener una iniciativa, mientras que el emprendimiento puede contribuir, con intensidades variables, a sostener objetivos económicos y familiares.

El principal hallazgo del apartado puede resumirse, por tanto, en una idea: la continuidad de los emprendimientos rurales analizados se construye mediante configuraciones de recursos que atraviesan las fronteras entre negocio, familia y territorio. La familia aporta conocimientos, activos, trabajo, ingresos y relaciones; el territorio proporciona materiales, espacios, identidad y redes; y las personas emprendedoras combinan estos elementos mediante estrategias que responden simultáneamente a objetivos productivos y familiares. Esta configuración amplía las posibilidades de acción, pero también puede trasladar al hogar costos y riesgos que una lectura exclusivamente empresarial dejaría invisibles.

La existencia de recursos, sin embargo, no garantiza que estos puedan convertirse de manera regular en ingresos. Esa transición depende especialmente del acceso a compradores, infraestructura, financiamiento, formación y mecanismos de apoyo. El apartado siguiente examina precisamente cómo mercados, condiciones territoriales de acceso y ecosistema institucional intervienen en la capacidad de transformar los recursos movilizados en continuidad económica.

■ **Mercados, infraestructura y ecosistema de apoyo**

La comparación de los nueve casos muestra que la capacidad para producir no se traduce automáticamente en continuidad económica. En varias trayectorias, las principales restricciones aparecen después de que la persona ha adquirido conocimientos, dispone de un producto y ha conseguido organizar la producción. El desafío se desplaza entonces hacia la posibilidad de acceder de manera suficientemente regular a compradores, trasladar los productos, obtener información y asistencia técnica, financiar determinadas inversiones y conectar necesidades específicas con instituciones capaces de responder a ellas. Este resultado refuerza la conveniencia de analizar el emprendimiento rural como parte de un ecosistema compuesto por mercados, infraestructura, redes e instituciones, cuya relevancia depende de su accesibilidad y articulación efectiva y no únicamente de su presencia formal (Stathopoulou et al., 2004; Korsgaard et al., 2025).

La comercialización constituye uno de los puntos de convergencia más claros entre experiencias sectorialmente muy diferentes. Emmanuel lo sintetiza al distinguir entre capacidad de producir y capacidad de vender; Marta Chirú depende de encargos, relaciones personales y ferias; Alexander combina clientes de proximidad con pedidos procedentes de otras ciudades; Anayelis utiliza ferias y contactos directos mientras construye experiencia comercial; Maricín enfrenta precios variables para un producto perecedero; y Fredy ha tenido que construir mecanismos para trasladar su producción hacia mercados urbanos. Incluso Paola, cuya iniciativa presenta mayor formalización y diversificación comercial, continúa dependiendo de la capacidad para combinar distintos canales y adaptar la oferta a una producción condicionada por la estacionalidad y el clima.

El patrón común no es, por tanto, la ausencia de mercado, sino la dificultad para construir relaciones comerciales suficientemente estables. Los casos acceden a compradores mediante combinaciones distintas de proximidad, recomendaciones, ferias, encargos, intermediarios, redes sociales, establecimientos comerciales y contactos externos. Estos mecanismos permiten vender, pero no todos proporcionan la misma regularidad, previsibilidad o capacidad para planificar la producción. La existencia de ventas debe distinguirse de la consolidación de un canal comercial.

Las ferias ilustran especialmente esta diferencia. Para Emmanuel, Marta Chirú, Anayelis y Paola constituyen espacios de exposición, reconocimiento y venta; para Alexander y Fredy, los eventos locales proporcionan además posibilidades de contacto con compradores. Su función resulta relevante, pero estructuralmente limitada por su periodicidad. Una feria puede generar ingresos durante determinados días, ampliar la visibilidad o producir nuevos contactos, pero no sustituye necesariamente un mercado disponible durante el resto del año. En consecuencia, la participación en estos espacios representa un recurso comercial, pero no permite inferir por sí sola estabilidad de ventas.

Algo similar ocurre con los canales digitales. Marta Chirú utiliza WhatsApp para mostrar los sombreros; Anayelis y Paola incorporan herramientas digitales a la promoción y gestión de pedidos; otros emprendimientos dependen en mayor medida de recomendaciones personales. Estas herramientas pueden ampliar la comunicación más allá de la comunidad y reducir algunos costos de búsqueda de clientes, pero los casos no respaldan una equivalencia entre presencia digital y transformación comercial. Publicar un producto, recibir una consulta y disponer de un mercado estable son situaciones distintas. El aprovechamiento económico de la tecnología depende además de capacidad productiva, logística, sistemas de entrega, confianza y medios de pago.

La comparación pone también de manifiesto la importancia de las conexiones extralocales. Los mercados estrictamente comunitarios no siempre poseen dimensión suficiente para absorber la producción o proporcionar ingresos regulares. Alexander recibe encargos de Penonomé, Santiago y ocasionalmente Ciudad de Panamá; Fredy ha construido contactos para enviar productos hacia mercados urbanos; Paola combina clientes directos, ferias y determinados establecimientos; Finca El Edén se articula con otros prestadores del entorno para ofrecer itinerarios más amplios. Estas experiencias confirman que el arraigo territorial no implica cierre económico: la continuidad puede depender precisamente de conectar recursos localizados en comunidades rurales con consumidores, instituciones y servicios situados fuera de ellas (Korsgaard et al., 2025).

Esta necesidad de conexión sitúa la infraestructura en el centro de la relación entre producción y mercado. Las condiciones viales mencionadas por Emmanuel y Alexander afectan el acceso a las comunidades y el traslado de personas, insumos y productos. En Alexander se añade la discontinuidad del suministro eléctrico como una restricción para utilizar herramientas. Fredy ha tenido que construir soluciones de transporte mediante

relaciones personales para colocar su producción fuera de la comunidad. Paola debe coordinar una actividad espacialmente distribuida entre los apiarios de Olá y el procesamiento y comercialización en Penonomé. En las iniciativas turísticas, la accesibilidad adquiere una importancia adicional porque no basta con trasladar productos: es necesario que sean los visitantes quienes lleguen al territorio.

Estos casos muestran que la infraestructura no constituye un elemento externo y secundario al emprendimiento. Modifica costos, tiempo, alcance del mercado y capacidad de participar en oportunidades de apoyo. Una carretera deficiente puede afectar simultáneamente proveedores, clientes y asistencia a ferias; la distancia puede limitar el acceso a formación; y una interrupción eléctrica puede reducir el uso de herramientas adquiridas mediante inversión propia. El emprendimiento puede desarrollar respuestas para afrontar algunas de estas restricciones, pero esas adaptaciones no eliminan el costo territorial que las origina. La capacidad individual o familiar no sustituye las condiciones estructurales necesarias para producir y comercializar.

El acceso al conocimiento técnico y empresarial presenta una heterogeneidad igualmente marcada. Los casos muestran desde trayectorias construidas casi enteramente mediante experiencia familiar hasta iniciativas que han logrado vincularse con capacitación especializada y organizaciones sectoriales. Fredy identifica el asesoramiento agronómico como una necesidad prioritaria; Alexander aspira a perfeccionar técnicamente el oficio; Emmanuel conoce oportunidades de capacitación, pero sus responsabilidades laborales dificultan asistir; Anayda dispone de alguna formación vinculada con turismo y participación comunitaria, pero continúa buscando orientación para integrar agricultura y futura actividad turística; mientras Paola ha accedido a capacitación agroindustrial, formación adicional y redes del sector apícola.

La comparación evidencia que hablar genéricamente de “capacitación para emprendedores” resulta insuficiente. Las necesidades dependen del sector y del momento de desarrollo. Fredy requiere conocimientos sobre cultivos y manejo de plagas; un artesano puede necesitar perfeccionamiento técnico, costeo y comercialización; Anayelis ha debido aprender a asignar precios y presentar sus productos; una iniciativa turística necesita competencias relacionadas con atención, seguridad, diseño de experiencias y articulación de servicios; y Paola, en un estadio más avanzado de organización, busca conocimientos asociados con procesos productivos, formalización y mejoras de gestión. Una oferta uniforme difícilmente responde con igual pertinencia a estas situaciones.

También importa el momento en que llega el apoyo. Una persona que todavía está aprendiendo a producir no enfrenta los mismos problemas que otra que busca nuevos mercados o necesita ampliar infraestructura. Las necesidades cambian durante la trayectoria y, por ello, el acompañamiento adquiere mayor utilidad cuando puede adaptarse a problemas sucesivos y no se limita a actividades aisladas. La evidencia no permite evaluar sistemáticamente los programas institucionales, pero sí muestra que una capacitación pun-

tual no resuelve necesariamente las dificultades que aparecen cuando la persona intenta aplicar posteriormente lo aprendido.

La accesibilidad territorial de la formación constituye otra dimensión. Fredy destaca expresamente que pudo participar en una actividad porque se realizó cerca de su comunidad. Emmanuel, por el contrario, reconoce oportunidades formativas a las que no ha podido asistir debido a limitaciones de tiempo. Estos ejemplos muestran que una actividad formalmente abierta puede seguir siendo poco accesible cuando exige desplazamientos, horarios incompatibles o costos que no se ajustan a la organización cotidiana del emprendimiento y del hogar. En este sentido, oferta y acceso efectivo no son equivalentes.

El financiamiento presenta también situaciones muy diferentes. La mayoría de los casos se ha desarrollado fundamentalmente mediante ahorros, reinversión, ingresos familiares, adquisición gradual de activos o aportes de integrantes del hogar. Esta pauta no implica necesariamente desconocimiento de los mecanismos financieros existentes. Las experiencias van desde la utilización de recursos familiares para facilitar el financiamiento inicial de Paola hasta la postulación no seleccionada de Anayelis a Capital Semilla, el interés todavía exploratorio de Fredy por conocer opciones institucionales y la cautela de Marta Chirú frente al endeudamiento.

Esta diversidad aconseja evitar una conclusión simplificadora según la cual la principal necesidad de todos los emprendimientos es crédito. Un préstamo puede facilitar equipamiento o inversión, pero también introducir obligaciones incompatibles con ingresos irregulares, estacionales o todavía insuficientes. En emprendimientos donde el principal problema se encuentra en comercialización, conocimientos técnicos o demanda, ampliar la deuda antes de resolver esas restricciones podría incrementar la exposición al riesgo. La pertinencia del financiamiento depende, por tanto, de la etapa, la estabilidad de los ingresos, el destino de la inversión y la capacidad real de pago.

La experiencia de Anayelis resulta útil para distinguir además disponibilidad institucional y acceso al recurso. La existencia de Capital Semilla permitió que se postulara, pero no fue seleccionada. El caso no permite establecer las razones de esa decisión ni evaluar el programa; sí muestra que la presencia de una convocatoria no equivale a que todas las personas potencialmente elegibles accedan al financiamiento. Fredy se encuentra en una etapa incluso anterior: identificar qué instituciones pueden atender sus necesidades y comprender cómo acercarse a ellas forma parte todavía del proceso de construcción de vínculos institucionales.

Las trayectorias de Paola y Maily muestran grados mayores de conexión con el ecosistema institucional, aunque por vías diferentes. Paola ha participado en capacitaciones, ferias y una asociación sectorial y ha avanzado en procesos de formalización. Finca El Edén ha mantenido relaciones con instituciones vinculadas con emprendimiento, ambiente y turismo y ha participado en procesos de capacitación y gestión. No obstante, ninguno de estos

casos permite afirmar que exista una ruta institucional integrada. La interacción se produce con entidades diferentes según la necesidad y, en el caso de Finca El Edén, la familia describe precisamente la complejidad de avanzar entre distintos actores para desarrollar una iniciativa que combina agricultura y turismo.

Anayda expresa un problema relacionado: no necesariamente la inexistencia de instituciones, sino la dificultad para identificar con claridad qué puede ofrecer cada una y cómo articular apoyos correspondientes a necesidades que atraviesan varios sectores. Su experiencia muestra que la fragmentación puede ser también informativa y organizativa. Una persona puede saber que existen organismos públicos y capacitaciones y, aun así, no disponer de una ruta comprensible para avanzar desde una necesidad concreta hacia el recurso adecuado.

Estos contrastes permiten formular con cautela uno de los resultados más relevantes del apartado: el ecosistema de apoyo aparece presente en los casos, pero su experiencia es desigual y frecuentemente episódica o fragmentada. Algunas personas han obtenido formación, espacios de comercialización, reconocimiento, asociaciones o contactos; otras mantienen relaciones institucionales limitadas o se encuentran todavía intentando construirlas. La evidencia no permite evaluar la cobertura provincial de cada organismo ni concluir que exista una ausencia general de apoyo. Lo que sí permite establecer es que los nueve emprendimientos no experimentan una trayectoria homogénea de acompañamiento desde la creación hasta la consolidación. Esta diferencia entre presencia formal y acceso efectivo constituye precisamente una de las dimensiones centrales de los ecosistemas emprendedores rurales.

Las redes familiares y comunitarias compensan parcialmente algunos de estos vacíos. Fredy construye transporte mediante contactos; Alexander accede a clientes por recomendación; Marta Chirú comercializa mediante relaciones de confianza; Maricín intercambia información y apoyo con personas próximas; Emmanuel se integra en espacios artesanales; y Finca El Edén coordina determinadas experiencias con otros actores del entorno. Estas redes proporcionan soluciones reales y muestran capacidad de agencia, pero no deben interpretarse como sustitutas permanentes de infraestructura, asistencia especializada o mercados más estables. Las redes de proximidad pueden ampliar las capacidades disponibles, pero también tienen límites en escala, conocimiento especializado y acceso a recursos externos.

El análisis muestra, en suma, que la continuidad económica depende menos de la existencia aislada de un programa, carretera, feria, crédito o capacitación que de la capacidad para articular varios componentes en el momento en que son necesarios. Un emprendimiento puede disponer de herramientas y carecer de compradores; recibir formación y no contar con recursos para aplicarla; disponer de un mercado potencial y carecer de transporte; obtener un apoyo financiero y continuar enfrentando dificultades técnicas; o poseer recursos turísticos sin suficiente articulación territorial para convertirlos en flujo de visitantes.

Esta interdependencia ayuda a explicar por qué las restricciones no deberían abordarse mediante respuestas uniformes. Las necesidades de un negocio artesanal con ventas discontinuas, una finca agrícola en establecimiento, una actividad apícola en proceso de profesionalización y una experiencia de turismo rural no son equivalentes. La evidencia de los casos sugiere que la pertinencia del apoyo depende de su correspondencia con el sector, el territorio y el momento de la trayectoria, además de su accesibilidad y continuidad.

El principal hallazgo de este apartado puede expresarse, por tanto, en dos niveles. Primero, producir no es suficiente: la continuidad exige conectar capacidades productivas con mercados, infraestructura, conocimientos y recursos externos. Segundo, la existencia de un ecosistema institucional no garantiza por sí misma que esas conexiones se produzcan de manera accesible y coordinada. Los casos muestran recursos y apoyos concretos, pero también vacíos entre formación y aplicación, producción y comercialización, programas y acceso, así como entre diferentes instituciones que atienden componentes parciales de una misma trayectoria.

Esta constatación desplaza la interpretación desde una supuesta insuficiencia individual de las personas emprendedoras hacia la relación entre sus capacidades y las condiciones del entorno. Las iniciativas desarrollan estrategias para compensar restricciones (redes personales, reinversión, diversificación, uso de medios digitales o búsqueda de formación), pero su continuidad no puede depender únicamente de esa capacidad de adaptación. El análisis de las diferencias asociadas con género y organización del trabajo permitirá mostrar, además, que la posibilidad de acceder a estos mercados, redes y apoyos tampoco se distribuye de manera neutral dentro de los hogares, cuestión que se aborda en el apartado siguiente.

■ **Género y organización del trabajo**

Los casos muestran que el género no opera como una característica aislada de las personas emprendedoras, sino a través de la organización del trabajo, las responsabilidades familiares, el acceso a determinados recursos y el margen de decisión sobre el tiempo y la actividad económica. En las seis trayectorias femeninas analizadas — Marta Chirú, Maricín, Anayelis, Maidy, Anayda y Paola— estas dimensiones aparecen con intensidades y configuraciones diferentes. Por ello, la evidencia no permite construir una experiencia homogénea de “la mujer emprendedora rural”, sino identificar distintas formas de articulación entre emprendimiento, hogar y trabajo.

Un primer resultado es que la actividad empresarial y la vida familiar se encuentran estrechamente conectadas. Marta Chirú desarrolla la producción artesanal desde el hogar y distribuye el tiempo de tejido junto con otras responsabilidades domésticas, el cuidado de animales y las tareas familiares. Anayelis organiza su emprendimiento alrededor de sus estudios universitarios y, al asumir personalmente producción, pedidos y comercialización, traslada con frecuencia parte del trabajo a horarios nocturnos. Paola identifica precisamente

la posibilidad de disponer de mayor control sobre su tiempo y compatibilizar la actividad económica con la crianza de su hija como una de las razones que influyeron en su decisión de emprender.

Estos casos muestran que la flexibilidad constituye un recurso relevante, pero debe interpretarse con cautela. Poder decidir cuándo realizar determinadas tareas puede facilitar la combinación de responsabilidades, aunque no implica necesariamente una reducción del volumen total de trabajo. En Marta Chirú, la producción se adapta a los espacios disponibles dentro de la jornada; en Anayelis, la compatibilidad con los estudios puede significar trabajar de noche; y en Paola, la posibilidad de organizar el tiempo convive con responsabilidades de gestión, producción y cuidado. Por tanto, flexibilidad horaria y menor carga de trabajo no son equivalentes.

Esta distinción resulta especialmente importante porque una parte de la literatura sobre emprendimiento femenino ha presentado el autoempleo como una vía para facilitar la conciliación entre trabajo remunerado y familia. Sin embargo, las investigaciones recientes sobre emprendimiento rural femenino advierten que esta relación debe analizarse considerando conjuntamente trabajo productivo, reproductivo y comunitario, y evitando asumir que desarrollar una actividad desde el hogar resuelve automáticamente las tensiones entre estas dimensiones (Ahl et al., 2024). Los casos de Coclé son consistentes con esta precaución: el emprendimiento puede proporcionar mayor capacidad para organizar el tiempo, pero también puede insertarse dentro de responsabilidades previamente existentes.

La investigación no incorporó mediciones sistemáticas de uso del tiempo ni reconstruyó completamente la distribución de las tareas domésticas en los hogares. En consecuencia, no resulta posible cuantificar una eventual doble jornada ni establecer comparaciones de carga de trabajo entre mujeres y hombres. La evidencia sí permite mostrar que, en varias trayectorias femeninas, las decisiones productivas se toman dentro de una organización cotidiana en la que el tiempo disponible constituye un recurso limitado. Esta restricción puede afectar la cantidad producida, la participación en ferias, la asistencia a capacitaciones o la posibilidad de desplazarse hacia mercados.

La relación entre emprendimiento y familia presenta, además, una segunda dimensión: el hogar no solo genera responsabilidades, también proporciona recursos. En Marta Chirú, el esposo participa en la obtención y preparación de la chonta; en Maricín colabora en determinadas labores y en la entrega del culantro, mientras sus hijos pueden financiar contratación ocasional de jornaleros; en Paola, el esposo realiza una parte importante del trabajo en los apiarios y su madre contribuyó con activos fundamentales para la puesta en marcha; en Anayda, el proyecto se desarrolla junto con su esposo y una parte de las inversiones procede de los ingresos salariales de este; y en Finca El Edén, conocimientos y trabajo de distintos integrantes de la familia constituyen parte de la propia experiencia ofrecida al visitante.

Estos apoyos son importantes, pero apoyo familiar y distribución equitativa del trabajo no significan lo mismo. La investigación permite identificar tareas concretas desempeñadas por familiares en varios casos, pero no reconstruir en todos ellos su frecuencia, duración, remuneración o participación en las decisiones económicas. Por ello, no sería metodológicamente correcto utilizar la existencia de colaboración como evidencia automática de corresponsabilidad, del mismo modo que tampoco sería adecuado interpretar toda participación masculina como control sobre el emprendimiento.

El caso de Maricín permite observar claramente esta necesidad de diferenciar las prácticas concretas de las inferencias generales. La participante menciona comportamientos que interpreta como machistas y recuerda expresiones que cuestionan la capacidad productiva de las mujeres. Sin embargo, al preguntarle si su esposo vendía más por ser hombre, rechaza explícitamente esa explicación y señala que su función consiste principalmente en realizar las entregas. La evidencia documenta así tanto una percepción de actitudes de género como una división específica de tareas dentro de su hogar, pero no permite concluir que las ventas estén determinadas por una ventaja masculina.

En Paola, la experiencia presenta otro contraste. La participante reconoce que determinadas labores apícolas exigen esfuerzo físico y que dentro de su organización familiar algunas de estas tareas son asumidas principalmente por su esposo. Al mismo tiempo, no considera que ser mujer haya dificultado particularmente su acceso a financiamiento. Su caso muestra por qué no conviene atribuir todas las restricciones empresariales al género: algunas derivan de características físicas del proceso productivo, otras de organización familiar, condiciones de mercado, clima o necesidades financieras. El análisis de género adquiere mayor precisión cuando identifica dónde y cómo intervienen relaciones concretas, en lugar de utilizar el sexo de la persona emprendedora como explicación general.

El control de los recursos constituye otra cuestión que exige prudencia. Varias mujeres acceden a activos mediante relaciones familiares: propiedades, parcelas, ingresos del cónyuge, trabajo de otros integrantes del hogar o recursos previamente acumulados por generaciones anteriores. Estos activos amplían su capacidad para desarrollar la iniciativa, pero acceso y propiedad no son necesariamente equivalentes. La investigación no dispone en todos los casos de información suficiente sobre titularidad jurídica, administración conjunta, capacidad de disposición o decisiones sobre venta y reinversión.

Por esa razón, tampoco puede inferirse autonomía económica plena únicamente porque una mujer genere ingresos mediante su emprendimiento. Maricín considera la parcela su propia fuente de ingreso y valora la posibilidad de organizar su actividad sin depender de un empleador. Anayelis utiliza las ventas para atender determinados gastos y reinvertir en el negocio. Paola destaca el mayor control sobre su tiempo y participa directamente en la administración y comercialización. Estos elementos expresan márgenes concretos de decisión y generación de recursos, pero la autonomía económica es un concepto más amplio que requeriría conocer, entre otros aspectos, control de ingresos, propiedad de

activos, participación en decisiones del hogar y posibilidad efectiva de utilizar los recursos de manera independiente.

Esta distinción evita dos interpretaciones igualmente problemáticas. La primera sería asumir que toda mujer emprendedora es económicamente autónoma por el solo hecho de producir ingresos. La segunda, considerar que cualquier dependencia de recursos familiares elimina su capacidad de agencia. Los casos muestran situaciones intermedias: las emprendedoras toman decisiones, generan recursos y construyen capacidades dentro de configuraciones familiares donde existen distintos grados de interdependencia.

La experiencia de Maily permite ampliar todavía más esta lectura. En Finca El Edén, su papel consiste en buena medida en reinterpretar activos y conocimientos construidos por generaciones anteriores y conectarlos con una posible actividad turística. Su formación y orientación hacia el turismo introducen nuevas capacidades dentro de una estructura familiar previamente vinculada con la producción agrícola. La trayectoria no se explica adecuadamente ni como iniciativa puramente individual ni como simple continuidad del negocio familiar: surge de una negociación intergeneracional sobre el uso económico de recursos y prácticas familiares.

Algo similar ocurre, aunque en una etapa más temprana, con Anayda. El proyecto de finca se desarrolla en pareja y depende parcialmente del ingreso asalariado de su esposo mientras se establecen los cultivos. Esta dependencia financiera no invalida la participación emprendedora de Anayda, pero sí impide presentar la iniciativa como económicamente independiente del hogar. A su vez, la información disponible no permite determinar cómo se distribuyen todas las decisiones o responsabilidades dentro de la pareja. El análisis debe mantener, por tanto, la diferencia entre participación en una iniciativa conjunta y autonomía individual sobre todos sus recursos.

Otro resultado relevante es que la dimensión de género se cruza con etapa vital, formación, sector y configuración familiar. Las necesidades de Marta Chirú, que desarrolla desde hace años una actividad artesanal integrada en el hogar, son diferentes de las de Anayelis, que combina estudios universitarios y emprendimiento; de las de Paola, que reorganizó su trayectoria laboral después de trabajar profesionalmente en otro sector; o de las de Maily y Anayda, vinculadas con iniciativas familiares en procesos de diversificación o establecimiento. Tratar estos casos como una sola categoría femenina ocultaría diferencias centrales para comprender las decisiones económicas que toman.

Esta heterogeneidad coincide con la crítica formulada por Ahl et al. (2024) a las representaciones homogéneas de las mujeres rurales como un grupo definido exclusivamente por restricciones o, en el extremo contrario, por discursos de empoderamiento y resiliencia. Los casos analizados permiten identificar capacidades, restricciones y márgenes de decisión, pero no justifican una narrativa única. Algunas mujeres disponen de formación universitaria y redes institucionales; otras han construido fundamentalmente conocimiento

práctico; unas desarrollan negocios individuales y otras iniciativas fuertemente integradas en estructuras familiares. Las condiciones de género interactúan con estas diferencias en lugar de sustituirlas.

Tampoco resulta adecuado interpretar la permanencia de los emprendimientos femeninos como evidencia de resiliencia individual. Mantener una actividad frente a ventas irregulares, responsabilidades familiares o restricciones de acceso puede mostrar capacidad de adaptación, pero trasladar la explicación únicamente a cualidades personales corre el riesgo de invisibilizar las condiciones que generan esas dificultades. El interés analítico está menos en afirmar que las participantes “superan” obstáculos que en comprender qué recursos utilizan, qué costos asumen y qué condiciones podrían reducir las restricciones que enfrentan.

Desde esta perspectiva, las políticas y programas orientados a mujeres emprendedoras deberían evitar asumir que el financiamiento constituye necesariamente la única o principal respuesta. Los casos muestran necesidades relacionadas también con tiempo, comercialización, movilidad, formación, asistencia técnica y organización del trabajo. Una capacitación puede tener poca utilidad si los horarios impiden asistir; una feria puede ser inaccesible sin transporte; y un crédito puede resultar poco adecuado cuando los ingresos son irregulares o la principal restricción continúa siendo la demanda. La pertinencia del apoyo depende de comprender cómo la actividad económica se inserta en la organización cotidiana del hogar.

El principal hallazgo transversal es, por tanto, que el género interviene en las trayectorias a través de relaciones y prácticas concretas, no mediante un efecto uniforme sobre todas las mujeres emprendedoras. Aparece en la distribución del tiempo y las tareas, en determinadas percepciones de legitimidad, en la relación entre cuidados y actividad económica y, potencialmente, en el acceso y control de recursos. Pero estas dimensiones adoptan configuraciones diferentes y coexisten con factores sectoriales, familiares, territoriales y generacionales.

Los casos permiten documentar márgenes de decisión y generación de ingresos relevantes para varias participantes, pero no respaldan una conclusión general de autonomía económica plena ni una caracterización uniforme de desigualdad dentro de los hogares. La contribución del análisis consiste precisamente en preservar esa complejidad: participar no equivale necesariamente a controlar; recibir apoyo no demuestra corresponsabilidad; generar ingresos no garantiza autonomía; y disponer de flexibilidad no significa trabajar menos.

Esta lectura relacional permite evitar tanto la invisibilización de las desigualdades como su atribución automática. También muestra que género y generación pueden superponerse. En varias de las trayectorias femeninas más recientes, especialmente las de Anayelis, Maily y Anayda, la construcción de una identidad emprendedora se encuentra además vinculada con procesos de formación, credibilidad, aprendizaje y construcción de un proyecto de vida en el territorio. Estas cuestiones permiten avanzar hacia la segunda dimensión transversal específica del estudio: la relación entre juventud, aprendizaje y trayectorias territoriales.

■ Juventud, aprendizaje y trayectorias territoriales

Los casos de Alexander, Anayelis, Maidy, Anayda y Fredy muestran que la juventud no constituye una categoría homogénea ni explica por sí sola una determinada forma de emprender. Sus trayectorias difieren en sector, formación, acceso a recursos, participación familiar, momento de desarrollo y horizonte profesional. Lo que las vincula es que el emprendimiento aparece durante una etapa en la que todavía se están construyendo capacidades, posiciones dentro de la familia, relaciones con los mercados y decisiones sobre la permanencia o vinculación futura con el territorio. Por ello, más que hablar de un perfil único de “joven emprendedor rural”, los casos permiten analizar diferentes procesos mediante los cuales personas jóvenes convierten conocimientos, recursos y relaciones en trayectorias económicas propias.

Esta precisión resulta importante porque juventud e intención emprendedora no son equivalentes a consolidación empresarial. La literatura ha mostrado el interés de analizar las disposiciones de las personas jóvenes hacia el emprendimiento rural, pero también la necesidad de distinguir entre intención y comportamiento efectivamente desarrollado (Bouichou et al., 2021). En los casos estudiados, esta diferencia puede observarse directamente: las cinco personas jóvenes han realizado acciones concretas —producción, inversión, comercialización, organización de servicios o establecimiento de cultivos—, pero se encuentran en momentos muy diferentes y ninguna aspiración futura debe interpretarse como un resultado ya conseguido.

Aprender a emprender desde trayectorias diferentes

El aprendizaje constituye la dimensión transversal más clara. Sin embargo, sus fuentes son diversas. En Alexander y Fredy, los conocimientos familiares desempeñan una función inicial particularmente importante. Alexander aprende desde niño observando a su abuelo, su padre y otros familiares vinculados con el trabajo de la madera. Fredy recurre a su hermano, tíos y otros productores para resolver problemas relacionados con los cultivos. En ambos casos, el hogar y las redes familiares proporcionan una base que permite comenzar sin depender exclusivamente de mecanismos formales de formación.

Pero la transmisión familiar no produce simplemente una reproducción del oficio anterior. Alexander incorpora herramientas, desarrolla productos propios y construye progresivamente una clientela. Fredy selecciona cultivos dirigidos a mercados que trascienden su entorno inmediato y busca conocimientos adicionales cuando la experiencia familiar resulta insuficiente. El aprendizaje intergeneracional funciona, por tanto, como punto de partida y no como límite de la trayectoria.

En Anayelis, la configuración es distinta. Su principal recurso inicial procede de una formación artística que posteriormente transforma en productos comercializables. El desafío no consiste tanto en aprender a producir como en aprender a convertir capacidad artística

en actividad económica: calcular costos, fijar precios, presentarse ante compradores, participar en ferias y gestionar pedidos. Su caso evidencia que formación técnica o académica y capacidad emprendedora no son intercambiables. Disponer de conocimientos especializados puede facilitar el desarrollo de un producto, pero la actividad empresarial exige competencias adicionales que se adquieren mediante experiencia, capacitación y exposición al mercado.

Maidy combina de manera diferente conocimiento formal y familiar. Los saberes agrícolas y las prácticas rurales proceden en gran medida de generaciones anteriores, mientras que su formación y experiencia vinculadas con turismo le permiten reinterpretar esos activos como componentes de una experiencia para visitantes. La innovación que aparece en el caso no consiste en sustituir lo heredado, sino en atribuir nuevas funciones económicas a recursos familiares existentes. Esta interacción entre conocimiento acumulado y capacidades adquiridas fuera de la comunidad muestra una forma de aprendizaje particularmente relevante para comprender la renovación de actividades rurales.

En Anayda, finalmente, la formación relacionada con guía local y primeros auxilios proporciona algunos recursos para la futura dimensión turística, pero la iniciativa continúa requiriendo aprendizaje agrícola, empresarial y organizativo. El caso muestra que una idea de diversificación puede anteceder al dominio completo de las capacidades necesarias para ejecutarla. Esta circunstancia no invalida la iniciativa; sitúa con mayor precisión su momento de desarrollo.

En conjunto, estas trayectorias muestran que aprender a emprender no constituye un proceso separado de la actividad, sino una dimensión que acompaña su desarrollo. El aprendizaje se produce mediante familia, educación formal, capacitación institucional, práctica, observación, redes y resolución de problemas. Ninguna de estas fuentes aparece como suficiente por sí sola. Las capacidades se construyen mediante combinaciones distintas y se modifican conforme cambian las necesidades del emprendimiento.

Recursos familiares: oportunidad y dependencia

La familia proporciona a las personas jóvenes algo más que conocimiento. Puede facilitar tierra, herramientas, trabajo, ingresos, redes y legitimidad inicial. Esta base resulta particularmente visible en Maidy y Anayda, cuyas iniciativas se encuentran estrechamente vinculadas con activos familiares, y en Alexander y Fredy, donde las relaciones familiares intervienen en aprendizaje y funcionamiento productivo.

La existencia de estos recursos reduce determinadas barreras de entrada. Acceder a una finca familiar, utilizar herramientas existentes, recibir apoyo económico o aprender de personas próximas permite iniciar actividades que serían más difíciles si todos los recursos debieran adquirirse en el mercado. Sin embargo, la disponibilidad familiar también intro-

duce una cuestión analítica fundamental: acceder a un recurso no equivale necesariamente a controlarlo.

En Maily, por ejemplo, la iniciativa turística se construye sobre un patrimonio familiar preexistente y requiere acuerdos entre generaciones respecto de cómo utilizarlo y qué actividades incorporar al mercado. En Anayda, el establecimiento de la finca se desarrolla en pareja y depende parcialmente de ingresos externos generados dentro del hogar. En Alexander y Fredy, el conocimiento y apoyo familiar facilitan la construcción de una trayectoria propia, pero la investigación no permite reconstruir completamente la titularidad, control o disponibilidad futura de todos los recursos que utilizan.

Esta diferencia entre acceso y control resulta especialmente relevante durante la juventud. Las personas pueden disponer de una base familiar que amplía sus oportunidades y, al mismo tiempo, encontrarse todavía construyendo capacidad económica para desarrollar activos propios. El emprendimiento puede convertirse entonces en una vía para avanzar hacia mayores márgenes de decisión, pero participar en una actividad familiar no significa automáticamente poseer una trayectoria empresarial autónoma.

Los casos estudiados permiten precisamente distinguir ambas situaciones. Alexander desarrolla un oficio aprendido dentro de la familia, pero construye progresivamente una actividad identificada como propia. Maily ocupa un papel relevante en la transformación de una finca familiar hacia nuevas funciones turísticas, aunque la iniciativa permanece profundamente intergeneracional. Anayda desarrolla junto con su esposo una finca cuya proyección futura combina objetivos compartidos. Estas configuraciones no deberían reducirse a una oposición entre “negocio propio” y “negocio familiar”; representan distintos grados y formas de participación, decisión y apropiación de una trayectoria económica.

Credibilidad y construcción de una posición propia

Otro elemento que aparece en las experiencias juveniles es la construcción de credibilidad. Anayelis recuerda dudas sobre su capacidad durante las primeras etapas y considera que el sector artesanal continúa asociándose con frecuencia a personas de mayor edad. Anayda menciona comentarios de personas próximas que cuestionaban inicialmente la utilidad de su proyecto. Fredy señala la falta de conocimientos como una de las razones que, desde su perspectiva, puede dificultar que otras personas jóvenes se atrevan a emprender.

Estas percepciones no permiten concluir que exista una deslegitimación sistemática de la juventud emprendedora en Coclé. Sí muestran que empezar una actividad puede implicar construir reconocimiento frente a familiares, clientes y otros actores cuando todavía no existe una trayectoria previa que funcione como referencia.

La reputación se construye entonces mediante resultados observables: terminar un producto, cumplir un pedido, vender, adquirir herramientas, participar en un evento, recibir

visitantes o mantener un cultivo. Alexander recuerda la primera venta como un momento relevante porque muestra que su trabajo podía adquirir valor económico; Anayelis desarrolla confianza comercial mediante exposición progresiva al mercado; Fredy concede importancia a haber conseguido conectar su producción con compradores externos. En estos casos, la experiencia empresarial contribuye gradualmente a transformar una capacidad o intención en una posición reconocible frente a otros actores.

La edad, por tanto, no opera únicamente como dato demográfico. Puede influir en la cantidad de experiencia acumulada, los activos disponibles y la reputación construida, pero sus efectos dependen de las relaciones concretas en las que se inserta cada persona. No resulta adecuado asumir que todas las personas jóvenes enfrentan un déficit de credibilidad ni que la edad constituya necesariamente la principal barrera.

Juventud no equivale automáticamente a innovación digital

Los casos tampoco respaldan una asociación automática entre juventud, innovación y tecnología. Algunas personas jóvenes utilizan redes sociales, WhatsApp u otras herramientas digitales para promocionar productos y relacionarse con compradores, pero su utilización presenta distintos niveles y finalidades. En Anayelis, los medios digitales complementan pedidos y promoción; en otras iniciativas, las relaciones personales, ferias y contactos directos continúan desempeñando un papel central.

Este resultado invita a evitar una representación de la juventud rural como inherentemente más digital o innovadora. La innovación observada adopta formas más amplias: seleccionar mercados distintos, transformar capacidades artísticas en productos, reinterpretar activos familiares para turismo, desarrollar nuevos cultivos o combinar conocimientos tradicionales con formación externa. Algunas de estas estrategias incorporan tecnología y otras no.

Más importante que la herramienta utilizada es la capacidad para convertirla en una solución efectiva a una necesidad del emprendimiento. Disponer de una red social no resuelve transporte, producción, costos o demanda; de la misma manera, utilizar herramientas más modernas no elimina por sí solo las restricciones comerciales. La contribución de las personas jóvenes debe analizarse a partir de los cambios concretos que introducen en sus actividades y no de atributos generacionales supuestos de antemano.

Permanecer, salir y construir vínculos con el territorio

La relación entre juventud y territorio constituye otra dimensión central. Los casos muestran distintas formas de permanecer o construir un proyecto de vida vinculado con el lugar, pero no una oposición simple entre quedarse y marcharse.

Fredy formula de manera explícita su decisión de explorar oportunidades en el campo en lugar de dirigirse inmediatamente a la ciudad en busca de empleo. Alexander construye un oficio dentro de su comunidad a partir de conocimientos familiares. Maily regresa después de una experiencia formativa fuera del país y utiliza capacidades adquiridas externamente para desarrollar nuevas posibilidades dentro de la finca familiar. Anayelis combina estudios universitarios y actividad artesanal vinculada con expresiones culturales coclesanas. En Anayda, la iniciativa agrícola y la futura proyección agroturística forman parte de una apuesta por desarrollar recursos disponibles en su entorno.

Estas experiencias son consistentes con investigaciones que muestran que las trayectorias de la juventud rural no pueden reducirse a la decisión binaria de quedarse o emigrar. La movilidad, el retorno, la formación externa y el mantenimiento de vínculos con el lugar pueden combinarse de maneras diversas dentro de las biografías juveniles (Cook & Cuervo, 2020; Oliva et al., 2026). Del mismo modo, los estudios sobre jóvenes agricultores han mostrado que la permanencia en actividades rurales depende de una combinación de factores familiares, productivos, económicos y personales, y no exclusivamente de preferencias individuales (Rodríguez-Lizano et al., 2022).

Los casos de Coclé permiten observar precisamente esa complejidad. Permanecer en el territorio no significa permanecer inmóvil. Las trayectorias dependen de mercados urbanos, formación externa, relaciones institucionales, medios digitales, compradores procedentes de otros lugares y experiencias educativas que trascienden la comunidad. Maily constituye el ejemplo más evidente de cómo la movilidad puede producir nuevos recursos posteriormente incorporados al territorio. Fredy, aunque decide desarrollar su actividad en el campo, necesita conectar su producción con mercados situados fuera de él.

Esta evidencia cuestiona también la idea de que el éxito de una política de juventud rural deba medirse exclusivamente por la permanencia física en la comunidad. La posibilidad de estudiar, trabajar temporalmente fuera, regresar o mantener conexiones económicas con distintos lugares puede formar parte de estrategias perfectamente compatibles con la continuidad territorial. El objetivo no debería ser impedir la movilidad, sino ampliar la capacidad de las personas jóvenes para decidir entre alternativas reales.

Emprendimiento y opciones de futuro

La actividad empresarial aparece en los cinco casos como una opción dentro de trayectorias vitales más amplias. No constituye necesariamente la única posibilidad ni debería presentarse como una solución general frente a la falta de empleo rural. Anayelis combina emprendimiento y educación universitaria; Maily incorpora formación relacionada con turismo; Fredy opta inicialmente por una actividad agrícola; Anayda construye una iniciativa familiar mientras desarrolla capacidades adicionales; y Alexander profundiza un oficio aprendido dentro del entorno familiar.

Esta diversidad obliga a evitar una narrativa en la que emprender sea inherentemente preferible a emplearse, estudiar, migrar o combinar varias actividades. Las personas jóvenes pueden valorar autonomía, permanencia territorial o continuidad familiar y, al mismo tiempo, necesitar ingresos más regulares, experiencia laboral o formación. Las elecciones pueden además cambiar durante el ciclo de vida.

La literatura sobre juventudes rurales ha insistido en la necesidad de reconocer precisamente esta diversidad de aspiraciones y las incertidumbres que acompañan las transiciones educativas, laborales y territoriales (Cook & Cuervo, 2020; Oliva et al., 2026). En los casos estudiados, el emprendimiento constituye una opción real para algunos jóvenes, pero su continuidad dependerá de que pueda ofrecer condiciones compatibles con los proyectos de vida que desean construir.

Esto resulta especialmente visible en las expectativas de futuro. Alexander aspira a disponer de un taller mejor equipado; Anayelis proyecta un local propio; Maily plantea ampliar infraestructura y experiencias; Anayda espera consolidar la finca y su dimensión agroturística; Fredy menciona la posibilidad de alcanzar eventualmente mercados internacionales. Estas aspiraciones expresan orientación y ambición, pero no constituyen resultados. Su análisis resulta útil para comprender hacia dónde desean dirigir las iniciativas y qué recursos anticipan necesitar, no para evaluar el desempeño actual a partir de lo que esperan conseguir.

La distinción entre aspiración y resultado resulta especialmente importante cuando se estudian trayectorias juveniles porque una parte sustantiva del proyecto profesional todavía se encuentra en construcción. Considerar como éxito actual una expansión futura, una exportación prevista o un servicio todavía no implementado produciría una sobrevaloración sistemática de las iniciativas más recientes.

Condiciones para construir trayectorias propias

La comparación permite identificar varias condiciones que intervienen en la posibilidad de que las personas jóvenes transformen participación, conocimientos o recursos familiares en una trayectoria económica propia. Entre ellas se encuentran el acceso a aprendizaje pertinente, capacidad para experimentar sin asumir costos irreversibles, disponibilidad de activos, posibilidad de llegar a mercados, redes de confianza y espacios donde construir legitimidad.

El acompañamiento resulta especialmente importante, aunque no debería limitarse a cursos generales de emprendimiento. Las necesidades observadas son concretas: conocimientos agronómicos para Fredy; capacidades empresariales y comerciales para Anayelis; articulación entre agricultura y turismo para Anayda; organización turística y crecimiento para Maily; perfeccionamiento técnico y comercial para Alexander. La heterogeneidad de estas necesidades refuerza el resultado señalado en el apartado anterior: el apoyo resulta

más útil cuando responde al sector y al momento específico de la trayectoria.

También resulta relevante permitir que la persona joven avance hacia mayores márgenes de control sobre los recursos que moviliza. El acceso a activos familiares puede ser decisivo para comenzar, pero construir una trayectoria propia requiere desarrollar gradualmente capacidades de decisión, ingresos, relaciones comerciales y activos que no dependan exclusivamente de la voluntad o disponibilidad de otros integrantes del hogar. Esto no significa necesariamente separar el negocio de la familia, sino fortalecer la posición desde la cual la persona participa dentro de esa estructura.

Una lectura no normativa de la juventud rural

En conjunto, los cinco casos muestran que las personas jóvenes no actúan como una categoría empresarial uniforme. Aprenden de formas distintas, movilizan recursos diferentes, ocupan posiciones familiares diversas y construyen relaciones territoriales que combinan permanencia, movilidad y conexiones externas. Algunas trayectorias reinterpretan saberes heredados; otras introducen conocimientos adquiridos mediante educación formal; otras se encuentran todavía construyendo la base técnica y comercial necesaria para materializar sus proyectos.

El principal hallazgo no es, por tanto, que la juventud rural sea especialmente innovadora, resiliente o emprendedora. La evidencia permite una conclusión más precisa: las personas jóvenes pueden desempeñar un papel relevante en la renovación de actividades rurales cuando tienen posibilidades de combinar conocimientos, recursos familiares, formación y conexiones externas para construir márgenes propios de acción. Ese proceso puede implicar continuidad de un oficio, diversificación, incorporación de nuevos mercados o reinterpretación de activos familiares, pero adopta formas distintas en cada trayectoria.

Al mismo tiempo, el emprendimiento no elimina las incertidumbres propias de las transiciones juveniles. Las iniciativas recientes enfrentan necesidades de aprendizaje, financiamiento, legitimidad y acceso a mercados, y sus protagonistas mantienen aspiraciones que todavía deben materializarse. La permanencia territorial tampoco debe convertirse en un objetivo normativo: estudiar, desplazarse, trabajar fuera o regresar pueden formar parte igualmente de estrategias válidas de construcción de futuro.

Esta perspectiva permite comprender la juventud como una dimensión de la trayectoria, no como una explicación automática de sus resultados. También prepara una última cuestión transversal. Las iniciativas estudiadas no solo generan (o aspiran a generar) ingresos; sino que aparecen contribuciones familiares, culturales, sociales y territoriales que amplían el significado de la actividad económica. Sin embargo, reconocer esas formas de valor exige evitar otra equivalencia problemática: que una iniciativa genere valor local o utilice recursos naturales no significa que sea, por ello, sostenible.

▣ Formas de valor y límites de la sostenibilidad

El análisis de los nueve casos muestra que el valor generado por los emprendimientos rurales no se agota en las ventas, los ingresos o el crecimiento de la unidad productiva. Las iniciativas estudiadas participan también, con intensidades diferentes, en el sostenimiento de los hogares, la transmisión y reinterpretación de conocimientos, la organización del trabajo familiar, la creación de vínculos comerciales y sociales y la valorización de recursos asociados con el territorio. Reconocer esta pluralidad permite comprender mejor el desempeño de actividades rurales cuya importancia no siempre queda reflejada mediante indicadores empresariales convencionales. Al mismo tiempo, exige evitar que las contribuciones sociales, familiares o culturales se utilicen para relativizar problemas de ingresos insuficientes, dependencia de trabajo familiar o vulnerabilidad económica. Esta distinción ya estaba presente en la formulación conceptual de la obra y constituye un criterio central para interpretar los casos.

La literatura reciente sobre emprendimiento rural coincide en que sus resultados pueden exceder el ámbito estrictamente financiero y contribuir a procesos familiares, comunitarios y territoriales (Korsgaard et al., 2025; Kulawiak & Rachwał, 2024). Los casos de Coclé permiten concretar esta perspectiva mediante cinco formas de valor particularmente visibles en la evidencia: económico, familiar, social, cultural y territorial. Estas dimensiones no constituyen una escala ni aparecen necesariamente juntas. Una iniciativa puede producir un valor cultural significativo y mantener una elevada incertidumbre comercial; contribuir de manera importante al hogar y depender simultáneamente de recursos familiares; o fortalecer vínculos territoriales sin haber alcanzado todavía estabilidad económica.

El valor económico constituye una dimensión básica en las nueve experiencias. Todas las iniciativas buscan generar ingresos, aunque su función dentro de la economía familiar difiere considerablemente. Para Maricín, el cultivo de culantro representa una fuente personal de ingreso a la que atribuye una función importante en el sostenimiento de su familia. Marta Chirú obtiene recursos mediante una producción artesanal integrada en la organización doméstica. Emmanuel, Alexander y Anayelis convierten capacidades artesanales y artísticas en productos que les permiten obtener ingresos mediante encargos, ferias y ventas directas. Paola ha avanzado hacia una organización más formalizada y diversificada, aunque durante el periodo estudiado la actividad todavía no le proporcionaba de manera regular un salario suficiente. En Anayda, parte de la inversión continúa dependiendo de ingresos externos al propio emprendimiento, mientras que Fredy se encuentra todavía construyendo canales comerciales y conocimientos productivos.

Estas diferencias muestran que generar ingresos y alcanzar viabilidad económica son cuestiones distintas. La investigación no dispone de registros contables homogéneos que permitan comparar costos, márgenes, rentabilidad o productividad entre casos. Por ello, no resulta posible ordenar las iniciativas según desempeño financiero. Lo que sí puede establecerse es que cumplen funciones económicas diferentes y presentan distintos grados de dependencia respecto de recursos externos al negocio.

Esta precisión resulta fundamental. La permanencia durante años no garantiza que una actividad remunere adecuadamente el tiempo invertido; disponer de ventas no significa recuperar todos los costos; y reinvertir puede permitir continuar sin que exista necesariamente capacidad para remunerar regularmente a quien dirige la iniciativa. Una valoración multidimensional del emprendimiento rural no debe desplazar estas preguntas económicas, sino incorporarlas junto con otras formas de valor.

El valor familiar aparece con especial claridad porque el emprendimiento y el hogar mantienen relaciones bidireccionales. En algunos casos, la actividad contribuye directamente a objetivos familiares. Maricín atribuye al ingreso generado mediante la agricultura una participación relevante en la educación de sus hijos. Paola vincula el emprendimiento con una organización del trabajo que le permite combinar generación de ingresos y crianza. Anayelis utiliza parte de sus ventas para atender gastos vinculados con sus estudios y continuar reinvertiendo. En otros casos, la iniciativa permite mantener una actividad económica próxima a la vivienda o compatible con las responsabilidades y preferencias familiares.

Pero la relación funciona también en dirección contraria: las familias producen valor para los emprendimientos. Aportan tierra, herramientas, trabajo, conocimiento, transporte, financiamiento, infraestructura y redes. Esta interdependencia, examinada en el apartado 6.2, obliga a evitar una lectura unilateral en la que todo resultado del negocio se atribuya exclusivamente a la persona que aparece como emprendedora.

El valor familiar tampoco puede medirse únicamente por los recursos monetarios transferidos al hogar. La transmisión intergeneracional de conocimientos en Marta Chirú, Emmanuel y Alexander; la reinterpretación del patrimonio familiar en Finca El Edén; o el aprendizaje agrícola facilitado por familiares en Fredy constituyen activos que intervienen directamente en las trayectorias productivas. La familia aparece así simultáneamente como destinataria de beneficios y como parte de la estructura que hace posible producirlos.

Esta relación introduce, sin embargo, un límite importante. El valor familiar no debe utilizarse para invisibilizar los costos asumidos por el hogar. Si la continuidad depende sistemáticamente de trabajo no remunerado, activos familiares utilizados sin valoración económica o ingresos externos que subsidian el negocio, esos recursos forman parte del funcionamiento real de la iniciativa. Reconocerlos no reduce el valor del emprendimiento; permite evaluar con mayor precisión sobre qué condiciones descansa.

El valor social aparece de manera menos uniforme, pero puede identificarse en relaciones de cooperación, intercambio y prestación de determinados servicios. Maricín participa en redes informales mediante las cuales circulan información y apoyo entre productores; Fredy construye relaciones que le permiten resolver parcialmente dificultades de transporte y comercialización; Paola participa en una asociación sectorial que facilita aprendizaje e intercambio; Finca El Edén articula parte de su oferta con cabañas, miradores y otros actores próximos. En los emprendimientos artesanales, ferias y eventos proporcionan espacios de relación entre productores, compradores e instituciones.

La evidencia permite hablar de relaciones sociales utilizadas y fortalecidas mediante la actividad, pero no de cohesión comunitaria producida automáticamente por los emprendimientos. Tampoco toda red informal constituye capital social disponible de forma permanente ni toda cooperación implica organización colectiva. Maricín, por ejemplo, utiliza relaciones de proximidad y al mismo tiempo expresa reservas frente a determinadas formas de trabajo asociativo. Los casos muestran, por tanto, que colaboración, confianza y asociatividad son fenómenos relacionados, pero no equivalentes.

El valor cultural se encuentra particularmente documentado en las actividades artesanales y en Finca El Edén. Marta Chirú mantiene una técnica de elaboración de sombreros aprendida de su abuela; Emmanuel y Alexander utilizan conocimientos artesanales vinculados con sus entornos familiares y territoriales; Anayelis incorpora referencias culturales cocleanas a una trayectoria construida desde la formación artística. En Finca El Edén, prácticas agrícolas, alimentos, objetos y conocimientos asociados con generaciones anteriores son reinterpretados como parte de una experiencia dirigida a visitantes.

Estos casos muestran que el valor cultural puede generarse tanto mediante continuidad como mediante reinterpretación. Conservar una práctica no exige reproducirla sin cambios, y la incorporación de nuevas técnicas, diseños, usos o mercados no elimina necesariamente su conexión territorial. La cuestión relevante es si el conocimiento, la práctica o el significado cultural continúan formando parte efectiva de la actividad.

La incorporación de ese patrimonio al mercado introduce también tensiones. Una pieza artesanal culturalmente significativa requiere tiempo de trabajo y debe encontrar compradores dispuestos a remunerarlo. Una práctica familiar puede adquirir valor turístico, pero convertirla en servicio implica establecer precios, organizar tiempos y negociar qué aspectos se comercializan. Por ello, el valor cultural no compensa automáticamente una remuneración económica insuficiente, del mismo modo que el éxito comercial no garantiza por sí solo la continuidad significativa de una práctica cultural. El propio manuscrito anterior advertía ya sobre estas posibles tensiones entre dimensiones del valor.

El valor territorial atraviesa prácticamente todas las experiencias, aunque adopta manifestaciones diferentes. Se produce cuando la iniciativa moviliza recursos cuyo significado o utilidad se encuentra asociado con el lugar y consigue relacionarlos con actividades económicas. En los casos agrícolas, tierra, clima y conocimientos productivos constituyen componentes centrales. En los artesanales, materiales, técnicas y referentes culturales vinculan producción y territorio. En las iniciativas turísticas, paisaje, producción agrícola, historia familiar y prácticas rurales forman parte de aquello que se pretende ofrecer a visitantes. La apicultura de Paola depende directamente de condiciones ecológicas asociadas con los lugares donde se ubican los apiarios.

El valor territorial no significa, sin embargo, autosuficiencia local. Los casos muestran justamente lo contrario: la capacidad de generar ingresos depende con frecuencia de conectar recursos territoriales con mercados, conocimientos e instituciones externas. Alexander

busca clientes fuera de su comunidad; Fredy dirige parte de su producción hacia mercados urbanos; Paola articula producción en Olá con procesamiento y comercialización en Penonomé; Finca El Edén necesita visitantes y conexiones con otros servicios. El valor territorial se produce, por tanto, mediante una combinación de arraigo y apertura.

Esta constatación evita dos interpretaciones extremas. La primera sería reducir el territorio a una desventaja asociada con distancia, infraestructura o mercados pequeños. La segunda, idealizarlo como un conjunto de recursos suficientes para generar desarrollo por sí mismos. Los casos muestran ambas dimensiones simultáneamente: el territorio proporciona recursos y significado, pero su transformación en valor depende de capacidades, conexiones e infraestructura.

El reconocimiento de estas formas múltiples de valor plantea necesariamente la cuestión de la sostenibilidad. Aquí la evidencia exige una delimitación especialmente estricta. La investigación no incorporó mediciones sistemáticas sobre uso de agua, manejo del suelo, cantidades y procedencia de materias primas, agroquímicos, residuos, biodiversidad, regeneración de recursos o capacidad de carga turística. Por ello, el estudio no permite clasificar globalmente los nueve emprendimientos como ambientalmente sostenibles o insostenibles. Esta limitación está expresamente establecida en el alcance metodológico de la obra.

Las entrevistas sí permiten identificar relaciones ambientales relevantes. Los emprendimientos artesanales utilizan materiales naturales como madera, piedra jabón y chonta; las actividades agrícolas dependen del suelo, agua, clima y manejo de plagas; la apicultura está directamente condicionada por floración y comportamiento de las colonias; las iniciativas turísticas utilizan paisaje, cultivos y espacios rurales como parte de su propuesta. También aparecen prácticas concretas, como el reaprovechamiento de escamas de pescado por Anayelis o la utilización de cera en productos derivados por Paola, además de aspiraciones explícitas de desarrollar determinadas prácticas ambientales en la iniciativa de Anayda.

Pero dependencia de la naturaleza, aprovechamiento de un residuo o intención ambiental no equivalen a sostenibilidad. Una materia prima puede ser natural y proceder de una extracción no sostenible; una actividad artesanal puede tener pequeña escala y generar impactos que no fueron medidos; una finca puede definirse como orgánica o sostenible como aspiración sin que existan datos para verificar esas condiciones; y un emprendimiento turístico puede basarse en naturaleza y requerir posteriormente mayor consumo de agua, energía, transporte y gestión de residuos conforme aumente el número de visitantes.

En consecuencia, deben evitarse varias equivalencias: lo local no es necesariamente sostenible; lo natural no garantiza renovabilidad; lo artesanal no implica automáticamente bajo impacto; la pequeña escala no elimina los riesgos ambientales; y el turismo rural o de naturaleza no genera por sí mismo conservación. Esta precaución es especialmente importante en una obra que busca poner en valor los emprendimientos rurales: el reconocimiento académico de sus contribuciones no requiere atribuirles características ambientales que la evidencia no permite demostrar.

Existe además una segunda confusión que debe evitarse: equiparar sostenibilidad con capacidad para resistir dificultades. Algunos emprendimientos han permanecido durante años mediante reinversión, esfuerzo personal, flexibilidad, apoyo familiar y adaptación constante. Esa continuidad constituye un resultado relevante, pero no demuestra que las condiciones que la hacen posible puedan mantenerse indefinidamente.

Una iniciativa puede sobrevivir utilizando trabajo familiar que no se remunera, posponiendo inversiones, reduciendo el ingreso de quien la dirige o dependiendo de otras fuentes familiares. En estos casos, hablar de “resiliencia” o “sostenibilidad” sin examinar los costos de esa permanencia podría terminar normalizando condiciones económicas o laborales problemáticas. Como se establecía ya en la versión precedente del análisis, la resistencia ante las crisis no es equivalente a sostenibilidad.

También pueden producirse tensiones entre distintas dimensiones. Incrementar la producción puede mejorar ingresos y aumentar simultáneamente necesidades de agua, insumos o transporte. Incorporar más visitantes puede fortalecer la viabilidad de una iniciativa turística y exigir mayor infraestructura y manejo ambiental. Elaborar una pieza artesanal compleja puede contribuir a conservar una técnica y no ser económicamente rentable si el precio no remunera el tiempo necesario. Formalizar procesos puede mejorar condiciones sanitarias o comerciales y, al mismo tiempo, incorporar costos que el emprendimiento debe ser capaz de asumir.

Estas tensiones no implican que crecimiento, diversificación o formalización sean negativos. Indican que la sostenibilidad no puede reducirse a una única dimensión ni darse por supuesta a partir de un atributo deseable. Requiere examinar cómo evolucionan conjuntamente las condiciones económicas, familiares, laborales, sociales y ambientales.

Precisamente por ello, el concepto de valor resulta útil si se mantiene separado del de sostenibilidad. Los nueve casos proporcionan evidencia suficiente para identificar contribuciones económicas, familiares, culturales, sociales y territoriales. No proporcionan el mismo nivel de evidencia para determinar sostenibilidad ambiental integral, rentabilidad financiera comparable o estabilidad futura. Reconocer estas diferencias fortalece el análisis en lugar de debilitarlo.

En términos comparativos, los casos permiten concluir que una forma de valor no sustituye a otra. El significado cultural de una artesanía no elimina la necesidad de un mercado capaz de remunerarla; la contribución al hogar no demuestra autonomía financiera; el aprendizaje obtenido mediante una iniciativa no garantiza su viabilidad; la valorización turística del patrimonio rural no acredita sostenibilidad ambiental; y una trayectoria prolongada no constituye por sí misma evidencia de consolidación. El manuscrito previo ya señalaba esta necesidad de reconocer aportes multidimensionales sin utilizarlos para normalizar ingresos insuficientes o dependencia permanente del trabajo familiar.

CONCLUSIONES, IMPLICACIONES Y RECOMENDACIONES

■ Conclusiones principales

El estudio permite concluir que los nueve emprendimientos rurales analizados en Coclé se configuran y sostienen mediante la articulación entre capacidades individuales, recursos familiares, activos territoriales y conexiones externas. Su trayectoria no puede explicarse adecuadamente considerando el negocio como una unidad económica aislada. Tierra, conocimientos, trabajo, herramientas, ingresos complementarios, redes familiares y comunitarias, infraestructura, mercados e instituciones intervienen de manera combinada y con diferente peso en cada caso.

Esta constatación responde a la pregunta central de la investigación: el territorio, las estrategias familiares de vida y las condiciones de género y generacionales no actúan como factores periféricos, sino como componentes constitutivos de las trayectorias emprendedoras estudiadas. Al mismo tiempo, su influencia no es uniforme. Los nueve casos muestran combinaciones diferentes de recursos, restricciones y posibilidades, lo que impide identificar una única trayectoria de emprendimiento rural o un modelo común de consolidación.

A partir del análisis pueden formularse siete conclusiones principales:

1. Las trayectorias emprendedoras rurales son heterogéneas y no siguen una secuencia lineal de desarrollo.

En los casos analizados conviven iniciativas con larga continuidad, emprendimientos que han acumulado progresivamente capacidades, actividades en procesos de diversificación y proyectos todavía en fase de establecimiento. La antigüedad, la formalización, el crecimiento y la estabilidad económica evolucionan de manera diferente. Por ello, no resulta adecuado ordenar los casos desde emprendimientos “incipientes” hasta “exitosos” como si todos debieran recorrer la misma ruta. La continuidad constituye un proceso de adaptación y no un estadio final.

2. El territorio constituye simultáneamente un recurso y una restricción.

Los emprendimientos movilizan conocimientos, materias primas, tierra, prácticas productivas, referencias culturales, paisaje y relaciones vinculadas con sus comunidades. Estos elementos contribuyen a diferenciar productos y servicios y, en algunos casos, forman parte directa de su propuesta de valor. Sin embargo, disponer de activos territoriales no

garantiza capacidad para convertirlos en ingresos. Distancia, condiciones viales, transporte, acceso a servicios, tamaño de los mercados y exposición a factores climáticos pueden restringir las posibilidades de aprovechamiento económico. El arraigo territorial observado no supone aislamiento: varias iniciativas dependen precisamente de conexiones con compradores, conocimientos e instituciones situados fuera de sus comunidades.

3. La familia constituye una parte sustantiva de la infraestructura económica de los emprendimientos.

En diferentes casos aporta tierra, espacios de trabajo, conocimientos, herramientas, transporte, ingresos, trabajo y redes. A su vez, los ingresos generados por las iniciativas contribuyen en distintos grados a gastos familiares, educación, reinversión o capacidad de organización del tiempo. Esta interdependencia muestra que la frontera entre empresa y hogar es frecuentemente permeable. También obliga a reconocer que una parte de los costos reales puede ser absorbida por la familia y permanecer fuera de los registros económicos del negocio. Por tanto, la permanencia de una iniciativa no puede utilizarse por sí sola como prueba de autosuficiencia financiera.

4. La comercialización constituye una restricción más transversal que la capacidad de producir.

Los casos muestran conocimientos productivos, experiencia y capacidad para elaborar bienes o prestar servicios, pero convertir esa producción en ventas regulares continúa siendo un desafío recurrente. Ferias, encargos, recomendaciones, intermediarios, redes sociales y contactos personales permiten acceder a compradores, aunque muchos de estos canales son periódicos o poco previsibles. La evidencia sugiere que el fortalecimiento del emprendimiento rural requiere prestar tanta atención a la construcción de mercados y canales comerciales como a la formación productiva. Producir más no resuelve necesariamente una actividad cuya principal restricción se encuentra en vender con suficiente regularidad y en condiciones económicas adecuadas.

5. El ecosistema de apoyo existe, pero es experimentado de manera desigual y frecuentemente fragmentada.

Los participantes han tenido experiencias diferentes con capacitaciones, ferias, reconocimientos, asociaciones, programas de financiamiento y entidades públicas. Algunos han conseguido acceder a varios de estos recursos; otros mantienen relaciones institucionales limitadas o desconocen qué entidad puede atender una necesidad específica. La evidencia no permite evaluar la cobertura o eficacia general de las instituciones de Coclé, pero sí demuestra que la mera existencia de un programa no equivale a acceso efectivo ni a acompañamiento continuado. La pertinencia del apoyo depende del sector, del momento de desarrollo del emprendimiento y de condiciones concretas de acceso, como distancia, horarios, información y requisitos.

6. Género y juventud influyen en las trayectorias mediante relaciones y condiciones concretas, no como atributos que determinen automáticamente los resultados.

Las experiencias de las mujeres muestran diferentes combinaciones de actividad económica, responsabilidades familiares, organización del tiempo, participación de parejas y familiares y acceso a recursos. El estudio documenta márgenes de decisión y generación de ingresos, pero no dispone de evidencia suficiente para atribuir autonomía económica plena al conjunto de las participantes ni para asumir una distribución homogénea de las cargas familiares. De manera similar, las trayectorias juveniles muestran distintas formas de aprendizaje, construcción de credibilidad y vinculación con el territorio. Las personas jóvenes combinan conocimientos familiares, educación, experiencia práctica y conexiones externas, pero juventud no equivale automáticamente a innovación, digitalización o mayor capacidad empresarial. Tampoco permanecer en el territorio debe considerarse necesariamente una opción superior a estudiar, trabajar fuera o combinar movilidad y retorno.

7. Los emprendimientos generan formas de valor que exceden la dimensión económica, pero estas no deben confundirse con sostenibilidad.

En los casos se documentan contribuciones familiares, culturales, sociales y territoriales además de la generación de ingresos. La transmisión de conocimientos, la reinterpretación de prácticas culturales, la utilización económica de recursos locales, la construcción de redes y la contribución a objetivos familiares forman parte de ese valor. Sin embargo, ninguna de estas dimensiones sustituye la necesidad de analizar la viabilidad económica del negocio ni permite afirmar sostenibilidad ambiental. La investigación no contó con mediciones suficientes sobre uso de recursos, residuos, suelo, agua, agroquímicos, biodiversidad o impactos turísticos para clasificar globalmente las iniciativas como ambientalmente sostenibles.

Estas conclusiones conducen a una distinción central para interpretar el conjunto de la investigación: continuidad, viabilidad, consolidación y sostenibilidad representan condiciones diferentes. Una actividad puede mantenerse durante años sin generar ingresos suficientes; puede estar formalizada y continuar dependiendo de recursos familiares; puede generar valor cultural sin disponer de un mercado estable; o puede utilizar recursos naturales sin que exista evidencia suficiente sobre la sostenibilidad de su manejo. Mantener estas diferencias evita convertir la permanencia del negocio en una medida simplificada de éxito.

El estudio también permite concluir que la capacidad de las personas emprendedoras para adaptarse constituye solo una parte de la explicación. Las nueve trayectorias muestran iniciativa, aprendizaje, búsqueda de soluciones y movilización de recursos, pero la continuidad no puede atribuirse exclusivamente al esfuerzo individual. Mercados, infraestructura, asistencia técnica, financiamiento pertinente, información y articulación institucional condicionan el margen dentro del cual las personas pueden actuar. Interpretar las dificultades exclusivamente como falta de capacidades empresariales trasladaría a los individuos problemas que en parte pertenecen a las condiciones del entorno.

Por esta razón, el principal resultado de la investigación no consiste en identificar un perfil de emprendedor rural exitoso, sino en mostrar que las posibilidades de sostener una iniciativa dependen de la calidad de la articulación entre persona, hogar, territorio y entorno económico e institucional. Los casos más organizados no son necesariamente los menos vulnerables, del mismo modo que las iniciativas de menor escala no carecen por ello de valor económico, familiar o territorial.

En definitiva, los nueve casos muestran un emprendimiento rural situado, relacional y diverso. Situado, porque los recursos y restricciones del territorio forman parte de la propia actividad; relacional, porque su funcionamiento depende de familias, redes, compradores e instituciones; y diverso, porque las trayectorias responden a sectores, etapas vitales y combinaciones de recursos distintas. Esta conclusión proporciona la base para las implicaciones académicas que se desarrollan a continuación y, posteriormente, para formular recomendaciones que respondan a las condiciones observadas en lugar de asumir un modelo uniforme de apoyo al emprendimiento rural.

■ Contribuciones e implicaciones académicas

La principal contribución académica de esta investigación consiste en aportar evidencia cualitativa sobre cómo se construyen y sostienen trayectorias emprendedoras rurales concretas desde la interacción entre territorio, familia y actividad económica. Los nueve casos muestran que el emprendimiento rural no se comprende adecuadamente si se analiza exclusivamente a partir de características individuales de la persona emprendedora o de variables empresariales como tamaño, formalización o crecimiento. Su funcionamiento depende también de recursos y relaciones que se encuentran fuera de los límites formales del negocio, pero que resultan esenciales para su continuidad.

Este resultado refuerza los enfoques que conciben el emprendimiento rural como un fenómeno territorialmente situado (Stathopoulou et al., 2004; Tabares et al., 2022; Korsgaard et al., 2025). Los casos analizados muestran, además, que el arraigo no debe interpretarse como dependencia exclusiva de recursos locales. Las iniciativas combinan conocimientos, activos y relaciones territoriales con mercados, formación, instituciones y contactos externos. De esta forma, el territorio aparece menos como un espacio cerrado que como una base desde la cual se construyen conexiones de distinta escala. Una implicación académica es, por tanto, la necesidad de estudiar conjuntamente arraigo y conectividad, en lugar de tratarlos como condiciones opuestas.

Una segunda contribución deriva de situar las estrategias familiares de vida en el centro del análisis. Los casos muestran que tierra, infraestructura doméstica, conocimientos, trabajo, transporte, ingresos y relaciones familiares pueden formar parte efectiva de la base productiva del emprendimiento. Al mismo tiempo, los recursos generados por este retornan al hogar y contribuyen, con diferente intensidad, a necesidades y objetivos familiares.

Esta circulación dificulta separar empíricamente empresa y familia y confirma la utilidad de perspectivas que analizan el emprendimiento dentro de configuraciones más amplias de recursos y medios de vida (Tabares et al., 2022).

Esta aproximación tiene una consecuencia analítica importante: la unidad económica observable puede ser más amplia que el negocio formalmente identificado. Si parte del trabajo, los activos o el financiamiento procede del hogar y no se registra como costo empresarial, una valoración basada únicamente en ingresos y desembolsos visibles puede sobreestimar la capacidad autónoma de la iniciativa para sostenerse. Para futuras investigaciones, esto sugiere incorporar de forma más sistemática el valor del trabajo familiar, la titularidad y control de activos, los flujos entre hogar y negocio y la coexistencia con otras fuentes de ingreso.

Un tercer aporte consiste en diferenciar conceptualmente continuidad, viabilidad, consolidación y sostenibilidad. En buena parte del discurso sobre emprendimiento, la permanencia temporal puede interpretarse implícitamente como señal de éxito. Los casos de Coclé muestran que estas condiciones pueden evolucionar de manera independiente: una iniciativa puede mantenerse durante años con mercados inestables; otra puede alcanzar mayor formalización sin proporcionar todavía ingresos suficientes; y una actividad puede generar valor cultural o territorial sin que exista evidencia para determinar su sostenibilidad ambiental.

Esta diferenciación propone una lectura más precisa de las trayectorias empresariales rurales. La continuidad informa sobre la permanencia efectiva de la actividad; la viabilidad exige considerar su capacidad económica para sostener el funcionamiento; la consolidación remite a mayores niveles de estabilidad organizativa y comercial; y la sostenibilidad requiere incorporar dimensiones adicionales que no pueden inferirse únicamente de la supervivencia del negocio. Mantener separadas estas categorías reduce el riesgo de convertir en resultados demostrados atributos que requieren evidencias diferentes.

La investigación aporta también una lectura de género de carácter relacional. Las seis trayectorias femeninas no respaldan una representación homogénea de la mujer emprendedora rural. Las diferencias en etapa vital, formación, sector, organización familiar, acceso a recursos y participación de parejas o familiares resultan demasiado importantes para reducirlas a una única experiencia. Este hallazgo coincide con las críticas a enfoques que tratan a las mujeres rurales como una categoría uniforme o interpretan automáticamente el emprendimiento en términos de empoderamiento (Ahl et al., 2024).

En este sentido, el estudio refuerza la necesidad de analizar por separado generación de ingresos, participación, control de recursos, capacidad de decisión y autonomía económica. Ninguno de estos conceptos puede utilizarse como sustituto de los demás. Del mismo modo, trabajar desde el hogar o disponer de flexibilidad horaria no permite concluir que exista conciliación efectiva o una distribución equitativa de las responsabilidades familiares.

Académicamente, ello implica desplazar la atención desde la mera presencia de mujeres en actividades económicas hacia las relaciones concretas mediante las cuales se distribuyen tiempo, trabajo, recursos y decisiones.

Una implicación similar aparece en el análisis de la juventud. Los casos de Alexander, Anayelis, Maily, Anayda y Fredy muestran formas diferentes de construir una trayectoria económica a partir de conocimientos familiares, educación, aprendizaje práctico y conexiones externas. La evidencia no respalda asociaciones automáticas entre juventud, innovación, tecnología o predisposición emprendedora. Resulta más productivo analizar qué recursos pueden movilizar las personas jóvenes, qué grado de control tienen sobre ellos y cómo construyen progresivamente capacidades y legitimidad.

Los resultados contribuyen asimismo a una comprensión menos binaria de la relación entre juventud, movilidad y permanencia territorial. Permanecer en una comunidad, estudiar fuera, regresar, conectarse con mercados urbanos o combinar distintos espacios pueden formar parte de una misma trayectoria. Esta interpretación converge con trabajos que cuestionan la oposición rígida entre quedarse y marcharse y resaltan la importancia de la movilidad y el retorno en las transiciones juveniles rurales (Cook & Cuervo, 2020; Rodríguez-Lizano et al., 2022; Oliva et al., 2026). La cuestión relevante no es únicamente si una persona joven permanece físicamente en el territorio, sino qué oportunidades posee para construir una trayectoria que mantenga, transforme o recupere su vinculación con él.

Otra contribución reside en la consideración de formas múltiples de valor. El análisis documenta contribuciones económicas, familiares, sociales, culturales y territoriales, evitando reducir el resultado empresarial exclusivamente al crecimiento financiero. Esta perspectiva permite reconocer la transmisión y reinterpretación de conocimientos, la contribución a objetivos familiares o la movilización de activos territoriales como resultados relevantes. Sin embargo, el estudio introduce deliberadamente un límite: reconocer estas formas de valor no autoriza a compensar analíticamente ingresos insuficientes ni a atribuir sostenibilidad ambiental sin evidencia específica.

Esta última cuestión constituye una implicación relevante para la investigación sobre emprendimiento rural y negocios vinculados con recursos naturales. Los casos muestran que categorías como local, artesanal, rural, natural o agroturístico no pueden utilizarse como indicadores indirectos de sostenibilidad ambiental. La sostenibilidad requiere evidencia sobre prácticas y efectos concretos. Para futuras investigaciones, ello implica incorporar indicadores adecuados al sector —manejo de materias primas, agua, suelo, agroquímicos, residuos, biodiversidad o capacidad de carga, según corresponda— antes de formular conclusiones ambientales.

Finalmente, la estrategia metodológica de reconstruir primero cada trayectoria y realizar después la comparación transversal permitió preservar diferencias que habrían quedado ocultas mediante una clasificación temprana de los casos. Esta experiencia respalda la utilidad de combinar análisis individual y análisis comparativo, especialmente en corpus pe-

queños y heterogéneos. También confirma que la relevancia analítica de un tema no debe establecerse únicamente por su frecuencia: una experiencia mencionada en pocos casos puede resultar conceptualmente importante si permite identificar un mecanismo, una tensión o una condición específica.

Las contribuciones de esta investigación deben entenderse dentro de los límites de su diseño. Los nueve casos no representan estadísticamente al conjunto de emprendimientos rurales de Coclé ni permiten estimar la prevalencia de los patrones identificados. Su aporte es analítico y contextual: muestran mecanismos, relaciones y distinciones conceptuales que pueden orientar nuevas investigaciones y ser examinados en otros territorios mediante diseños comparativos o muestras más amplias.

En conjunto, el estudio propone comprender el emprendimiento rural no como la actuación aislada de una persona que moviliza recursos propios para aprovechar una oportunidad, sino como una trayectoria construida en la intersección entre persona, hogar, territorio y conexiones externas. Esta perspectiva permite integrar aportes de la literatura sobre emprendimiento rural, medios de vida, género y juventud sin reducir ninguna de estas dimensiones a una explicación única. Su principal implicación académica es, precisamente, desplazar el análisis desde la búsqueda de un perfil ideal de emprendedor hacia el estudio de las configuraciones de recursos y condiciones que hacen posible (o restringen) distintas formas de continuidad empresarial en los territorios rurales.

■ **Recomendaciones para incubadoras, universidades y organizaciones de apoyo.**

Los resultados sugieren que el acompañamiento al emprendimiento rural debería alejarse de intervenciones uniformes y de corta duración. Los nueve casos presentan necesidades diferentes según sector, momento de desarrollo, acceso a mercados, recursos familiares y capacidades disponibles. Por ello, incubadoras, universidades y organizaciones de apoyo pueden aportar mayor valor cuando trabajan sobre problemas concretos de las trayectorias y no únicamente sobre competencias generales para emprender.

I. Sustituir la formación genérica por rutas de acompañamiento diferenciadas.

Una capacitación básica en emprendimiento puede ser útil en las primeras etapas, pero resulta insuficiente para responder a necesidades tan distintas como manejo agronómico, fijación de precios, desarrollo de productos, atención turística, comercialización o formalización. La intervención debería comenzar con un diagnóstico breve del emprendimiento que permita identificar qué está efectivamente funcionando, qué se encuentra todavía en construcción y cuál es la restricción prioritaria. A partir de allí, el acompañamiento puede organizarse por etapas y revisarse conforme avance la iniciativa. Esto evitaría ofrecer el mismo contenido a una persona que todavía necesita resolver problemas productivos y a otra cuyo principal desafío es ampliar mercados o mejorar su gestión.

2. Dar mayor prioridad a comercialización, costeo y construcción de mercados.

En varios casos, la dificultad no reside en producir, sino en vender con suficiente regularidad. Por esta razón, los programas deberían dedicar una parte sustantiva de sus recursos a capacidades comerciales aplicadas: identificación de clientes, cálculo de costos y precios, presentación del producto, negociación, gestión de pedidos, seguimiento de clientes y evaluación de canales de venta. Las ferias pueden mantenerse como instrumentos de visibilidad, pero no deberían constituir la estrategia comercial principal. El acompañamiento debería ayudar a convertir contactos ocasionales en relaciones comerciales más regulares y a identificar canales adecuados para cada producto, evitando promover incrementos de producción antes de comprobar que existe una demanda capaz de absorberlos.

3. Vincular la formación con asistencia técnica y seguimiento posterior.

Los casos muestran que adquirir información no garantiza poder aplicarla. Universidades y organizaciones de apoyo podrían aportar especialmente mediante esquemas de mentoría o asistencia periódica que permitan acompañar decisiones reales después de una capacitación. En agricultura, esto puede implicar acceso a conocimiento técnico pertinente para los cultivos; en artesanía, apoyo en diseño, costeo o comercialización; en turismo rural, estructuración de experiencias, precios, seguridad y coordinación de servicios; y en actividades con mayor grado de formalización, apoyo para gestión, procesos y crecimiento. La finalidad no debería ser mantener indefinidamente una dependencia del asesor, sino fortalecer progresivamente la capacidad de decisión de la persona emprendedora.

4. Diseñar el acompañamiento teniendo en cuenta la realidad territorial y familiar.

Los horarios, desplazamientos y formatos de los programas pueden convertirse en barreras de acceso. La experiencia de los participantes muestra que proximidad, tiempo disponible y compatibilidad con responsabilidades familiares influyen en la posibilidad efectiva de asistir a capacitaciones, ferias o reuniones. Cuando sea viable, conviene acercar actividades a los territorios, combinar modalidades presenciales y remotas y concentrar intervenciones para reducir desplazamientos innecesarios. Del mismo modo, el diagnóstico del emprendimiento debería reconocer los recursos aportados por la familia (tierra, trabajo, transporte, infraestructura o ingresos) para no evaluar la actividad como si operara de forma independiente del hogar.

Esta consideración es particularmente relevante para el trabajo con mujeres. Los programas no deberían asumir automáticamente que emprendimiento equivale a autonomía ni que flexibilidad equivale a conciliación. Resulta más útil identificar las restricciones concretas de tiempo, movilidad, acceso a recursos y organización del trabajo que enfrenta cada participante y diseñar respuestas a partir de ellas.

5. Trabajar con las personas jóvenes desde la construcción de trayectorias, no únicamente desde la creación de empresas.

Las experiencias juveniles analizadas muestran que emprendimiento, educación, aprendizaje familiar, movilidad y permanencia territorial pueden combinarse de maneras dis-

tintas. Los programas dirigidos a jóvenes deberían evitar presentar el emprendimiento como alternativa única al empleo o a la salida del territorio. Su contribución puede ser mayor si ayudan a transformar conocimientos y recursos existentes en capacidades propias: acceso a mentoría técnica, experimentación a pequeña escala, contacto con mercados, desarrollo de redes y progresiva capacidad de decisión sobre los recursos utilizados.

También resulta pertinente incorporar espacios de intercambio intergeneracional. Los casos muestran que los conocimientos familiares pueden constituir un activo considerable, mientras que las personas jóvenes pueden aportar formación adquirida fuera del hogar, nuevas formas de comercialización o reinterpretaciones de recursos existentes. El objetivo no sería sustituir conocimientos tradicionales por conocimiento técnico externo, sino facilitar su combinación cuando resulte útil para la actividad.

6. Incorporar viabilidad y sostenibilidad como procesos verificables, no como etiquetas.

El acompañamiento debería ayudar a distinguir entre continuidad, generación de ingresos y viabilidad económica. Herramientas sencillas de registro de ventas, costos, horas de trabajo, inversiones y aportes familiares permitirían a las propias personas emprendedoras comprender mejor el funcionamiento de sus iniciativas y tomar decisiones sobre precios, expansión o financiamiento. Esta información resulta especialmente importante antes de recomendar crédito o nuevas inversiones.

Del mismo modo, los programas que incorporen componentes de sostenibilidad ambiental deberían trabajar con criterios verificables y adaptados al sector. No resulta suficiente clasificar una iniciativa como verde, sostenible o amigable con el ambiente por utilizar materias primas naturales, desarrollarse en un medio rural o incorporar actividades turísticas. Cuando la dimensión ambiental sea parte del acompañamiento, debería traducirse en prácticas observables relacionadas, según corresponda, con manejo de materias primas, suelo, agua, insumos, residuos, biodiversidad o capacidad de carga. Esto permitiría que la sostenibilidad se convierta en una dimensión de mejora de la actividad y no únicamente en una categoría promocional.

Un elemento transversal a estas recomendaciones es la necesidad de coordinar mejor los distintos tipos de apoyo. Una incubadora, universidad u organización no necesita resolver directamente todas las necesidades de un emprendimiento. Puede resultar más eficiente actuar como punto de diagnóstico y derivación, conectando a la persona con asistencia técnica, financiamiento, comercialización o instituciones especializadas según corresponda. El valor del acompañamiento estaría entonces no solo en ofrecer servicios propios, sino en ayudar a construir una ruta comprensible entre necesidades y recursos disponibles.

Para las universidades, esta función ofrece además oportunidades de integrar docencia, investigación y extensión. Equipos de estudiantes y docentes pueden apoyar diagnósticos, costeo, comercialización, diseño de productos, análisis de mercados o sistematización de información, siempre bajo supervisión adecuada y evitando convertir a los emprendimientos en ejercicios académicos sin continuidad. La relación resulta más útil cuando existe

seguimiento y cuando la intervención responde a una necesidad previamente identificada por la persona emprendedora.

En síntesis, los casos analizados sugieren que el acompañamiento más pertinente no consiste en producir más emprendedores ni en multiplicar actividades formativas aisladas, sino en mejorar las condiciones para que iniciativas ya existentes o efectivamente en establecimiento puedan resolver restricciones concretas y avanzar hacia mayores niveles de viabilidad y capacidad de decisión. El criterio central debería ser la adecuación del apoyo al sector, al territorio y al momento de cada trayectoria. Sobre esta base, el apartado siguiente traslada el análisis desde las organizaciones de apoyo hacia las condiciones que requieren una respuesta de política pública y acción territorial.

■ **Recomendaciones de política pública y acción territorial**

Los resultados del estudio sugieren que las políticas de apoyo al emprendimiento rural deberían desplazarse desde intervenciones centradas exclusivamente en la persona emprendedora hacia una perspectiva que incorpore también mercados, infraestructura, articulación institucional y condiciones territoriales de acceso. Los casos analizados muestran que muchas de las restricciones relevantes no se originan únicamente dentro del negocio, sino en la relación entre la iniciativa y su entorno. Por ello, las respuestas públicas deberían actuar tanto sobre capacidades individuales como sobre las condiciones que hacen posible convertirlas en actividad económica sostenible en el tiempo.

1. Priorizar la conexión con mercados y no únicamente la creación de emprendimientos.

Una parte importante de las iniciativas estudiadas consigue producir, pero encuentra mayores dificultades para vender de forma regular. Las políticas públicas deberían prestar mayor atención a mecanismos que faciliten acceso sostenido a compradores, información comercial, circuitos de distribución y espacios permanentes o recurrentes de comercialización. Las ferias pueden seguir cumpliendo una función de visibilidad y contacto, pero no deberían constituir por sí solas la principal estrategia pública de acceso al mercado.

Esto implica evitar programas que incentiven aumentos de producción sin haber analizado previamente la capacidad de absorción del mercado. En determinados casos, la intervención más pertinente puede ser mejorar comercialización, logística o posicionamiento antes que ampliar la escala productiva.

2. Mejorar la articulación entre instituciones y simplificar las rutas de acceso al apoyo.

Las experiencias analizadas muestran contactos con distintas instituciones, pero no una trayectoria homogénea o integrada de acompañamiento. Para una persona emprendedora puede resultar difícil identificar qué entidad atiende una necesidad concreta, qué requisitos existen y cómo se relacionan programas de agricultura, emprendimiento, cultura, turismo, ambiente o financiamiento.

Una respuesta posible sería establecer mecanismos territoriales de orientación y derivación, capaces de identificar la situación de la iniciativa y conectarla con la institución competente. El objetivo no sería crear necesariamente nuevas estructuras, sino facilitar una ruta de acceso comprensible entre necesidad, programa e institución y reducir la fragmentación experimentada por las personas usuarias.

3. Territorializar la oferta pública de capacitación y asistencia técnica.

La distancia, los horarios y los costos de desplazamiento pueden limitar el acceso incluso cuando existen programas disponibles. La política pública debería incorporar estos factores al diseñar actividades en áreas rurales. Acercar servicios a los territorios, organizar jornadas concentradas, utilizar formatos híbridos cuando la conectividad lo permita y coordinar intervenciones entre varias instituciones puede reducir barreras de acceso.

La asistencia técnica debería, además, responder a necesidades productivas concretas. Los casos muestran demandas diferenciadas en agricultura, apicultura, artesanía y turismo rural. Una oferta general sobre emprendimiento no sustituye el conocimiento especializado requerido para resolver problemas de manejo productivo, calidad, transformación, seguridad o comercialización.

4. Diseñar instrumentos financieros acordes con la irregularidad de los ingresos rurales.

Los casos no respaldan la idea de que el crédito sea la respuesta principal para todos los emprendimientos. Varias iniciativas funcionan con ingresos variables, estacionales o todavía insuficientes, por lo que una obligación financiera rígida puede aumentar el riesgo si no existe mercado suficiente para sostenerla.

Las políticas de financiamiento deberían considerar el ciclo de cada actividad, la finalidad de la inversión y la capacidad real de pago. Antes de promover endeudamiento, conviene determinar si la principal restricción es efectivamente falta de capital o si se encuentra en mercado, conocimientos, logística o infraestructura. En etapas tempranas, mecanismos de apoyo gradual, equipamiento, asistencia técnica o capital no reembolsable sujeto a condiciones pueden resultar más adecuados que instrumentos crediticios convencionales, dependiendo del caso y de las reglas aplicables.

5. Reconocer explícitamente la dimensión familiar del emprendimiento rural.

El diseño de programas suele tratar al emprendimiento como unidad independiente, mientras que los casos muestran una fuerte interacción con el hogar. Tierra, trabajo, transporte, herramientas e ingresos familiares pueden sostener la actividad y, al mismo tiempo, los recursos generados por el emprendimiento contribuyen a objetivos del hogar.

Las políticas públicas deberían incorporar esta realidad en los diagnósticos y evitar evaluar la viabilidad exclusivamente a partir de los recursos visibles del negocio. Esto es especialmente importante cuando existen aportes familiares no remunerados o activos cuyo uso depende de otros integrantes del hogar. Reconocer esta estructura permitiría

diseñar apoyos más realistas y evitar que determinados costos permanezcan sistemáticamente invisibles.

6. Incorporar enfoques de género y juventud basados en condiciones concretas.

Las políticas dirigidas a mujeres no deberían limitarse a crear convocatorias diferenciadas si persisten restricciones relacionadas con tiempo, movilidad, responsabilidades familiares, acceso a mercados o control de recursos. Los casos muestran trayectorias femeninas muy diferentes, por lo que las intervenciones deberían partir de diagnósticos específicos y no de la presunción de que todas enfrentan las mismas barreras.

De manera similar, las políticas de juventud rural deberían evitar presentar el emprendimiento como única alternativa frente a la migración o el empleo asalariado. Formación, movilidad, retorno y emprendimiento pueden formar parte de una misma trayectoria. Una política orientada a ampliar opciones debería facilitar acceso a conocimientos, activos, mercados y redes, permitiendo que las personas jóvenes construyan proyectos económicos viables sin convertir la permanencia territorial en una obligación.

7. Fortalecer las conexiones económicas entre comunidades rurales y centros de demanda.

Los casos muestran que varios emprendimientos dependen de compradores, servicios o instituciones situados fuera de sus comunidades. Por ello, mejorar carreteras, transporte, conectividad y mecanismos logísticos no constituye una intervención externa al emprendimiento, sino una condición para su funcionamiento.

Esta recomendación resulta particularmente relevante para productos perecederos, actividades que requieren traslado frecuente de insumos y mercancías y propuestas de turismo rural, en las que la accesibilidad condiciona directamente la llegada de visitantes. Las acciones de desarrollo empresarial deberían, por tanto, coordinarse con la planificación territorial y de infraestructura cuando las restricciones identificadas excedan claramente la capacidad de respuesta individual.

8. Promover articulaciones territoriales sin imponer modelos asociativos.

La cooperación puede mejorar compras, comercialización, logística, aprendizaje o promoción conjunta, pero los casos muestran que la disposición a participar en asociaciones es desigual y depende de experiencias previas y niveles de confianza. Las políticas no deberían asumir que la creación formal de organizaciones constituye siempre la solución adecuada.

Puede resultar más efectivo facilitar formas graduales de colaboración —compras conjuntas, rutas comerciales, promoción compartida, intercambio técnico o coordinación de servicios— y permitir que estructuras más formales emerjan cuando exista suficiente confianza y una necesidad claramente reconocida por quienes participan.

9. Vincular la promoción de negocios rurales con criterios ambientales verificables.

Cuando los programas públicos utilicen categorías como emprendimiento verde, sostenible, turismo de naturaleza o producción ambientalmente responsable, deberían acompa-

ñarlas de criterios explícitos y aplicables al sector. La utilización de materias primas naturales, la localización rural o la pequeña escala no constituyen evidencia suficiente de sostenibilidad.

En actividades agrícolas, artesanales, apícolas o turísticas, los criterios ambientales deberían referirse a prácticas concretas y verificables relacionadas, según corresponda, con manejo de suelo, agua, insumos, residuos, materias primas, biodiversidad o capacidad de carga. Esto permitiría evitar el uso promocional de la sostenibilidad sin evidencia y, al mismo tiempo, identificar oportunidades reales de mejora.

Estas recomendaciones apuntan hacia una política pública de emprendimiento rural menos centrada en programas aislados y más orientada a resolver restricciones territoriales concretas y conectar recursos existentes. Los nueve casos no justifican recomendar un único modelo de intervención. Por el contrario, muestran que la pertinencia del apoyo depende del sector, del momento de desarrollo, de los recursos familiares y de las condiciones del territorio.

En este sentido, una política efectiva no debería medirse únicamente por el número de personas capacitadas, emprendimientos registrados o ferias realizadas. Resultaría más informativo observar si las iniciativas mejoran su acceso a mercados, adquieren capacidades pertinentes, reducen restricciones logísticas, fortalecen su información económica y consiguen conexiones institucionales útiles para sus necesidades.

El papel de la política pública sería, por tanto, ampliar las opciones y reducir restricciones que las personas emprendedoras no pueden resolver individualmente. La iniciativa personal continúa siendo necesaria, pero sus resultados dependen también de la calidad de los mercados, la infraestructura, la información, el acompañamiento y la coordinación disponibles en el territorio. Esta perspectiva permite orientar la acción pública hacia condiciones de continuidad más sólidas sin asumir que todas las iniciativas deban formalizarse, crecer o escalar de la misma manera.

Los casos analizados muestran, en definitiva, que fortalecer el emprendimiento rural no consiste únicamente en promover la creación de nuevos negocios. Implica generar condiciones para que iniciativas vinculadas con sus territorios puedan convertir conocimientos, recursos y capacidades existentes en actividades económicamente viables, sin trasladar de manera permanente al hogar los costos y riesgos necesarios para sostenerlas.

Esta perspectiva requiere reconocer la diversidad de las trayectorias y abandonar la expectativa de una ruta única hacia el crecimiento. Para algunas iniciativas, avanzar significará ampliar mercados o incorporar infraestructura; para otras, mejorar precios, fortalecer conocimientos, disponer de canales comerciales más regulares o consolidar una actividad que ya cumple una función importante dentro de la economía familiar. La pertinencia de las políticas y los programas dependerá, precisamente, de su capacidad para responder a esas diferencias.

Emprender desde el territorio significa, por tanto, construir actividad económica a partir de recursos, relaciones y conocimientos situados, pero también disponer de conexiones que permitan transformar esas capacidades en oportunidades reales. Los nueve casos de Coclé muestran tanto las posibilidades de ese proceso como las condiciones que todavía limitan su continuidad. Reconocer ambas dimensiones (sin idealizar las iniciativas ni reducirlas a sus restricciones) constituye el principal punto de partida para un apoyo al emprendimiento rural más ajustado a la realidad de quienes lo desarrollan.

■ Referencias

- Ahl, H., Berglund, K., Pettersson, K., & Tillmar, M. (2024). Women's contributions to rural development: Implications for entrepreneurship policy. *International Journal of Entrepreneurial Behavior & Research*, 30(7), 1652–1677. <https://doi.org/10.1108/IJE-BR-11-2022-0973>
- Asmit, B., Simatupang, T. M., Rudito, B., & Novani, S. (2024). Uncovering the building blocks of rural entrepreneurship: A comprehensive framework for mapping the components of rural entrepreneurial ecosystems. *Heliyon*, 10(1), e24139. <https://doi.org/10.1016/j.heliyon.2024.e24139>
- Autoridad de la Micro, Pequeña y Mediana Empresa. (2026). Fondo concursable Capital Semilla. https://ampyme.gob.pa/?page_id=208
- Autoridad de Turismo de Panamá. (2022a). Plan de acción destino: *El Valle de Antón. Plan Maestro de Turismo Sostenible de Panamá 2020–2025*. <https://www.atp.gob.pa/wp-content/uploads/2024/06/Plan-de-Gestion-de-Destino-Valle-de-Anton.pdf>
- Autoridad de Turismo de Panamá. (2022b). *Plan de acción destino: Riviera Pacífica. Plan Maestro de Turismo Sostenible de Panamá 2020-2025*. <https://leap.unep.org/en/countries/pa/national-legislation/plan-maestro-de-turismo-sostenible-de-panama-2020-2025>
- Bouichou, E. H., Abdoulaye, T., Allali, K., Bouayad, A., & Fadlaoui, A. (2021). Entrepreneurial intention among rural youth in Moroccan agricultural cooperatives: The future of rural entrepreneurship. *Sustainability*, 13(16), Article 9247. <https://doi.org/10.3390/su13169247>
- Braun, V., & Clarke, V. (2021). Thematic analysis: A practical guide. SAGE Publications. <https://www.sagepub.com/shop/buy-a-book/thematic-analysis-1-248481>
- Calispa Aguilar, E. (2021). Rural entrepreneurial ecosystems: A systematic literature review for advancing conceptualisation. *Entrepreneurial Business and Economics Review*, 9(4), 101–114. <https://doi.org/10.15678/EBER.2021.090407>
- Chipfupa, U., & Wale, E. (2018). Farmer typology formulation accounting for psychological capital: Implications for on-farm entrepreneurial development. *Development in Practice*, 28(5), 600–614. <https://doi.org/10.1080/09614524.2018.1467377>
- Cook, J., & Cuervo, H. (2020). Staying, leaving and returning: Rurality and the development of reflexivity and motility. *Current Sociology*, 68(1). <https://doi.org/10.1177/0011392118756473>

Creswell, J. W., & Poth, C. N. (2018). *Qualitative inquiry and research design: Choosing among five approaches* (4th ed.). SAGE Publications. <https://www.sagepub.com/shop/buy-a-book/qualitative-inquiry-and-research-design-4-246896>

Instituto Nacional de Estadística y Censo. (2023a). *Superficie, población y densidad de población en la República, según provincia, comarca indígena, distrito y corregimiento: Censos de 2000, 2010 y 2023*. Contraloría General de la República de Panamá. <https://www.inec.gob.pa/archivos/P0414032720231009162321CUADRO%2010.pdf>

Instituto Nacional de Estadística y Censo. (2023b). *Población en la República, por sexo, según área, provincia y comarca indígena: Censos 2010 y 2023*. Contraloría General de la República de Panamá. https://www.inec.gob.pa/publicaciones/Default3.aspx?ID_CATEGORIA=19&ID_PUBLICACION=1212&ID_SUBCATEGORIA=71

Instituto Nacional de Estadística y Censo. (2023c). *Viviendas particulares ocupadas y personas que las habitan en la República, por tenencia de la vivienda, según algunas características de la vivienda: Censo 2023*. Contraloría General de la República de Panamá. https://www.inec.gob.pa/publicaciones/Default3.aspx?ID_CATEGORIA=19&ID_PUBLICACION=1199&ID_SUBCATEGORIA=71

Instituto Nacional de Estadística y Censo. (2024). *Población de 10 y más años de edad ocupada en la República, por sexo y categoría en la actividad económica, según provincia, comarca indígena y grupos de edad: Censo 2023*. Contraloría General de la República de Panamá. https://www.inec.gob.pa/publicaciones/Default3.aspx?ID_CATEGORIA=19&ID_PUBLICACION=1212&ID_SUBCATEGORIA=71

Instituto Nacional de Estadística y Censo. (2024b). *Empresas, personal empleado, sueldos y salarios pagados e ingresos totales en la República, según provincia, Directorio de Empresas y Locales: año 2022*. Contraloría General de la República de Panamá. https://www.inec.gob.pa/publicaciones/Default3.aspx?ID_CATEGORIA=10&ID_PUBLICACION=1290&ID_SUBCATEGORIA=54

Instituto Nacional de Estadística y Censo. (2024c). *Viviendas particulares ocupadas y población de la provincia de Coclé con algunas características importantes, según distrito, corregimiento y lugar poblado: Censos 2023*. Contraloría General de la República de Panamá. <https://www.inec.gob.pa/archivos/P0705547520240201164556Cocl%C3%A9.pdf>

Korsgaard, S., Gartner, W. B., Dentoni, D., Tillmar, M., & Gaddefors, J. (2025). Rural entrepreneurship: Foundations and future directions during a time of transformation. *Entrepreneurship & Regional Development*, 37(9–10), 1085–1101. <https://doi.org/10.1080/08985626.2025.2532618>

- Kulawiak, A., & Rachwał, T. (2024). Understanding rural entrepreneurship: A literature review of research directions and a proposal of conceptual framework based on the entrepreneur–place relationship. *Geographia Polonica*, 97(4), 359–381. <https://doi.org/10.7163/GPol.0283>
- Masoomi, E., Rezaei-Moghaddam, K., & Teixeira, A. C. (2024). Evolution, roots and influence of the rural entrepreneurship literature: A bibliometric account. *Journal of Enterprising Communities: People and Places in the Global Economy*, 18(2), 174–206. <https://doi.org/10.1108/JEC-04-2022-0065>
- Miles, M. B., Huberman, A. M., & Saldaña, J. (2020). Qualitative data analysis: A methods sourcebook (4th ed.). SAGE Publications. <https://www.sagepub.com/shop/buy-a-book/qualitative-data-analysis-4-246128>
- Ministerio de Ambiente. (2025, 19 de julio). 240 nuevos guardaparques de MiAmbiente ya protegen 15 parques nacionales y 12 áreas naturales a nivel nacional. <https://miambiente.gob.pa/240-nuevos-guardaparques-de-miambiente-ya-protegen-15-parques-nacionales-y-12-areas-naturales-a-nivel-nacional/>
- Ministerio de Cultura. (2024, 1 de marzo). Descubren importante tumba con suntuoso ajuar de oro en el Parque Arqueológico El Caño. <https://micultura.gob.pa/descubren-importante-tumba-con-suntuoso-ajuar-de-oro-en-parque-arqueologico-el-cano/>
- Ministerio de Desarrollo Agropecuario. (2025, 7 de mayo). MIDA de Coclé presenta sus proyectos agropecuarios del quinquenio 2025-2029. <https://mida.gob.pa/2025/05/07/mida-de-cocle-presenta-sus-proyectos-agropecuarios-del-quinquenio-2025-2029/>
- Ministerio de Desarrollo Agropecuario. (2026). Memoria 2025. <https://mida.gob.pa/wp-content/uploads/2026/01/Memoria2025.pdf>
- Oliva, J., Iso, A., & Reguera, G. (2026). “Now I’m here”. Youth transitions, mobilities and uncertainties in rural peripheries. *Journal of Rural Studies*, 126, Article 104296. <https://doi.org/10.1016/j.jrurstud.2026.104296>
- Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura. (2017). Procedimientos y técnicas artesanales de obtención de fibras vegetales para talcos, pintas y crinejas del sombrero pintao. <https://ich.unesco.org/es/RL/procedimientos-y-tecnicas-artesanales-de-obtencion-de-fibras-vegetales-para-talcos-pintas-y-crinejas-del-sombrero-pintao-01272>
- Pauzi, S. A., Idris, A., & Bowen, R. (2025). Business survival of rural entrepreneurs: A systematic literature review and future research agenda. *Journal Pengurusan*, 74. <https://doi.org/10.17576/pengurusan-2025-74-3>

- Pittí, A., Gaudin, Y., & Hess, S. (2021). *Caracterización de los espacios rurales en Panamá a partir de estadísticas nacionales: Enfoque social, económico y demográfico*. Comisión Económica para América Latina y el Caribe. <https://hdl.handle.net/11362/46797>
- Red de Centros de Competitividad Regionales. (2022). *Visión 2050 Coclé: Actualización con énfasis en innovación y emprendimiento*. <https://visionesregionalespanama2050.cecomro.com/wp-content/uploads/2023/07/Cocle.pdf>
- Rodriguez-Lizano, V., Montero-Vega, M., & Sibelet, N. (2022). Drivers and actions that determine the choice of young farmers in Costa Rica to stay on the family farm. *The International Journal of Sociology of Agriculture and Food*, 28(2), 41–58. <https://doi.org/10.48416/ij saf.v28i2.69>
- Stathopoulou, S., Psaltopoulos, D., & Skuras, D. (2004). Rural entrepreneurship in Europe: A research framework and agenda. *International Journal of Entrepreneurial Behavior & Research*, 10(6), 404–425. <https://doi.org/10.1108/13552550410564725>
- Tabares, A., Londoño-Pineda, A., Cano, J. A., & Gómez-Montoya, R. (2022). Rural entrepreneurship: An analysis of current and emerging issues from the sustainable livelihood framework. *Economies*, 10(6), Article 142. <https://doi.org/10.3390/economies10060142>
- Universidad de Panamá. (2024). Rendición de cuentas 2024. <https://www.up.ac.pa/sites/default/files/2024-09/Rendicion-de-Cuentas-2024-Universidad-de-Panama.pdf>
- Universidad de Panamá. (2026). Memoria institucional 2025. <https://www.up.ac.pa/sites/default/files/2026-01/UniversidadPanamaMemorialInstitucional2025.pdf>
- Yin, R. K. (2018). *Case study research and applications: Design and methods* (6th ed.). SAGE Publications. <https://www.sagepub.com/shop/buy-a-book/case-study-research-and-applications-6-250150>

> Anexo 1. Consentimiento Informado para Entrevista y Publicación



Consentimiento Informado para Entrevista y Publicación

Título del estudio: Emprender desde el territorio: Género, juventud y estrategias de vida en nueve emprendimientos rurales de Coclé, Panamá.

Yo, _____ (nombre completo), con cédula/pasaporte No. _____, manifiesto que:

1. He sido informada sobre los objetivos del estudio, que busca conocer y compartir experiencias de mujeres emprendedoras rurales en Panamá.
2. Acepto participar en una entrevista sobre mi negocio y mi experiencia como emprendedora.
3. Autorizo que mi nombre, el nombre y detalles de mi negocio, y mi fotografía puedan ser publicados en el informe final, artículos académicos, materiales de divulgación y otros productos del proyecto.
4. Entiendo que antes de cualquier publicación, se me enviará la versión donde aparezca mi información, para que yo pueda revisarla y dar mi visto bueno.
5. Sé que mi participación es voluntaria y no recibiré ninguna compensación económica. También, puedo retirarme en cualquier momento, sin ninguna consecuencia negativa.
6. Entiendo que la información recolectada será utilizada únicamente con fines de investigación, docencia y difusión académica.

Lugar y fecha: _____

Firma de la participante: _____

Firma del investigador/a: _____